Del finalista de los IGNOTUS 2019 y 2020 Juan José Díaz Téllez

El muchacho que RECUPERABA Objetos imposibles

TEN CUIDADO CON LO QUE DESEAS, PORQUE VA A CUMPLIRSE

Dedicatoria y derechos

Los eventos relatados en este libro son totalmente ficticios, al igual que los personajes que los protagonizan y sus nombres. Cualquier parecido con personas o hechos reales, pasados, presentes o futuros no es más que fruto de la casualidad, sin intención alguna por parte del autor.

©Juan José Díaz Téllez
Diseño de cubierta y maquetación:
Juan José Díaz Téllez
www.noveladeterror.com
FB: http://www.facebook.com/JUANJOESCRITOR
TW: @juanjoescritor
email: info@juanjoescritor.com

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del autor.

Cada uno de mis libros va dedicado siempre a mi mujer y a mis hijos. En esta ocasión es así más que nunca, porque ella me animó a escribirlo por encima de otras historias que me rondaban por la cabeza, así que para María Jesús, por hacerlo posible, esta vez más que nunca.
Para Ángel, Amanda y Melinda, por aguantar a un padre que está sentado delante del ordenador mucho más tiempo del que les gustaría, seguro. Le he tomado prestado el nombre a Amanda para la protagonista, espero que no le importe.
Para ti, que me apoyas desde las redes sin conocerme personalmente, que me sigues y esperas mis nuevos libros, que te interesas por mi trabajo... no existe manera en el mundo de poder agradecértelo lo suficiente.
Esta historia ha sido escrita también en parte gracias a ti, así que espero que aceptes aparecer en la dedicatoria.
Gracias, gracias, gracias.

Prólogo

No hay nada más cierto que el dicho que afirma que un padre nunca debería sobrevivir a su hijo. Ni una madre a su hija. Por desgracia, esa era precisamente la pesadilla por la que estaba transitando la cáscara vacía que antes contenía el alma de Raquel. Desde hacía unas horas, y ya para siempre, estaba hueca después de que su alma abandonara el mundo junto a la de su pequeña Lucía, quien en un par de semanas hubiera cumplido los doce años si aquel coche que iba a más velocidad de la permitida no se hubiese cruzado en su camino a tan sólo un par de manzanas de casa.

Decir que Raquel vivía para su hija no era exagerar ni un ápice. Madre soltera, había dedicado cada segundo de su existencia a luchar por su hija, a verla crecer sin ayuda de nadie porque en realidad, más allá del reducido grupo de compañeras de trabajo que habían llegado a convertirse en amigas, ambas estaban solas en el mundo, sólo se tenían la una a la otra.

Ahora, Raquel se había convertido en una después de tanto tiempo siendo dos. La sala del tanatorio en la que velaban a la pequeña se expandía y se contraía a su alrededor como si se tratase del interior de un enorme y aséptico órgano vivo de color crema, pulsante.

A lo largo de las horas que llevaba allí había sufrido varias crisis de ansiedad, pero ahora por fin parecía que los tranquilizantes habían tomado el control de su organismo y corrían libremente por su torrente sanguíneo apagando sus impulsos. La sala se le antojaba inmensa, diseñada para albergar a las familias y a los amigos que daban el último adiós a sus seres queridos, multitudes a pequeña escala que contrastaban con la imagen de los sillones vacíos del mismo color de las paredes, a excepción de los que ocupaban ella misma, Ana, y Julia, las dos compañeras del bar que aún se resistían a dejarla sola en tan duro trance.

—¿Dónde vas? —le preguntó Ana al verla levantarse y tratar de mantenerse en pie, vacilante.

—Tengo que salir un momento —le respondió Raquel—. Necesito fumarme un cigarrillo.

—Voy contigo —le dijo, a la vez que le hacía una seña a Julia para que se quedase allí. Probablemente no tuviera sentido, pero no le parecía bien que dejase a la pequeña sola.

—¡No! —cortó Raquel.

El ímpetu con el que lo hizo dejó clavada a Ana, quien lo último que quería era provocarle un nuevo ataque de ansiedad ahora que

parecía haberlos superado.

—Perdón —continuó hablando con un hilo de voz—. Necesito tomar el aire, será sólo un segundo.

—Como quieras —le respondió Ana. Después de todo la terraza se encontraba a sólo unos metros. Le daba miedo que intentase hacer alguna tontería, pero por mucho que quisiera no iba a poder protegerla más allá de esos primeros momentos. Había pensado pedirle que se fuese con ella a casa, al menos hasta que el dolor se hiciera un poco más soportable, pero al fin y al cabo cuando fuese a trabajar ella se quedaría irremediablemente sola.

Sola.

Y le daba pánico pensar en volver a casa y encontrarse con que su amiga hubiese hecho una locura.

No quería siquiera dejar el mínimo resquicio en su mente que permitiera que ese miedo se convirtiese en realidad.

—Perdona cariño —se disculpó Raquel. Quería salir sola, convencerse a sí misma de que aquello no había ocurrido, huir aunque fuese durante unos instantes de la cruda realidad. Dejar de estar en el tanatorio durante unos minutos para saltar a su balcón y fumarse un cigarrillo mientras su pequeña dormía tranquila en su cama, alejada de cualquier peligro.

El aire fresco de la noche meció su flequillo y enfrió las lágrimas que, una vez más entre innumerables, habían vuelto a recorrer sus mejillas dibujando nuevos rastros de sal que nacían en sus ojos y desaparecían al llegar a los pómulos, desde donde caían indolentes hacia el suelo. Cogió el pitillo entre sus dedos temblorosos y se lo llevó a los labios. El mechero se resistió un par de veces para finalmente rendirse y generar una llama temblorosa contra el aire, que soplaba a rachas como el aliento de un niño pequeño que intenta apagar las velas de su pastel de cumpleaños sin conseguirlo.

Aspiró profundamente el humo y lo imaginó, más que como un torrente de alquitrán que acabaría haciendo que sucumbiese a *la gran C* como le había ocurrido a su padre, como un bálsamo capaz de apagar los restos de ansiedad que habían sobrevivido a los calmantes y estaban instalados justo ahí, en los pulmones, provocándole punzadas tan intensas que parecían ser capaces de doblarla por la mitad.

El Universo pareció compadecerse de ella y le permitió unos minutos de descanso, de calma, de paz. El cigarrillo se fue consumiendo hasta el filtro, y mientras tanto consiguió dejar la mente en blanco. Cerró los ojos, se desconectó de su cuerpo y dejó que su cerebro se encargase de todos los procesos para los que no era necesario la mente consciente.

Calma.

—Sienta bien, ¿verdad?

Raquel abrió los ojos con un respingo. Había tirado la colilla consumida hasta el filtro sin ser consciente de ello y tenía ambas manos sobre la barandilla, que estaba húmeda y fría con el rocío de la noche. A su lado había un hombre, con toda seguridad el familiar de uno de los ocupantes de las salas contiguas, que se había acercado a ella durante ese momento de desconexión con la realidad que acababa de sufrir.

—¿Perdón?

—Desconectarte. Perderte en tu universo interior y olvidarte de todos los males del exterior. Sienta bien.

Una punzada de dolor la partió en dos. Lucía. Su pequeña Lucía.

El hombre pareció oler el dolor de la misma manera que un depredador huele el miedo en su presa. Se acercó a ella con una sonrisa cargada de suficiencia, le pasó la mano por encima de los hombros y la atrajo hacia sí. Raquel parecía atrapada por un angustioso episodio de parálisis del sueño, como si estuviese despierta pero su cuerpo no fuera consciente de ello, así que lo dejó hacer simplemente porque no existía ninguna otra opción. Sintió el calor del cuerpo del extraño en contraste con el frío de la madrugada, una sensación desagradable acrecentada por la extrema delgadez de aquel hombre que la estaba abrazando sin su permiso. Parecía un villano sacado de un cuento, con el pelo gris engominado, peinado hacia atrás mostrando sin reparos en su frente unas grandes entradas que eran promesa de una calvicie incipiente. El pelo fluía sobre su cráneo, pegado a él como una capa de pintura fresca que se hubiese vaciado directamente desde la lata sobre una superficie esférica, pastoso, pegajoso, para luego separarse de él a la altura de las orejas formando un ridículo bucle que parecía un homenaje a la imagen más icónica de la película *Pesadilla antes de Navidad*. Todo en él era raro. Y a su aspecto había que sumar la ropa que parecía sacada del vestuario de una obra de teatro de época, una chaqueta color vino tinto de un tejido parecido al terciopelo sobre cuyas mangas se dibujaban filigranas de hilo de color champán sucio. Pero lo peor con diferencia era el olor, un olor a bolas de naftalina que inundaba las fosas nasales, casi quemándolas con un aroma químico, insoportable.

¿Quién permitiría que su ropa oliese de esa manera?

«Alguien que quisiera ocultar otro olor con él. Un olor antiguo, olvidado hace mucho tiempo ya», le respondió en el interior de su cabeza una voz que no era la suya, y una oleada de pánico la arrasó como un tsunami. Quería alejarse de ese hombre —de los huesos de ese hombre que flotaban descarnados bajo su antigua chaqueta que ahora parecía más rojo sangre que vino tinto—, pero el calor pegajoso que desprendía su cuerpo se enroscaba sobre ella y la atrapaba como

la lengua de un camaleón a un insecto.

—*Sssssh* —siseó el extraño mientras rebuscaba algo en el bolsillo interior de su chaqueta. Tras unos segundos, levantó un estrambótico reloj de pulsera dorado ante los ojos de Raquel, que no pudo hacer otra cosa que observarlo en silencio. Quería llorar, gritar, pedir ayuda a voces, pero su cuerpo seguía negándose a obedecerla, así que se mantuvo quieta, callada, expectante. El reloj parecía de un producto similar a plástico duro, dorado, pero no por una capa de pintura; era el propio material el que parecía desprender brillos de un color oro sucio, como el de las filigranas del puño de la chaqueta del extraño. Era grande, ni de hombre ni de mujer, mucho más grande, como si hubiese pertenecido a algún extraño ser ya extinguido y sepultado en las memorias del tiempo. La esfera no estaba protegida por ningún cristal, y de hecho las manecillas, negras como la noche, estaban curvadas hacia arriba ligeramente, como si alguien las hubiese manipulado para ponerlas en hora.

—Ah, el tiempo… qué caprichoso elemento… —susurró el hombre, y sin dejar de abrazarla movió el minutero hacia atrás con uno de sus dedos, que eran largos hasta el extremo de hacerla dudar acerca de si tenían más articulaciones de las normales. Las uñas estaban cuidadas hasta hacerlas parecer dibujadas sobre la piel, como un tatuaje realista hasta lo imposible. No lo movió demasiado, cuatro o cinco minutos a lo sumo. Luego, la soltó.

Raquel se quedó de pie sin saber qué hacer, como si acabara de despertar de la anestesia de una operación menor. El extraño le colocó el reloj de pulsera, y éste de pronto dejó de ser tan grande como le había parecido en un principio para ajustarse exactamente a su muñeca, y se cerró con un sonido hueco que le sonó a condena.

Luego, el hombre dijo una frase en latín, con una voz que no se parecía a la que había estado utilizando hasta ese momento..

Tempus Fugit.

Y como si hubiera salido de un trance, al instante siguiente recuperó su voz y siguió hablando como si nada.

—Ah, perfecto. Le queda perfecto. Seguro que sabrá darle buen uso —susurró el hombre y dibujó una sonrisa en su rostro que le heló la sangre en las venas. Le costó un mundo apartar la vista de su cara, pero aún así lo hizo para examinar el reloj. Cuando volvió a mirar hacia él, ya no estaba.

—Q… ¿Qué demonios? —logró balbucear, y se dispuso a quitarse aquella horrible cosa y arrojarla lo más lejos posible de ella. Ahora el material ya no parecía plástico, sino hueso. Estaba convencida de que estaba fabricado con algún tipo de pasta hecha con huesos humanos molidos, mezclados con esa extraña purpurina que lo hacía parecer dorado, un patético remedo de un reloj de oro. Sin embargo, el cierre,

si es que lo había habido alguna vez, ahora brillaba por su ausencia. La pulsera parecía unida a su carne, como una extensión de su propia piel, como si el hueso hubiera decidido emerger de la piel para formar una cadena que rodease su muñeca al aire libre, fuera de la cárcel de su cuerpo. Raquel recuperó la movilidad al mismo tiempo que una intensa oleada de terror la asfixiaba, obligándola a correr hacia el interior del tanatorio, hacia la sala donde se

marchitaba su pequeña

encontraban sus amigas para pedirles que la auxiliaran, que la ayudasen a arrancarse aquél horrible reloj de su piel, que…

—¿Qué ocurre, nena? ¿Has cambiado de idea?

—¿C… cómo?

Ana se acercó hacia ella, preocupada.

—Ibas a fumarte un cigarrillo… ¿Has cambiado de idea?¿Quieres que te acompañe?

—Yo… ya… me he fumado el cigarrillo, y entonces ha llegado ese hombre y…

—Nena, acabas de salir… no te ha dado tiempo ni a llegar a la terraza… ¿De qué hombre hablas? —preguntó Ana asomándose al pasillo. Estaba vacío en ambos sentidos.

—No… he estado un rato fuera, he acabado el cigarrillo y entonces ha aparecido ese hombre que olía a naftalina y parecía salido de una película de terror… me ha encajado este horrible reloj, que no consigo quitarme de la muñeca —protestó en un quejido, poniendo el reloj a la altura de la vista de sus compañeras de trabajo.

Ana y Julia se miraron sin decir nada.

—¿Qué reloj, cariño? —preguntó al final Julia casi en un susurro. Era bastante evidente que se aproximaba un nuevo ataque de ansiedad de Raquel, y tanto ella como Ana se prepararon para afrontarlo.

—¿Cómo que qué reloj? —insistió, agitando la mano, frenética. Una semilla de pánico comenzó a germinar en la base de su estómago. Las manecillas habían seguido su lento caminar después de que el extraño las moviera, retrasándolas unos minutos. Raquel se quedó mirándolas absorta, y casi sin darse cuenta una fugaz idea cruzó su mente. Con los dedos temblorosos, retrasó la manecilla de las horas un buen giro, más que nada por convencerse a sí misma de que lo que se le acababa de ocurrir era absurdo. Cuando levantó la vista de la esfera del reloj, estaba sola.

Su corazón decidió por su cuenta tratar de batir el récord Guinness de sangre bombeada al cuerpo y se lanzó a galope tendido. Raquel boqueó un par de veces como un pez fuera del agua antes de conseguir emitir un lastimero quejido, que con mucho esfuerzo consiguió convertir en una pregunta.

—A… Ana, Julia.... ¿Do… dónde os habéis metido? No… no tiene

puñetera gracia… —balbuceó.

Como respuesta. el silencio absoluto. Sus compañeras de trabajo acababan de hacer un número de desaparición que habría sido la envidia del mismísimo David Copperfield. De pronto, una idea la golpeó con tal fuerza que casi la hizo tambalearse. Con el corazón en un puño, se dirigió hacia la habitación en la que reposaba el ataúd en el que

no lo podía decir, no lo podía ni pensar siquiera

descansaba su pequeña.

Estaba vacía. El ritmo de los latidos de su corazón alcanzó límites que lo situaban en la línea roja del síncope.

Vacía.

Estaba vacía porque aún no había llegado. Aún estaban en el hospital. Pero eso no era posible, no podía ser.

Corrió hacia el pasillo. La luz del sol la cegó durante unos instantes.

—Es de día. Dios mío. Es de día —dijo en voz alta, y lloró de alegría. Empujó con el dedo la manecilla de las horas hacia atrás. La iba a girar hasta que diese dos vueltas a la esfera. Tres mejor, para asegurarse. Iba a retrasar el tiempo todo lo que fuese posible hasta que el coche que corría más de lo permitido se conviertiese tan sólo en un recuerdo, hasta que todo lo que había pasado se fuese diluyendo en la memoria con el paso de los años, hasta que fuese capaz de convencerse a sí misma de que todo había sido una horrible pesadilla.

Sin embargo, llegado a un punto, la manecilla se atascó. Ni aplicando toda su fuerza consiguió girarla un mísero grado más. Las dos. Una hora antes de que su mundo se rompiese.

Salió corriendo como nunca antes lo había hecho. Iba a llegar, tenía que hacerlo. Todo lo que estaba ocurriendo lo hacía por algo. No podía ser que le pusieran el caramelo en la boca para arrebatárselo cuando apenas había comenzado a saborearlo. Voló, más que correr hacia el parking. Sin embargo, su coche no estaba allí.

Porque ella aún no había llegado.

Voló hacia la parada de taxis y prácticamente abordó el primero de la fila. Le gritó al taxista la dirección y le prometió una suculenta propina si se olvidaba de las señales de máxima velocidad permitida. El hombre no le hizo preguntas y pisó el acelerador. Sin embargo, no dejó de vigilarla por el espejo retrovisor durante todo el trayecto.

—Señora… le está sangrando la nariz —de dijo, ofreciéndole un pañuelo de papel sin apartar la vista de la carretera. Ella le dio las gracias y se apretó con él las fosas nasales.

Eso, junto a la manera en que la chica miraba su muñeca desnuda como si contuviese el secreto de la creación del Universo, le hizo sospechar que quizás tuviese algún problema de drogas. Era probable

que cobrar la carrera se convirtiese en una misión imposible. Sin embargo, ella cumplió su promesa y le arrojó un billete de cincuenta euros para luego casi tirarse con el taxi en marcha.

Quince minutos.

Quince minutos que marcarían la diferencia entre seguir viva o morir en vida.

Sus pies apenas tocaban el asfalto mientras volaba, más que correr, en la dirección en la que se había producido —se *iba* a producir— el atropello. Sintió una oleada de terror al darse cuenta de que no sabía el sitio exacto. No había estado allí, no sabía si el atropello se produciría al principio de la avenida, en su punto medio o al final.

Lucía.

¿Por dónde atravesaría su hija la calzada?

¿De dónde venía?

Era imposible distinguir los latidos individuales de su corazón. En sus oídos retumbaba una cacofonía de sonidos casi uniforme. No era posible que hubiese viajado en el tiempo para salvar a su pequeña y todo se viniese abajo cuando estaba tan cerca. Las lágrimas inundaron sus ojos emborronando su visión.

—*Nononono* —suplicó.

—¡Mamá! ¡Eh, mamá!

La voz de su hija era la música más dulce que jamás había acariciado sus oídos. Su pequeña Lucía la saludaba desde el centro de la calzada.

Viva.

A su espalda, un coche apareció en escena a mucha más velocidad de la recomendable.

Si Lucía hubiese seguido su camino en línea recta, habría llegado a la seguridad del otro lado de la acera antes de que el coche la alcanzase. Pero al ver a su madre se desvió del camino y siguió atravesando la calzada con una trayectoria diagonal.

—¿Qué haces aquí, no estabas en el trabajo? —preguntó la niña con una amplia sonrisa, alzando la voz. Justo en ese momento, al conductor del coche se le resbalaba de los labios el cigarrillo encendido, haciendo que desviase la vista de la carretera para tratar de evitar una nueva quemadura en la tapicería.

Raquel, al darse cuenta de que era ella la que iba a provocar que el coche atropellase a su hija, se lanzó al asfalto y recorrió la distancia que las separaba a ambas en un suspiro. En una ocasión oyó un caso en el que el padre de un niño sobre el que había caído un muro de ladrillos fue capaz de desarrollar durante segundos una fuerza sobrehumana tal que le permitió levantar el muro y liberar a su hijo, y parecía que en el lote de poderes también se podía incluir la super velocidad, porque jamás en su vida había corrido de aquella manera.

Al llegar junto a su hija fue consciente de que ya tenían el coche encima, de que no había posibilidad de evitar el atropello. Entonces, abrazó a su hija con todas sus fuerzas y giró al máximo las manecillas. El efecto inmediato fue que su nariz se convirtió en un surtidor escarlata.

Antes de que el tiempo se curvara a su alrededor, el coche las alcanzó a las dos, llevándoselas por delante.

A un par de kilómetros de allí, la Raquel que no había viajado en el tiempo dejaba un instante el servicio de mesas para ir al baño. Cuando sus compañeras, preocupadas al ver que no regresaba, forzaron la puerta para ver si se encontraba bien, hallaron el baño vacío. Aunque eso era imposible, porque estaba cerrado por dentro y no había salida al exterior.

—¡Dios mío! ¡Las ha atropellado! —gritó un hombre que había sido testigo del accidente. A su lado, un extraño vestido con una chaqueta color vino tinto asintió compungido.

—Sí. ¡Qué desgracia! —exclamó sin poder evitar una media sonrisa que estropeó el gesto compungido que se dibujaba en su rostro .

—¡Ha llegado un muchacho, parece que está comprobando si tienen pulso! —dijo el hombre mientras corría hacia el lugar del accidente.

—¿QUÉ? ¿Qué demonios? —protestó el extraño de la chaqueta estrambótica siguiendo los pasos del primero—. ¿Qué pulso ni pulso? ¡Es un ladrón! ¡EH!¿QUÉ TE CREES QUE ESTÁS HACIENDO?¡DEJA ESO AHÍ! —ordenó mientras corría con una velocidad que no se correspondía en absoluto con su aspecto, dejando atrás al primer hombre en apenas un par de grandes zancadas—. ¡TE HE DICHO QUE LO SUELTES!

El muchacho estaba arrodillado con expresión triste junto a Raquel y su hija. La mujer y la pequeña seguían con vida.

Mal, pero con vida.

Él tenía también algo que lo hacía diferente, algo que se salía de la normalidad. Quizás eran las gafas de montura negra como una versión cuadrada de las de *Harry Potter*, su vestimenta, esa especie de gabardina que en realidad recordaba a una túnica de un color gris sucio, o la bolsa bandolera de color marrón claro, que desde lejos parecía ser de un extraño tipo de cuero. Tenía el pelo largo, moreno, y probablemente no tuviese más de veintipocos años. Miró de soslayo al extraño y se apresuró a quitarle a Raquel de la muñeca el reloj de hueso que nadie podía ver. Lo levantó un segundo ante sus ojos, como si quisiera comprobar su autenticidad, volvió a mirar al extraño y, con un gesto desafiante, lo dejó caer al interior de su bandolera de cuero.

Luego, salió corriendo y desapareció de la escena antes de que el

extraño y el hombre llegasen allí.

Capítulo 1

Un cambio de planes, o un encuentro inesperado

—¡Pues me da igual! —gritó Manda, y salió al mundo exterior dando un portazo que cortó en seco los argumentos de su madre. La una de la tarde estaba al caer, y en el exterior el ambiente era casi irrespirable. El calor del sol levantaba una neblina transparente sobre el asfalto que distorsionaba las cosas del otro lado como si se viesen a través de una lente de aumento mal pulida. A esa hora la calle estaba casi desierta; la mayoría de los vecinos estaban despatarrados bajo el aire acondicionado o, los más lanzados, dándose un chapuzón sin importarles un pimiento el cáncer de piel en las piscinas de obra o las Intex de plástico reforzado que les permitirían recuperar el jardín cuando llegasen los fríos del otoño. La urbanización era relativamente reciente, así que los árboles que el constructor ordenó plantar en las lindes de la carretera que la atravesaba longitudinalmente, apenas habían crecido lo suficiente para dar un círculo de sombra del tamaño de una tapa de alcantarilla.

—Hey.

Manda entornó los ojos y miró hacia el origen de la voz. Pit estaba sentado bajo una de las escuálidas copas, con la espalda apoyada sobre el tronco y las piernas flexionadas para tratar de mantenerlas dentro de la sombra. En su mano derecha, con la que la saludaba, la revista *Car and Driver* que lo acompañaba a todas partes ya iba mostrando síntomas de desgaste, con la portada colgando de sólo una de sus grapas.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó ella mientras se dirigía dando saltitos hacia donde estaba su amigo.

—Joder. Y tanto. Cuando llegué era blanco como la nata y mírame ahora. Menos mal que me he metido en la sombra a tiempo —soltó mientras se incorporaba y comenzaban a caminar calle abajo.

Manda sonrió. Pit era negro. Negro oscuro, como le gustaba a él decir, y no iba muy descaminado. Tanto que por la noche, cuando sonreía parecía el gato de Alicia.

—Anda exagerado —dijo ella, dándole un puñetazo en el hombro. Él emitió un bufido e hizo como si se fuese a caer, con un mohín que denotaba un sufrimiento extremo por el golpe recibido. En el último momento, cuando parecía inevitable que diese con sus huesos en el

suelo, se incorporó y siguió andando como si nada—. Oye, espero que cuando te compres tu *Cabrito* se normalice tu obsesión por los coches.

—*Cabrito* no, Cabrío. MI coche —remarcó a propósito el posesivo — es el Mini Cabrío.

—Es tuyo, sólo que él aún no lo sabe. Estará por ahí solo, dando vueltas el pobre sin encontrarte. Seguro que si tuvieras quince o dieciséis mil euritos el olor de los billetes lo atraería hacia ti —bromeó ella.

—Bastante más. Nuevo, rondará los veintipico mil euros.

—*Buenooooo*… peor me lo pones. Me tendré que acostumbrar a verte con la revista en la mano —dijo ella, medio en serio medio en broma.

—¿Qué ha sido ahora? —preguntó Pit cambiando de tema.

—¿*Mmm*?

—La pelea. Te ha escuchado hasta la vecina del ultimo chalé de la esquina.

—Ah… *bfff*… da igual, si no es por una cosa es por otra… ha encontrado una colilla en mi cuarto.

—Eres de lo que no hay, tía… pero si ni siquiera te gusta fumar, lo haces simplemente por dar *porsaco* —le soltó Pit con una risa entre dientes. Manda se le quedó mirando con una sonrisa. Parecía mentira que aquél chico que había irrumpido en su vida hacía cosa de un par de años la conociera mucho mejor que su propia madre. Casi mejor que ella misma, se atrevería a decir.

—*Peteeeer* —canturreó ella, sabiendo que él odiaba su nombre completo—. Qué ataque más gratuito —soltó con una mueca, parafraseando a uno de los personajes de su serie de televisión preferida.

—Sabes que es cierto, Amanda —le respondió él devolviéndole la pelota, aunque en este caso a ella no le molestó en absoluto. De hecho, le encantaba su nombre. Usaba esa especie de *pseudodiminutivo* tan solo porque fastidiaba a su madre. Pequeñas victorias en otras tantas batallas de la interminable guerra *Madre vs Hija adolescente contra el mundo*—. ¿De verdad la odias tanto?

Manda se quedó callada unos instantes, como valorando lo que iba a decir.

—No, no la odio —soltó por fin—. Es que es tan, tan, tan insoportable… como todas las madres, supongo. Es normal que los adolescentes no se lleven bien con sus padres.

Pit abrió la boca para decir que no era así, que en realidad él tenía una relación envidiable con su madre, pero decidió cerrarla antes de echar más leña al fuego. Cuando él llegó al barrio el padre de Manda se acababa de divorciar de su madre, así que apenas lo había visto un par de veces por allí. No sabía cómo era el ambiente por aquellos

entonces en casa de su amiga, pero tenía bastante claro que aquello era lo que la había convertido en esa especie de rebelde sin causa.

—Bueno, ¿qué plan tenemos hoy? —dijo Manda cambiando el rumbo de la conversación. Se empezaba a encontrar incómoda, y ese era un sentimiento que no estaba acostumbrada a experimentar con Pit. Habían llegado caminando hasta el final de la avenida principal, y al doblar la esquina, Manda casi se lleva por delante a una mujer que empujaba una silla de ruedas.

—¡Uy, perdón! —se disculpó. El muchacho que ocupaba la silla aparentaba tener la misma edad que Manda y Pit.

—¡No te preocupes, Manda! No ha sido culpa tuya —dijo la mujer —. Normalmente pongo mucho cuidado al doblar las esquinas para no llevarme a nadie por delante, pero es que he sacado a Tomás a dar un paseo sin pensar que se iba a meter de repente este calor. Voy acelerada para llegar a casa lo antes posible y me he descuidado.

El muchacho emitió una serie de ruidos estridentes y se enganchó de la mano de Manda, como tratando de decirle algo que en su mente distorsionada quizá tuviese algún sentido, pero que se perdió por completo en el camino hacia el exterior. Manda colocó la mano libre sobre las suyas y dibujó una encantadora sonrisa en su rostro.

—Yo también me alegro de verte, Tomás —le dijo.

—Venga, vamos a dejar a Manda y a Pit que sigan con lo suyo — dijo la mujer suavizando la voz hasta hacerla casi un susurro mientras trataba de aflojar la tenaza de la mano de su hijo sobre la muñeca de la chica. Sin embargo, cuanto más se esforzaba en soltarlo, más fuerza aplicaba él—. Suéltala, que le vas a hacer daño —añadió, sin poder evitar que el esfuerzo añadiera curiosas inflexiones a su voz.

—No se preocupe, no me hace daño —la tranquilizó Manda. No era del todo cierto, de hecho cuando se cruzaban por la calle trataba siempre de mantenerse lejos del alcance de Tomás porque sus manos se cerraban como esposas sobre ella a la mínima ocasión—. Venga, Tomás. Ahora tenemos cosas que hacer, pero luego voy a verte un rato a casa, ¿vale?

La frase hizo que el chico aflojase la mano lo suficiente como para que su madre pudiera liberar a Manda tirando de él. El efecto fue casi eléctrico en el muchacho, que comenzó a emitir una especie de gritos ahogados que parecían los de un animal agonizante a la vez que convulsionaba tratando de soltarse del cinturón que lo sujetaba a la silla.

—Lo siento —soltó la mujer con una sonrisa forzada mientras los esquivaba para ponerlos fuera del alcance de la vista de su hijo—. Si quieres pasarte luego, será maravilloso —acabó, lanzándole un beso mientras tomaba la avenida en el sentido contrario al que llevaban los dos amigos.

Tomás vivía con sus padres justo enfrente de la casa de Manda. Hasta el accidente que lo dejó en el estado en que se encontraba ahora, siempre había habido mucho *feeling* entre ambos, y era de dominio público que aquellos dos iban camino de algo serio. De hecho, Manda seguía yendo a visitarlo al menos un par de veces por semana. La madre de Tomás decía que el efecto que causaban esas visitas en su hijo era más beneficioso que un cargamento entero de las pastillas que tomaba casi en más cantidad que el alimento. El accidente había sido tan absurdo que se le rompía el alma por dentro cada vez que lo recordaba. Una caída del monopatín allí mismo, en plena avenida, sin motivo aparente. La investigación demostró que un trozo de tallo flexible de alguna de las plantas que crecían en los interminables jardines de las casas de la urbanización había llegado a la carretera, probablemente arrastrado por el viento, y acabó enrollándose en la rueda delantera del monopatín trabándola por completo, y haciendo de paso que Tomás saliera volando y se estrellase contra la valla del garaje de uno de los vecinos.

Siempre llevaba casco. Siempre, excepto aquél día. Los médicos dijeron a sus padres que había tenido suerte de salir con vida.

Suerte.

Manda lloró tanto por aquellos días que creyó que iba a quedarse sin lágrimas. Tanto, que cuando sus padres se separaron tan sólo unos meses después, a ella ya no le quedaba ninguna que derramar, aunque todo aquello la hubiese pillado por sorpresa y aunque hasta aquel momento no tuviera la menor sospecha de que las cosas iban tan mal entre ellos. Quizás ese era el motivo por el que se llevaba tan mal con su madre, por no darle la menor pista de que su mundo ideal se iba a hacer añicos sin contar con su opinión.

—Tierra llamando a Manda. ¿Hay alguien ahí?

—¿*Mmm*? Joder, perdona —respondió ella sacudiendo la cabeza, como si quisiera despojarse de los últimos retazos de tristeza—. Me había ido a mil mundos de distancia… ¿qué me decías?

—No hace falta que lo jures. Te decía que si te apetece un McDonalds. Podemos ir a comer al centro comercial y meternos luego en el cine a ver una película. Aire acondicionado a tope, no vas a encontrar un plan más fresquito.

—Oye, pues no es mala ide…

El sonido del móvil de Pit no la dejó terminar la frase. Él hizo un gesto para decirle que esperase un instante. Manda pudo ver que en la pantalla ponía “Mamá” antes de que descolgase.

—Dime mamá.

Unos segundos de silencio.

—Pero mamá… iba a ir a comer y al cine con… Ya, ya sé que me lo dijiste la semana pasada, pero lo olvidé por completo. *Yaaaa*…

Otra pausa.

—¿Pero entonces?

Una nueva pausa, esta vez bastante más larga.

—*Vaaaaale*. Voy para allá.

—¿Qué ocurre? —preguntó Manda intrigada al verlo colgar.

—Joder tía, lo siento. Vienen mis tíos a comer y en algún momento de la historia le prometí a mi madre que iba a estar allí. Lo había olvidado por completo.

Manda trató de ocultar el fastidio. No le apetecía ir a comer sola, pero menos aún le apetecía volver a casa a retomar la pelea con su madre en el punto en el que la habían dejado.

—Eh, no pasa nada. Nos queda todo un verano por delante —mintió sonriendo.

—Eres *top ten* —soltó Pit y le dió un sonoro beso en la mejilla—. ¡Nos vemos luego! —añadió, y salió corriendo a toda velocidad por la avenida, desandando el camino que habían recorrido ambos tan sólo unos minutos antes.

—¡Eh! —protestó Manda levantando la voz para que su amigo pudiera oírla—. ¿Sólo *top ten*?

—¡La *number one*! —le gritó Pit ya desde la lejanía, y consiguió arrancarle una sonrisa, que se le desdibujó casi al instante, en cuanto fue consciente del aburrimiento de día que la esperaba. Aun así, decidió seguir con el plan original y vaguear un poco por el centro comercial. Quizá no se quedase a comer, pero curiosear un poco por las tiendas bajo el frescor que proporcionaba el aire acondicionado le pareció en aquel momento la mejor opción, si no la única. Esperó a que Pit se perdiese de vista y se giró para seguir caminando, pero por poco no se lleva por delante a una persona que caminaba en sentido contrario.

—*Ups*… perdón —se disculpó mientras tomaba nota mental de que debía centrarse y estar más en la Tierra y menos en *Los mundos de Yupi*.

—No hay por qué disculparse —dijo el hombre sonriendo. Ella no fue capaz de distinguir si la incomodó más aquella extraña sonrisa o el hecho de que, con el termómetro rozando los cuarenta grados a la sombra, aquél tipo llevase puesta una chaqueta de terciopelo rojo.

Capítulo 2

Las tres Marías, o las ratas de la escombrera

«*Mierdamierdamierda*», pensó Pit. La energía con la que se había despedido de Manda se derritió bajo el ardiente sol como lo haría un polo de naranja, y del ímpetu del primer instante ahora quedaba apenas un trote desganado e insulso. Había recorrido buena parte de la avenida en sentido contrario en el que se dirigieron Manda y él tan sólo unos minutos antes, y ahora dos oscuros cercos de sudor bajo las axilas hacían que la camiseta color azul eléctrico con la imagen de *Anonymous* hubiese perdido todo su *glamour*, si es que en algún momento lo tuvo.

A pesar de las prisas, la causa de su agobio no era el que fuese a llegar unos minutos tarde al almuerzo, sino los imbéciles que se encontraban unos metros por delante, justo por el sitio que tenía que pasar él, sí o sí. Las tres Marías, como los llamaban él y Manda eran unos impresentables a los que, por desgracia, tenían que soportar como *compañeros* de instituto, si es que se les podía llamar así. A pesar de que no vivían en la urbanización, sino en los bloques de la barriada vecina, se dejaban caer por allí con cierta frecuencia. Y aunque llevaban buena parte del verano sin dejarse ver, daba la maldita casualidad que habían decidido dar una vuelta por el vecindario precisamente el día que a él peor le venía.

Pit detuvo la carrera y se ocultó tras un coche a observar qué se traían entre manos. De las tres Marías, l*a Mierda, la Caca y la Porquería* sólo la Mierda y la Caca habían rendido visita. Por lo que fuese, la Porquería había decidido dejar a su aire a sus inseparables, y eso era algo bastante reseñable. Pit no creía haberlos visto por separado ni una sola vez desde que tuvo la desgracia de conocerlos. De hecho se afanó en inspeccionar la avenida arriba y abajo desde su escondite varias veces, antes de convencerse de que aquellos dos estaban solos. Quizá la desintegración de *la Santísima Trinidad* fuese algo beneficioso.

Quizá al separarse, sus poderes de *tocapelotas* perdiesen intensidad, y lo mismo lo dejaban pasar sin meterse con él.

Sí. Y a lo mejor esa noche la luna decidía pedírsela de asuntos propios y el sol no se ponía.

Ja.

Por mucho que perdieran fuerza al estar separados, no iban a dejar pasar ni de coña la posibilidad de meterse con él. Y ya las bravuconadas de aquel par de imbéciles se les habían ido de las manos en alguna ocasión en el pasado. De hecho coleccionaban las expulsiones como el que colecciona cromos, y seguían pudiendo ir a clase, a pesar de que no las aprovechasen, tan sólo porque tenían tan aterrorizados a los alumnos de los primeros cursos que ninguno de ellos había tenido los arrestos suficientes como para ponerles una denuncia formal.

Entre las muchas virtudes que los adornaban destacaba un nada disimulado racismo, lo que hacía a Pit blanco —ja— preferente de sus atenciones. A Pit no le preocupaba demasiado el que llegasen a las manos, ni aún cuando fuesen dos contra uno, lo que en realidad le quitaba el sueño es que, al estar tan cerca de casa, su padre pudiera aparecer de repente y arrancarles la cabeza de un par de bofetones.

La imagen de su padre arrestado fue lo suficientemente vívida como para hacerle desistir de la idea de pasar delante de aquellos dos. Echó un último vistazo para asegurarse de que el componente desaparecido del trío no estaba por los alrededores, y tras comprobar que el Dúo Dinámico seguía sentado en el suelo a la sombra de uno de los árboles que, demos gracias a Dios, había crecido lo suficiente como para cubrirlos a ambos, decidió tomar un atajo.

Si retrocedía unos metros y cruzaba la calle, al otro lado había un callejón entre dos viviendas que daba a una zona que debería haberse convertido en la fase dos de la urbanización, pero que quedó suspendida *ad aeternum* a la espera de tiempos mejores. De momento, y probablemente para mucho tiempo, aquella zona se había convertido en una escombrera en la que aún se guardaban algunos materiales y maquinaria estropeada. No le hacía mucha gracia pasar por allí, pero a esas horas de la mañana el único riesgo que corría era el de pillar una insolación, y eso, al fin y al cabo, ya le podía pasar en la avenida.

Al final decidió no darle más vueltas y cruzó la calle con todo el cuidado del mundo para no ser descubierto. Desde la distancia, el resplandor anaranjado en el sitio en el que estaban sentados a la sombra los causantes de sus quebraderos de cabeza le dejó bastante claro lo que estaban haciendo tan concentrados: liándose un cigarrillo. Y podría asegurar sin temor a equivocarse que el contenido de tan artesanal producto no era ni mucho menos tabaco en hebras.

Cuando por fin se escurrió por el pasaje entre las casas y quedó fuera del alcance de la vista de aquellos dos, dejó escapar un suspiro de alivio. Ahora tan sólo tenía que recorrer unos trescientos metros por la linde de la escombrera, bordeando los altos muros de los patios traseros de las casas cuyos jardines delanteros daban a la avenida. Por

aquella zona normalmente no solía haber ni un alma, más allá de los vecinos poco solidarios que de vez en cuando paseaban los perros por allí, sabiendo que no había nadie que les llamase la atención si dejaban el *regalito* allí mismo en vez de recogerlo con la bolsita correspondiente. La acumulación de cacas de perro hacía que el olor fuese cualquier cosa menos agradable.

—Vale, vamos a hacer esto rapidito —se dijo a sí mismo en voz baja, y apretó el paso, poniendo todo el cuidado en no pisar ningún resto orgánico. A su izquierda, los muros acabados en color crema reflejaban el calor del sol, incrementando aún más, si es que eso era posible, la sensación de calor. A su derecha, a unos cinco o seis metros de distancia, el terreno desaparecía abruptamente dando paso a un agujero inmenso en el que se iban a asentar los cimientos de la nunca iniciada fase dos de la urbanización. Aunque toda la extensión estaba vallada, se podían apreciar a simple vista numerosos agujeros en la malla practicados con el fin de robar las herramientas de los trabajadores, en los lejanos días en los que aún había alguna que valiese la pena el esfuerzo. Ahora, lo poco que quedaba no era más que un amasijo herrumbroso.

Apenas había dado unos pasos cuando oyó el ruido tras de sí. Se giró bruscamente, y se encontró de cara con Mierda y Caca, que acababan de acceder al descampado por el mismo sitio que él había usado hacía tan sólo cuestión de segundos.

Apenas les separaba una distancia de poco más de diez u once metros.

—Joder —masculló entre dientes a la vez que se giraba hacia delante y apretaba el paso.

—¡Eh, conguito! ¿Ibas a pasar de largo sin saludarnos?

Pit se obligó a sí mismo a no correr. En cualquier otro sitio se les habría enfrentado, pero allí las cosas funcionaban de otra manera, se regían por otras normas mucho más crueles. En la calle, una discusión que se fuera de las manos no iría más allá de unos cuantos insultos, unos empujones o, en el caso de que la cosa se pusiera sería, algún puñetazo. Pero en la escombrera… en la escombrera era otra cosa, allí se jugaba en otra liga. Te podían abrir la cabeza de una pedrada y arrojarte al agujero tras la valla, o abrirte en canal de un navajazo. Y aquellos dos encajaban a la perfección en el perfil de la gente que tontea con las armas blancas.

Pit no entró en las provocaciones, simplemente siguió caminando, sin correr, pero con paso ligero y firme. Faltaba un buen pedazo para llegar a la salida, pero él era rápido. En caso de que hubiese que correr, dejaría a aquellas dos piltrafas humanas atrás sin apenas esfuerzo.

Y de pronto, una inquietante duda cruzó su mente.

¿Cómo habían llegado aquellos dos tan rápido a la escombrera?

Estaban tan concentrados encendiendo el cigarillo con *lo-que-fuese* dentro, que era imposible que hubieran tardado tan poco tiempo en aparecer en la escombrera. A menos…

A menos que…

A menos que estuviesen esperando a que él tomara la decisión que tomó.

A menos que lo hubieran visto llegar desde un principio, y le hubiesen allanado el camino para que decidiera desviarse y salir de la calle principal.

Pit aceleró el paso. Apenas quedaban unos cien metros hasta la salida cuando el tercero en discordia, el miembro desaparecido del grupo, hizo acto de presencia y se interpuso entre él y la única posibilidad de salir bien librado de toda aquella mierda.

Le habían tendido una trampa, y él se había metido como un pardillo hasta el fondo.

—¿Dónde vas con tanta prisa, conguito? —dijo el recién llegado con una desagradable sonrisa. Los labios le brillaban bajo el implacable sol y Pit no pudo evitar pensar en una hiena que se relamía ante su presa.

Capítulo 3

El muchacho que veía dos mundos, o la sentencia del Señor Comadreja

Había escapado.

No podía creerlo, pero así era.

Había conseguido escapar.

¿Cuánto tiempo llevaba allí prisionero?

¿Un año? ¿Dos?

Puede que incluso más. Era imposible saberlo. Al principio llevaba la cuenta de los días, porque por aquellos entonces aún era capaz de distinguir entre el día y la noche.

Antes.

Antes, cuando era una persona normal, cuando vivía en su mundo normal.

Antes de esto.

Le pareció oír un ruido extraño, y se parapetó tras una esquina. La pared de piedra le devolvió un tacto húmedo, frío, desagradable. Todo el callejón en sí era frío y desagradable. Los charcos brillaban, reflejando la luz anaranjada de los faroles que colgaban de las paredes, una luz que no era ni natural ni artificial, sino otra cosa. El sonido fue aumentando de intensidad, un sonido siseante, como de algo arrastrándose, que llegó hasta un punto máximo muy cerca de donde él se ocultaba y luego comenzó a disminuir progresivamente hasta hacerse prácticamente imperceptible. Habían estado allí, a su lado, aunque para él seguían siendo invisibles.

Aún.

Pero estaba seguro de que poco a poco acabaría por verlos. Al principio serían una mancha casi translúcida, poco más que una sombra furtiva, que iría aumentando de intensidad, haciéndose cada vez más nítida. Hasta que finalmente, los vería con la misma claridad con la que podría ver su propia mano si la alzara ante sus ojos.

Conforme fuese perteneciendo cada vez más a este sitio, y con ello cada vez menos a su casa.

Se asomó con cuidado y escudriñó el callejón. Parecía la ilustración de una novela de fantasía a la que sólo faltaba una cantina en la que los guerreros disfrutasen de un merecido descanso, agarrados a una enorme jarra rebosante de algo con tanto alcohol que se disipara en el aire a menos que se consumiera lo antes posible. La

piedra de las paredes y los adoquines artesanales y amazacotados del suelo tenían tonos entre azulados y negruzcos que hacían que los colores de las luces en las pocas ventanas que aportaban algo de claridad se viesen vivos, intensos, y parecieran derramarse como en una imagen arrancada de un sueño. Una neblina de tonos entre grisáceos y celestes brotaba desde el suelo, difuminándose conforme se elevaba y se alejaba de él.

Intentó reconocer en aquella imagen su casa, su calle, los alrededores. Y, aunque con mucho esfuerzo, lo logró. Aquél era el callejón que daba a la escombrera. Y al otro lado, donde la calle se ampliaba para permitir el paso de carruajes tirados por animales imposibles que recordaban levemente a los caballos, vio la avenida que cruzaba longitudinalmente la urbanización, como si sobre los húmedos adoquines y las paredes cubiertas de musgo se derramasen las imágenes de una película grabada con un antiguo tomavistas de super 8, proyectadas desde un aparato cuya lámpara tuviese tan poca potencia que provocase que las imágenes fuesen meras insinuaciones.

Aún así, la simple sugerencia de normalidad que rezumaban aquellas imágenes hizo que se sintiese mucho mejor. Mejor de lo que había estado en mucho, mucho tiempo. Llevaba tanto sumergido en la penumbra que la promesa de una calle soleada le hizo entornar los ojos de forma instintiva. No pudo evitar esbozar una sonrisa, y se sorprendió al descubrir un temor ignorado a haber olvidado cómo se hacía, qué músculos de la cara había que activar para sonreir.

—Señor T. Usted no debería estar aquí, no señor.

La sangre se le heló en las venas. Absorto como estaba en las imágenes que habían conseguido rasgar levemente el velo de la irrealidad, no había visto acercarse al Señor Comadreja. Y ahora estaba allí, plantado ante él, mirándolo fijamente con sus ojillos de mustélido que brillaban con una inteligencia que en absoluto era animal. Ni sus ojillos, ni su forma de andar perfectamente incorporado sobre sus patas traseras, ni por supuesto su elegante traje que recordaba al de un gentleman inglés de mediados del siglo pasado.

Por supuesto no era una comadreja, ni su traje tenía origen inglés.

Allí nada era lo que parecía.

Su primera intención fue coger carrerilla y propinarle una patada en el centro de su elegante chaleco. En su imaginación lo hacía, y el Señor Comadreja se elevaba por encima de los techados de teja gris y se hacía más y más pequeño, hasta convertirse en un punto del tamaño de la cabeza de un alfiler.

Sin embargo, se quedó allí clavado, con los ojos empañados en lágrimas, incapaz de hacer otra cosa que balbucear palabras inconexas.

—No… no. Yo… no. Por favor… no… me…

—Señor T, usted debe volver a su lugar —insistió el Señor Comadreja, sin que su rostro mostrase el menor signo de compasión o duda. Y si así hubiera sido, su pelaje color whisky probablemente lo hubiese disimulado. Su voz era aguda, irritante, la voz que uno podría esperar que emitiese una comadreja que fuese capaz de hablar. La sentencia hizo que en el estómago del muchacho se declarase un incendio. La rabia le ardió en las entrañas, pero un sonido susurrante, como de viento, lo envolvió ahogando la rabia con miedo.

—¡No! ¡No voy a volver! —gritó, pero era más una súplica que una aseveración. El aire se llenó de formas, como si un técnico de efectos especiales hubiese llenado la escena de niebla coloreada, una niebla que poco a poco iba revelando formas, gestionando volúmenes… hasta que por fin consiguió verlos.

—De vuelta al hogar, Señor T —dijo la comadreja sacando de su espalda una botella de un cristal verde tan puro que sólo existía en aquel lugar. Un cristal que permanecía límpido y cristalino por mucho que lo manoseasen, y a pesar de que el tiempo tratara de dejar constancia de su paso dibujando el transcurrir de los años con posos de polvo sobre su superficie. Con un gesto seco y sin esfuerzo, el Señor Comadreja retiró el tapón de corcho del tamaño de una galleta que coronaba el ancho cuello de cristal, y el chico sintió que se licuaba, que su existencia se colaba por la boca de la botella como lo haría el agua por el desagüe al tirar del tapón.

Gritó, y el grito se fue haciendo más y más agudo conforme su cuerpo era cada vez más líquido y menos sólido.

Cuando todo lo que había sido su ser se encontraba ya en el interior de la botella, el Señor Comadreja colocó el tapón y lo aseguró con un golpe seco. El susurro del viento se detuvo y un silencio sepulcral invadió la calle, que ahora más que nunca parecía el set de rodaje de una película de fantasía.

El Señor Comadreja levantó su hocico altivo y escudriñó a lado y lado, comprobando que todo estaba en orden. Luego, se giró de una forma casi militar y, recuperando por un instante unos gramos de la agilidad animal que se le presuponía, se alejó por lo que en otro mundo era una avenida flanqueada por árboles escuálidos, sin ser consciente de los ojos que lo observaban ocultos tras los visillos semitransparentes de una de las ventanas que daban al callejón.

Cuando llegó de nuevo al Almacén, colocó la botella en el lugar de la estantería que nunca debió haber abandonado, y cerró la puerta con un ruido pesado, como si aunque a simple vista se pudiese confundir con una desvencijada puerta de madera, se tratase en realidad de la de una cámara acorazada.

El muchacho esperó en una oscuridad tan sólo maquillada por la débil luz anaranjada que provenía de los candelabros que colgaban de

las paredes a tramos regulares, privado de sus sentidos, por un tiempo que podían haber sido minutos o años. Luego, comenzó a golpear contra el corcho.

Lo había conseguido una vez, y lo haría de nuevo.

Mientras, tanto, se esforzó en mantener el contacto con el lugar al que pertenecía. Y aunque la imagen le llegó tan pobre como si la mirase a través de una pajita de refresco, lo vió.

Y eso lo hizo golpear el corcho con ánimos renovados.

Capítulo 4

Un hombre muy desagradable, o una situación de pesadilla

—Bueno, bueno, bueno… pero qué jovencita más agradable —soltó el hombre con el que Manda acababa de tropezar involuntariamente tras despedirse de Pit. Por un breve instante, a ella le pareció ver que algo se movía entre sus dientes, tras aquella sonrisa que le provocaba escalofríos. Como si en las separaciones entre un diente y otro se moviesen diminutos gusanos blancuzcos, finos como cabellos, desplazándose libremente mientras él hablaba. O como si sus dientes no fuesen reales, como si fueran una proyección, un holograma que no funcionaba del todo bien, que se descolocaba a veces y parpadeaba, pero que aún así conseguía ocultar sus dientes verdaderos, unos dientes delgados y puntiagudos como agujas ponzoñosas.

—Yo… yo… —tartamudeó Manda. Quería decirle que tenía prisa, soltarle una excusa, innecesaria a todas luces porque no conocía de nada a aquél individuo ni tenía por qué justificarse, pero su lengua se negó a moverse en su boca para articular palabras, y se quedó allí, quieta mientras el hombre le acariciaba el pelo, sin poder apartar la vista de sus dientes móviles.

—Qué hermoso pelo anaranjado, como una llama de fuego rebelde contra el viento —soltó mientras sumergía sus dedos entre los mechones de pelo lacio. Manda lucía una melena corta, degradada desde los lados de su rostro, en donde alcanzaba su mayor longitud, e iba disminuyendo conforme se acercaba a la parte de atrás de su cabeza, donde dejaba al descubierto su largo y esbelto cuello. Aunque el hombre no dijo nada más durante unos segundos, su voz siguió resonando en la cabeza de la chica.

¿Qué es lo que había dicho sin mover los labios? ¿Qué había *sintonizado* su cerebro de lo que el hombre

Un pelo que no podía faltar en una colección que se precie de ser seria

se había guardado para sus adentros? No lo sabía, no lo había captado a nivel consciente, pero aún así le había provocado escalofríos. Se sentía sucia, violada por aquél tipo que hundía sus dedos en ella, como si… como si…

Y entonces el hombre sacó de alguna parte una hermosa pulsera. Manda hubiera podido jurar que no había movido sus manos hacia ninguna parte, que no había hurgado en sus bolsillos hasta encontrarla, sino que la había materializado del aire, como si fuese un constructor divino que moldeara a su antojo los átomos de la materia para generar nuevos materiales con la destreza con la que un coleccionista conecta sus piezas de Lego para dar forma a una figura. El mejor prestidigitador que jamás había tenido ante sus ojos.

Manda paseó su vista por las delicadas formas doradas que se entrelazaban unas con otras, apartándose de una manera deliciosa en los lugares oportunos para dejar únicamente el espacio preciso en el que engarzar piedras de un verde esmeralda bellísimo, que atrapaban la mirada y no permitían ya apartarla por propia iniciativa.

—Es… preciosa… —balbuceó, y su voz le sonó a una galaxia de distancia. De repente ya no le molestaba que el hombre le acariciase el pelo. De hecho, ni siquiera lo sentía. Estaba bien, muy bien, y el día no podía hacer otra cosa que ir a mejor.

—Esta pulsera, cuando se enlace a tu muñeca, enlazará a tí a quien tú quieras. ¿No te gustaría que tu padre regresara? ¿Que él, tu madre y tú volviéseis a ser una familia? ¿No te gustaría que la pulsera fuese el símbolo que os engarzara unos a otros como era antes? ¿Como nunca debería haber dejado de ser?

La voz del extraño era sinuosa, insinuante, y se incrustaba en su cerebro directamente, como si en lugar de captarla a través del oído jugase con algún tipo de telepatía. Manda se sentía como en un sueño, como si se estuviese moviendo sonámbula. Le costaba mantener los ojos abiertos, pero aún así oía perfectamente las palabras del hombre acariciándole el alma. Diciéndole justamente lo que necesitaba oír, susurrándole sus más ocultos anhelos.

—S...sí —contestó ella—. Sí quiero —añadió, como una novia en el altar, y levantó el brazo para que el extraño pudiese colocar la pulsera en su muñeca, en el sitio al que pertenecía, en el lugar para el que fue creada.

—Muy bien, querida —sonrió el hombre, y su voz cambió. Dijo una frase en latín, y aunque ella no entendió ni una palabra, su piel se erizó.

—*Familia supra omnia*.

Por un breve instante Manda vio el disfraz y la realidad que se ocultaba tras él como dos fotogramas superpuestos. El hombre agradable y el hombre de la sonrisa despreciable en la que se movían gusanos finos como cabellos. Dudó durante una décima de segundo, cuando la pulsera ya rozaba su piel, erizando el vello a su paso y provocando una sensación casi erótica, y dio un leve tirón, como si quisiera apartar la mano.

La pulsera resbaló de las manos del extraño y cayó como en cámara lenta hacia el suelo. En el latido que tardó en impactar contra el suelo ocurrieron un millón de cosas.

Ocurrió que el hombre la miró con los ojos inyectados en sangre, con una expresión mezcla de odio e incredulidad tan horrible que ya la acompañaría en sus pesadillas hasta el fin de los días.

Ocurrió que el mundo se puso en marcha de nuevo, que se rompió el hechizo, que volvió a sentir el asfixiante calor del sol y sus rayos abrasándole la piel. Que volvió a sentir la repugnancia olvidada por la artimaña, por el truco de hipnotizador de primera categoría que había utilizado con ella.

Pero sobre todo ocurrió que apareció él.

No lo vio venir, de la misma manera que no pudo ver de qué pliegue en la manga había sacado aquél tipo la pulsera. El muchacho pareció haberse *teletransportado* justo a su espalda, como un tripulante de la *Enterprise*. Con una agilidad que sólo había visto antes en el cine, se admiró de cómo se agachaba y recogía la pulsera del suelo en un mismo movimiento, en el tiempo de un pestañeo. La mantuvo apenas unas milésimas de segundo entre sus dedos antes de soltarla en el interior de la bolsa bandolera de cuero marrón que llevaba colgada del hombro. Al soltarla, hizo un gesto con la mano que a Manda le recordó el que haría una persona que hubiese sujetado un vaso de café hirviendo. Fue exactamente así, como si la pulsera le quemase los dedos.

El chico se giró y la miró a los ojos desde detrás de sus gafas de montura negra. Fue tan sólo una fracción de segundo, pero ocurrió algo. Algo que no podría explicar con palabras ni aunque tuviese un millón de años para elegirlas y formar con ellas las frases idóneas, perfectas .

Manda y el extraño se movían a cámara lenta, comparados con el muchacho, como si estuviesen bajo el agua. El hombre se agachó para intentar recoger la pulsera pero llegó mucho, mucho más tarde que el muchacho. Cuando sus dedos largos y huesudos llegaron al lugar donde estaba la pulsera, se encontraron únicamente con el suelo recalentado por el sol. El extraño se giró bruscamente e intentó agarrar al chico por los bajos de la gabardina color gris sucio que se agitaba tras él como la capa de un superhéroe, pero el zarpazo pasó a bastantes centímetros de distancia y sólo encontró aire. Entonces el extraño se volvió hacia Manda con los tendones del cuello marcados como cuerdas de guitarra de un dedo de grosor, y los ojos inyectados en sangre. Tanto las pupilas como el propio iris se habían contraído hasta casi hacerlos desaparecer, de forma que el globo ocular era una bola blanca surcada por innumerables capilares que parecían desagradables telas de araña de color escarlata, en cuyo centro exacto

flotaba el iris, un minúsculo botón ennegrecido que rezumaba odio.

Y entonces gritó. Pero no lo hizo de cualquier manera. La mandíbula se desencajó y colgó laxa, como lo hizo la boa del Principito para devorar al elefante, por mucho que éste dijese que se trataba de un sombrero. Ya no le cupo ninguna duda de lo que había visto al principio entre sus dientes, porque cuando su aliento pestilente la alcanzó, los gusanos vibraron hacia afuera, agarrándose a las piezas dentales del hombre como si en ello les fuera la vida. Más que gritar, bramó un torrente de rabia, de resentimiento, de odio infinito hacia ella por haber dudado en ponerse la pulsera, porque ahora, en lugar de estar (encadenada) en su muñeca, se encontraba dando tumbos en la bandolera de aquél ladrón.

Por suerte, aunque aterrador, el grito duró apenas unos instantes. El extraño se giró y salió a toda velocidad tras el chico, olvidándose de ella, por fortuna. Porque estaba convencida de que, si hubiese tenido tiempo para dedicarle, la cosa hubiese sido muy distinta.

—¡Tú!¡Maldito ladrón, vuelve aquí!¡Devuélveme mi pulsera!

Manda se quedó allí clavada, tiritando, como si se encontrase en pleno diciembre en lugar de en verano. Cuando fue capaz de recuperar la movilidad hacía ya un buen rato que había perdido de vista tanto al chico como al hombre, y no pudo hacer otra cosa que arrodillarse sobre el ardiente pavimento, y llorar. En el lugar en el que la pulsera había impactado con el suelo se podía ver una marca como la que habría dejado un petardo de considerables dimensiones al explotar.

Capítulo 5

Tres contra uno, o la luz del tiempo

—¿Qué pasa, que ibas a pasar de largo sin saludar?

El que había lanzado aquella pregunta retórica, de la que por supuesto no esperaba obtener respuesta, era Porquería, cuyo nombre real era Pablo, y al que los otros dos conocían como Paul. Aunque aquellos imbéciles no eran capaces de decir dos palabras seguidas en inglés con un mínimo de sentido, se conocían unos a otros por sus nombres americanizados.

Así, Caca era Carlos, alias Charly y Mierda era Miguel, alias Mike.

Sin embargo, en aquel momento a Pit no se le pasaba siquiera por la imaginación dirigirse a ellos por los motes que Manda y él con tanto acierto les habían endilgado, porque la verdad es que estaba muy, muy jodido. En aquel punto tenía únicamente dos opciones: o demostraba no tenerles ningún miedo y cruzaba los dedos para que sus bravuconadas se quedaran sólo en eso, o tomaba un camino más conservador, agachaba la cabeza y aguantaba el chaparrón hasta que se aburriesen. Las dos opciones tenían su riesgo y a la vez ninguna garantía de llegar a buen puerto.

—¿Qué pasa, conguito?¿Se te ha comido la lengua el gato? —le escupió a la cara Paul, que era el que llevaba la voz cantante. Si un día se le hubiese ocurrido tirarse por un barranco, los otros dos se habrían lanzado tras él sin dudarlo. La cuestión es que, quizás por la distancia a la que se le colocó aquel energúmeno, casi nariz con nariz, o quizás porque se estaba empachando de tanto cacahuete recubierto de chocolate, Pit reaccionó sin pensar y cortó de paso cualquier duda sobre la actitud a tomar, dándole un empujón a Paul que casi lo hace dar con sus huesos en el suelo.

—¡Dejadme en paz! —gritó, tratando de no mostrar en las inflexiones de su voz que empezaba a estar asustado, de la misma forma en la que un jugador profesional oculta tras su inexpresividad un póker de ases. Aunque Pit ya no llegaría a saber jamás qué hubiese ocurrido si elegía la opción de agachar la cabeza, descubrió enseguida los efectos de haberse quedado con la de encararse con ellos, para su desgracia.

—¿Pero qué haces, gilipollas? —escupió Paul y se lanzó hacia delante como un resorte, impactando con su frente justo en medio de la nariz de Pit, que emitió un desagradable crujido. No pudo decir que sintiera un dolor insoportable, pero sí que se le apagaron las luces. Fue

como si el golpe, aparte de hacerle la puñeta, lo hubiera anestesiado. Los ojos se le inundaron en lágrimas sin que pudiera evitarlo, igual que le ocurría cuando iba a estornudar, y la garganta se le llenó de un desagradable sabor metálico. Sorprendido, se llevó la mano a la nariz; al retirarla parecía como si la hubiese metido en una lata de pintura roja.

—Yo… yo… —tartamudeó, sorprendido, extendiendo la mano ante sus ojos para asegurarse de que lo que estaba viendo era real. Sin embargo, todo a su alrededor flotaba y brillaba tras una película ondulada provocada por las lágrimas.

—¡No jodas! ¡Su sangre es roja!¡A ver si al final no vamos a ser tan distintos! —gritó Paul fingiendo sorpresa.

—*Naaaa* —le contestó Mike, y a Pit le sonó desde muy, muy lejos, a pesar de que estaba justo detrás de su espalda—. Los perros también tienen la sangre roja.

—¡Y las ratas! —añadió Charly con una carcajada.

Pit, que cada vez estaba más ajeno a todo aquello —*hola, conmoción cerebral*— decidió que ya no quería seguir escuchando a aquellos tres. No sabía qué hacía allí, si ni siquiera le caían bien, así que decidió ignorarlos e irse a casa. Se sentía mareado, y empezaba a pensar que quizá estuviese incubando algo.

Arrastrando los pies y dando tumbos, trató de alejarse ante la mirada divertida de los tres matones. Paul le puso la zancadilla y Pit cayó pesadamente al suelo. Ni siquiera hizo la intención de poner las manos por delante para protegerse del golpe, lo que lo llevó a un nuevo estadio del dolor.

—¡Vaya hostia se ha metido! —soltó Mike, partiéndose de risa.

Pit se quedó unos instantes allí, con la cara contra el suelo, antes de reunir las fuerzas para tratar de levantarse de nuevo. Se giró y se quedó tumbado sobre la espalda. El ojo izquierdo se había convertido en una pelota de tenis coronada por una hendidura con pestañas tras la que, en algún lugar, debía haber una pupila anormalmente dilatada. Cada vez veía más como si se hubiese hecho de noche. Pero de repente recordó que tenía que llegar a casa para comer, que lo estaban esperando, así que sacando fuerzas de flaqueza, comenzó a levantarse.

—Este tío es gilipollas —escupió Paul, y le lanzó una patada al estómago que lo levantó unos centímetros del suelo. Pit emitió un sonido ahogado que sonó a interrogación—. ¿Qué pasa, que sólo trabajo yo? —preguntó. Los otros dos reaccionaron de forma inmediata y formaron un corrillo alrededor del muchacho. Pit no sintió la mayoría de las patadas. Estaba en un lugar a salvo, a mucha distancia de allí, donde los crujidos no tenían por qué ser síntoma de costillas rotas.

Los matones perdieron la noción del tiempo, de la gravedad de lo

que estaban haciendo, hasta que Charly se detuvo. No por remordimiento, sino por cansancio.

—Joder… ¿nos lo hemos cargado? —preguntó sin aliento. Paul se agachó, lo agarró del pelo y le levantó la cabeza. Pit estaba hecho polvo, pero respiraba.

—*Na*. Tampoco ha sido para tanto —respondió, mientras le rebuscaba en los bolsillos—. ¡Coño, cincuenta eurazos!... Vale, esto servirá para que te perdonemos por hacernos sudar así...—sentenció, guardándose el billete en un bolsillo. Luego, se quedó mirando al suelo, a un hermoso zurullo que brillaba bajo el sol a escasos centímetros de Pit, y que no hace mucho, a juzgar por su aspecto, debía estar dando vueltas por el sistema digestivo de algún perro de la zona. Sin pensarlo dos veces agarró a Pit del pelo, y desoyendo sus cada vez más débiles quejidos, le aplastó la cara sobre la mierda y la restregó hasta asegurarse de que quedaba bien impregnada.

—¡Joder que puto asco! —gritó Mike ahogando una arcada.

—Ahora ya hueles como corresponde, pedazo de mierda —le dijo Paul—. Escúchame… ¿me estás escuchando?

Pit emitió un sonido que podía significar tanto que sí, que lo estaba escuchando, como que acababa de entender la teoría de la relatividad, pero Paul dio por hecho de que se trataba de lo primero.

—No vas a tener ni idea de quién te ha hecho esto, porque te han atacado por la espalda. Y porque como me entere de que te has ido de la lengua, además de que no tienes pruebas, te buscaré a ti, o a tu madre, o a tu puta hermana pequeña, y te aseguro que no vas a querer saber lo que haremos.

—¿Tiene una hermana pequeña? —le susurró Charly a Mike en el oído.

—¿Y yo qué mierda sé, gilipollas? —le respondió el otro de la misma manera—. Lo dice para acojonarlo.

—*Aaaaah* —soltó Charly, que había acabado conforme con la respuesta obtenida.

—Vamos a pulirnos los cincuenta euros —senteció Paul, acabando con la conversación de sus dos secuaces, quienes aceptaron de buen grado la sugerencia de su jefe.

Aunque nadie lo había nombrado como tal, no quedaba la menor duda de que así era.

—Eh… ¡Eh!

Alguien. Alguien le estaba hablando.

Lejos.

Muy, muy lejos.

Desde el otro extremo de la vía láctea.

En su mente, Pit creyó estar preguntando qué ocurría, en voz alta.

En la realidad, sonaba como alguien intentando hablar al mismo tiempo que masticaba su propia lengua.

—Espera un segundo.

Un sonido. Un clic, el interruptor de algún aparato electrónico. Y de pronto, calor en su cara.

Y una sensación extraña.

Abrió los ojos. Hacía sólo unos segundos, eso hubiera sido una misión imposible. Y sin embargo, lo hizo sin el menor esfuerzo.

El hombre estaba ante él, apuntándole con una linterna, como si se tratase de un médico que quisiera certificar que sus pupilas reaccionaban a la luz. Aunque resultaba irónico por la situación en la que se encontraba, el primer pensamiento coherente de Pit fue que cómo era posible que aquel tipo, con el calor que hacía, soportara esa horrible chaqueta roja que parecía la casaca del soldadito de plomo.

—Qué… ¿Qué ha pasado? ¿Quién es usted? —preguntó, en voz alta y clara. Enseguida, vinieron los recuerdos, y con ellos el dolor. Dolor al respirar, que era el que más le preocupaba. Dolor en cada una de sus extremidades, especialmente en la mano izquierda, en la que un par de dedos estaban doblados en un ángulo escalofriante.

Si hubiera tenido que apostar, lo hubiera hecho por al menos un par de costillas rotas acompañando a aquellos dedos. Y luego estaba el repugnante olor.

—Hijos de puta… —susurró, y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Cada vez dolía más.

El mundo se le vino encima. Cuando su familia lo viera así… entonces… entonces…

—No tiene por qué ser así.

El hombre. El extraño que lo había apuntado con una linterna a la cara. El que llevaba la extraña casaca roja, y el peinado que parecía directamente pintado sobre su calva, con los ridículos rizos por encima de sus orejas. El que… ¿le había leído el pensamiento?

No. Había sido simple y pura casualidad, qué si no.

—A… ¿A qué se refiere? —le preguntó, y de pronto sintió miedo. Estaba allí, destrozado, a merced de aquél tipo, que podía ser tanto una buena persona como un loco maníaco.

Por lo pronto, que no hubiese ido a pedir ayuda, no era buena señal en absoluto. Seguía allí, con su estúpida linterna en la mano.

Como si le hubiese leído el pensamiento por segunda vez, levantó la linterna ante los ojos de Pit, y la giró entre sus dedos.

Y entonces él descubrió cuán equivocado estaba.

La linterna era preciosa.

De un tamaño muy pequeño, manejable, estaba diseñada para que

pudiera guardarse en un bolsillo. De hecho, una persona que no tuviera las manos muy pequeñas podría ocultarla en su puño cerrado sin ningún problema. Estaba hecha de un metal que no había visto antes, jamás. La lente, el cristal, o lo que fuese que protegía su fuente de luz era cristalino como el agua de un lago reflejando la luna, y casi en la base, unos aros móviles con números y letras bellamente tallados atraían la vista hasta casi dejarlo sin respiración.

—Puede ser tuya. Si la quieres, te la regalo. Tan sólo tienes que pedírmela.

—Es tan… bonita… —exhaló Pit casi en un suspiro.

—No sólo es bonita —le corrigió el extraño. Ahora, al mirarlo, Pit se preguntó por qué demonios en algún momento le había puesto esa etiqueta. No era en absoluto extraño. De hecho, era un hombre agradable. Muy agradable.

—¿No? —preguntó. Quería saber más. Necesitaba saberlo todo acerca de aquella pequeña maravilla que arrancaba destellos a la luz del sol. Una intensa punzada en los dedos de su mano casi lo devolvió a la realidad.

—Mira estos aros —explicó el hombre, girándolos. Se deslizaban con tanta suavidad que parecían orbitar alrededor del cuerpo de la linterna, sin tocarlos. Poder mirarlos de cerca lo llenó de dicha. Eran tres aros en total, los dos primeros con los números del cero al nueve tallados, el último con una extraña leyenda: *mhdma*.

—¿Qué… qué significa *mhdma*? —preguntó Pit con un hilo de voz.

—Minutos, horas, días, meses y años —respondió el hombre recreándose en cada una de las palabras.

—No… no entiendo…

—Una imagen vale más que mil palabras —dijo el extraño, dando una cadencia cantarina a la frase que en cualquier otra persona hubiera resultado divertida, pero que en su caso helaba la sangre en las venas. Con una agilidad impresionante, sus dedos volaron sobre los aros, que se pusieron a girar frenéticos. Al detenerse, marcaban en la parte frontal de la linterna *01h*.

—¿Q… qué va a hacer? —preguntó Pit en un hilo de voz. Empezaba a sentir que algo —*alguien*— no estaba bien.

—Despedir al dolor —respondió. A Pit no le dio tiempo a preguntarle qué demonios significaba tan críptica frase, porque el extraño encendió la linterna

clic

y apuntó el haz de luz que, aunque pareciera ridículo, era perfectamente visible bajo la cegadora luz del sol, hacia el amasijo que antes del incidente era la mano de Pit. La luz era tan hermosa, que dolía mirarla. Era tan… era tan…

De un segundo al siguiente, los dedos dejaron de estar retorcidos

en ángulos imposibles para volver a la normalidad. Pit abrió y cerró la mano, incrédulo. El dolor, y la lesión de paso, habían desaparecido.

—Pero… ¿cómo es posible? —preguntó en un susurro, boquiabierto.

El extraño, con una amplia sonrisa, le colocó la linterna ante los ojos.

—*01h* —le dijo. Una hora. La luz devuelve lo que toca al estado en el que se encontraba hace una hora. Luego, iluminó el pecho de Pit, quien volvió a respirar sin dolor en las costillas—. Si la quieres, sólo tienes que pedirla —repitió.

—Sí. Sí la quiero. La quiero, la quiero, la quiero —repitió Pit casi sin respirar, extendiendo los dedos temblorosos hacia la linterna.

El hombre sonrió, y algo se movió entre sus dientes. Con una voz que no era la suya, dijo una frase en latín

—*Lux temporis*

y le dio la linterna.

Tan sólo unos minutos después, Pit entraba en el comedor de su casa, disculpándose por el retraso.

Nada en su aspecto permitía presuponer el infierno por el que acababa de pasar. La linterna no sólo reparaba el daño físico, también restauraba cualquier cosa que bañase con su luz, de esa forma le había permitido limpiarse, apartando los restos de las heces de perro de su cara y devolviéndolas a su lugar en el suelo del descampado.

El día, de pronto, había cambiado de color.

Todo era perfecto, y mientras sonreía y participaba en las conversaciones que surgían al abrigo de la mesa del almuerzo, en su mente nacía la semilla de la venganza.

Se metió la mano en el bolsillo, abrazó con ella la linterna que se alojaba en su interior, y sonrió.

El hombre de la casaca roja recorría la avenida huraño bajo el asfixiante calor. Había intentado localizar nuevos objetos tras el robo de la pulsera, pero no había sido en absoluto un día productivo en ese aspecto, ni mucho menos.

Estaba perdido en sus pensamientos cuando se vio a sí mismo al otro lado de la calle. Su otro yo parecía bastante más contento de lo que él estaba. Cuando cruzó la carretera y se acercó a él sus cuerpos se vaciaron literalmente el uno sobre el otro, como si estuviesen hechos

cada uno de ellos de una pintura espesa con partículas magnéticas de distinta polaridad. Durante un instante parecieron un *glitch*, un error en la realidad, una persona con más extremidades en el cuerpo de las que le correspondía, hasta que en cuestión de milésimas de segundo se moldeó hasta componer el cuerpo escuálido y desagradable que mostraba cuando era sólo uno.

—¿La linterna? —se dijo a sí mismo en voz alta—. Bien.

Retomó el camino con energías renovadas, con un ligero trote y una expresión en la cara difícil de definir, que quizás era la forma que tenía de demostrar al exterior de que era casi feliz.

Había perdido dos de sus objetos, pero había colocado uno, y esa era la parte que más le gustaba. Ya recuperaría los otros dos.

Iba a pasarlo muy, muy bien en aquel barrio. Había mucha gente con la que hablar, mucha gente a la que convencer.

Pero ahora tocaba sentarse a esperar acontecimientos, y disfrutar de lo que estaba por venir.

Capítulo 6

Un almuerzo en el McDonald's, o una desigual pelea en el baño de caballeros

¿Qué demonios estaba pasando?

Había sido la situación más surrealista de su vida. Ahora, sentada ante su hamburguesa de queso en el McDonald's era incapaz de recordar del todo los detalles, y eso la asustaba bastante. No era capaz de recordar la cara de aquél tipo (a Dios gracias) ni conseguía fijar la imagen de la pulsera.

Sin embargo, no conseguía sacarse de la cabeza la atracción tan insoportable que había ejercido sobre ella. Quizás el tipo era alguna clase de mentalista, hipnotizador… o algo bastante más lógico, la había drogado con algún producto raro, de esos que se pueden conseguir sin demasiada dificultad si tienes dinero y sabes dónde buscar. Burundanga o alguna mierda de esas. Hasta donde ella sabía, para que tuviera efecto había que ingerirla, pero no pondría la mano en el fuego acerca de sus efectos si fuese un polvo muy fino flotando en el ambiente. Sorbió con la pajita, y la Coca cola helada burbujeó en su garganta haciéndola toser.

Había pasado la mañana saltando de una tienda a otra en el centro comercial, sin la intención de comprar nada, tan sólo por alejarse de casa y de las discusiones con su madre mientras huía de paso del asfixiante calor del exterior. Finalmente decidió seguir el plan que había preparado con su amigo y se quedó a almorzar en la hamburguesería. En ello estaba cuando recibió el whatsApp de Pit preguntando por dónde andaba.

Mojó una patata en ketchup, se la llevó a la boca distraída, y su mente voló de nuevo a los acontecimientos de unas horas antes. En especial, al muchacho de pelo largo que había aparecido como de la nada.

¿Quién era?

No tenía la menor duda de que su aparición la había salvado de… de…

¿De qué?

Había sentido algo extraño durante ese breve instante en que se encontraron sus miradas.

—Hey.

Manda dio un respingo que la trajo de nuevo a la realidad y acabó

por disipar las últimas briznas de los recuerdos del hombre y su pulsera. Sin embargo, aparcó al muchacho para volver a él más adelante.

—Joder tío, qué susto me has dado.

Pit acercó una silla y se sentó al otro lado de la mesa. Llevaba un vaso grande con refresco de naranja. Estaba… raro. Radiante.

—¿Muy aburrida?

—Bueno, menos ahora —dijo sonriendo—. Estaba harta de aguantarme a mí misma —bromeó—. ¿Qué tal tu almuerzo?

—Genial. Bueno, todo lo genial que puede ser una comida familiar, ya sabes.

Lo sabía.

Antes.

Hace tanto, que casi empezaba ya a olvidarlo. No dejó que el pensamiento aflorase a su cara con algún gesto o alguna expresión que Pit pudiera detectar.

—Pues te veo muy contento, no creo que lo hayas pasado tan mal —bromeó ella arrugando la nariz mientras lo apuntaba con una nueva patata bañada en ketchup.

De forma inconsciente, Pit tanteó el bolsillo del pantalón por fuera. Notar la familiar forma de la linterna lo tranquilizó de inmediato, como un chute tranquiliza a un drogadicto. Abrió la boca para contestar, pero algo tras Manda captó su atención, cortando la respuesta en seco. En el pasillo que transcurría entre los comercios, Carlos, alias Charly, alias Caca, se dirigía con paso apresurado en dirección a los baños.

—*Eeeeh*… emergencia sanitaria… —dijo levantándose, sin apartar la vista del pasillo. Charly acababa de desaparecer tras la puerta batiente de los servicios de caballeros—. Cuídame la Fanta…

—Pero… ¿dónde vas?

—Apretón… creo que la comida no me ha sentado del todo bien… o salgo corriendo, o me cago encima...

—Joder, tío… podía haber pasado sin tantos detalles —protestó, mirando con asco la hamburguesa—. Que estoy comiendo…

Pit no se molestó en contestar y corrió hacia los baños, dejando el refresco sobre la mesa.

—Pues sí, la cosa está apretada… espero que llegue a tiempo —le dijo Manda al refresco con una mueca, pero éste no se dignó en contestar.

Los baños eran lo que se podía esperar de un gran centro comercial. El servicio de limpieza pasaba cada dos horas, por lo que,

normalmente, salvo alguna excepción puntual, el estado de los servicios era bastante razonable. Pit empujó la puerta tratando de no hacer ruido, y accedió al interior. No había nadie usando los urinarios de la pared, y los baños independientes estaban cerrados a excepción del que ocupaba Charly, quien estaba orinando con la puerta abierta mientras bailaba al ritmo de lo que quiera que estuviese sonando en sus cascos. A juzgar por cómo sonaba la orina al golpear contra el agua de la taza, a ratos sí a ratos no, la limpiadora que hiciese turno cuando él saliera iba a tener trabajo extra. Cuando acabó, se dio la vuelta sin preocuparse de tirar de la cisterna; las reglas de higiene del mundo de los humanos no parecían tener efecto sobre él.

En un primer momento, no reconoció a Pit. Simplemente lo miró, y siguió su camino. Luego, de repente, se giró con los ojos muy abiertos, a juego con la boca, que dibujó una O casi perfecta.

—¡Joder! —exclamó, y quiso correr hacia la puerta, aunque Pit se interpuso en su camino.

—Ni se te ocurra —le dijo, tanteando de nuevo la linterna desde fuera del bolsillo de su pantalón.

—Tío… ¿pero qué mierda…? Te hemos dejado hecho un cristo… ¿Tienes un hermano gemelo, o qué? —le escupió, recuperando la compostura. Aunque le hubiera gustado estar con los otros dos, él solo se bastaba y se sobraba para darle otra paliza, como mínimo igual a la que se había llevado un rato antes. Se acercó a él, envalentonado, y Pit le respondió sacando la linterna del bolsillo y apuntándolo con ella.

—¡No des ni un paso más! ¿Qué, divirtiéndoos a costa de mis cincuenta euros, pedazo de mierda?

Charly se puso blanco como las baldosas de la pared. Su primera reacción fue tirarse al suelo, porque pensó que Pit iba a sacar un arma. Cuando vio la linterna en su mano el cambio fue instantáneo, se relajó y el color volvió a su cara.

—¡No, por favor!¡Con una linterna no! —gritó con la voz entrecortada, gesticulando de una manera exagerada y ridícula—. ¿O es un sable láser?

Luego, graznó más que reír. Una risa desagradable, histérica, que hizo hervir la sangre a Pit. Sin embargo, no movió ni un solo músculo de la cara que demostrase que la procesión iba por dentro. El espejo del baño le devolvió la imagen de un rostro imperturbable.

Los dedos de Pit acariciaron los aros de la linterna, que comenzaron a girar como si tuviesen vida propia. El efecto era, en cierta manera, hermoso, como contemplar las manos del mejor intérprete de la historia volando sobre las teclas del piano mientras daba vida a la partitura más complicada.

La despreciable risa de Charly se cortó en seco, y su cara se

convirtió en una mueca. No sabía qué demonios estaba viendo, su cerebro era incapaz de procesar la información.

Entonces, la luz surgió de la linterna como la leche lo haría de un vaso al derramarse. Espesa, casi tangible, hasta alcanzar el brazo izquierdo del matón. Los aros se habían detenido y mostraban las grafías *18a*. Dieciocho años.

Dieciocho años antes.

Sin pasos intermedios, como en los efectos especiales de una película de bajo presupuesto, el brazo pasó a ser el de un bebé. El grito que emitió Charly, agudo como si estuviese intentando romper una copa de cristal usando la resonancia, fue una mezcla entre miedo y sorpresa.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué me has hecho? —lloriqueó casi sin voz, moviendo los diminutos deditos de su recién estrenada mano ante sus ojos, como queriendo romper el hechizo, dejar de ver visiones, volver a la realidad.

Un muchacho abrió la puerta del baño y al ver la escena cerró y salió corriendo.

—Ahora tu mano está a juego con el tamaño de tu cerebro —soltó Pit. Se sentía fuerte, poderoso. Pero había algo más, algo que nunca había experimentado antes. Se sentía despiadado.

—¡Eres un hijo de la gran….! ¿Qué me has dado? ¿Qué mierda me has dado?

En la cabeza de Charly se encendió una luz roja. Aquello no podía estar sucediendo en realidad. Aquel mierdecilla le había dado algo. No sabía cómo, pero lo había drogado, no quedaba otra opción. Hizo el intento de abalanzarse sobre Pit y éste le respondió accionando de nuevo el interruptor de la linterna, apuntando en esta ocasión a la pierna izquierda de su enemigo. La pernera del pantalón vacía ondeó en el aire al perder su dueño el equilibrio, al perder de repente el apoyo de la pierna, que ya no llegaba al suelo. Charly cayó sobre el costado izquierdo, y el gesto instintivo de estirar el pequeñísimo brazo para evitar el golpe no le sirvió de nada.

El matón chillaba desde el suelo como un animal en plena matanza. Ya no articulaba palabra, eran gritos de puro terror. En su mente estaba suplicando que parase, que ya estaba bien, pero en la realidad tan sólo emitía una serie de sonidos ininteligibles enlazados unos con otros.

Pit se agachó con una enigmática sonrisa en la cara. Sus dedos hicieron girar los aros de nuevo. Pequeños relámpagos azules recorrieron el cuerpo de la linterna, y a Charly ya no le parecieron atrayentes en absoluto, sino todo lo contrario.

Eran terroríficos.

Los aros se detuvieron en *99a*.

Cuando la limpiadora entró en el baño, tuvo que recoger las ropas que estaban tiradas en medio del pasillo. En el tiempo que llevaba limpiando había visto cosas increíbles como para escribir un libro, así que no se sorprendió. Simplemente pensó que alguien había renovado su vestuario, y decidió dejar allí la ropa antigua sin importarle lo más mínimo que aquel baño lo usaran otras personas. Lo que no le pareció normal en absoluto fue que hubiese tirado también el iPod y los cascos. En cualquier caso, seguro que su hija estaba encantada de adoptarlos. Recogió los cables y se los guardó junto al aparato en el bolsillo del uniforme. Luego tiró la ropa en la bolsa de la basura mientras tarareaba una canción cuyo nombre no conseguía recordar.

—No has tardado mucho, ¿eso es buena señal?

—*¿Mmmm?* —medio articuló Pit. A Manda sólo le quedó claro que se trataba de una pregunta, por la entonación. Por lo demás, a saber lo que había querido decir su amigo.

—Tu estómago. Que si va todo bien.

—*Yammmn tommn iennn proooblemmma* —le respondió él. La expresión de sus ojos era la de la persona que habla en sueños. Algo en el interior de Manda se removió y su ritmo cardíaco comenzó a acelerarse.

—¿Pit?¿Estás bien?

Era la típica pregunta que se hace esperando una respuesta tranquilizadora. Un claro, no te preocupes. Un sí, es que no he dormido bien. Incluso un me he levantado con jaqueca sería bastante aceptable. Sin embargo, saltaba a la vista que no, que distaba años luz de encontrarse bien.

Pit cerró los ojos con fuerza y se masajeó la frente con el pulgar y el índice de la mano derecha. En su mente, se masajeaba con una mano de bebé.

Un pensamiento absurdo.

¿Por qué se le había metido en la cabeza?

—Perdona… ¿Qué me has preguntado?

La frase, clara y perfectamente comprensible, tuvo en Manda el efecto de un vaso de agua fresca en la garganta de alguien que se estaba muriendo de sed. Soltó un suspiro de alivio que pasó desapercibido para su compañero de mesa.

—Que si estás bien del estómago. No has tardado nada en el baño.

—¿Yo he ido al baño? —preguntó mientras daba un sorbo a la pajita.

Manda le dio un palmetazo en la muñeca que hizo temblar el vaso. Quería creer que Pit estaba con una de sus bromas, pero algo en su

interior le decía que no era así.

Por el pasillo, sin que ninguno de ellos fuese consciente de la presencia de los otros, Mierda y Porquería se dirigían al baño en busca de su amigo.

El Señor Comadreja entró a hacer su ronda nocturna en el almacén, como hacía de costumbre, sin fallar un solo día. Una claridad sucia, triste y desagradable bañó las estanterías.

El muchacho dejó instantáneamente de golpear el corcho de la botella desde dentro, porque aún recordaba aquella ocasión en la que no se dio cuenta de que el Señor Comadreja estaba de ronda, y éste vio que el tapón estaba ligeramente aflojado y lo apretó, dando al traste con meses de trabajo. Esta vez el recién llegado no se molestó en comprobarlo, simplemente apartó la botella para hacer sitio a su lado, y colocó otra en el hueco que acababa de dejar libre. Luego, dio unos golpecitos contra el cristal, y habló en voz alta.

—Ya has empezado a venir —dijo con su voz de comadreja—. Pronto estarás aquí del todo. Pronto, pronto, pronto.

Y luego, salió y cerró la puerta.

Pit estaba apurando los últimos sorbos de su refresco de naranja, cuando de repente dejó caer el vaso y se agarró la cabeza con las dos manos.

—¡Pit!¿Estás bien?

Manda se levantó de un salto, y casi se lleva la mesa por delante.

—Sí… ¡Si! —respondió él—. Es sólo que se me ha ido la cabeza...Un… un mareo repentino, muy, muy intenso.

La frente se le había perlado de gotas de sudor. Manda lo tocó con el dorso de la mano. No tenía fiebre, sino todo lo contrario. Estaba helado como si hubiese estado metido en una nevera.

—¿De verdad?¿Estás seguro? —preguntó ella, con una sombra de preocupación en el rostro.

—Sí, sí, en serio, ya estoy mejor… Ha sido… ha sido una sensación super extraña. Como… como si tuviese puesta una escafandra de cristal, y alguien la estuviera golpeando.

En la estantería dentro de la botella que el Señor Comadreja acababa de colocar, parte de la esencia de Pit se revolvía en la oscuridad, golpeando contra las paredes, formando remolinos, completamente aterrorizado.

A su lado. el muchacho de la otra botella, comenzó de nuevo a golpear el tapón de corcho desde dentro.

Una y otra vez.

Incansable.

CAPÍTULO 7

Una noche de calor asfixiante, o la visita inesperada

Manda no podía pegar ojo. Las sábanas se adherían a su cuerpo como si fuesen de plástico y ella estuviera cubierta de engrudo. El calor era insoportable, asfixiante. Se libró de las sábanas con un par de patadas y se quedó inmóvil, mirando hacia el techo. La habitación estaba teñida de tonos azulados que provenían de la calle, de la luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas que esa noche no se movían lo más mínimo, como si del extremo inferior se hubiesen colgado pesas de cinco kilos para mantenerlas en su sitio. No corría ni la más leve brisa, y los grillos habían aprovechado para sacar a relucir sus mejores galas, organizando un concierto que hacía que ella estuviese aún más nerviosa.

Había sido un día rarísimo. A los distintos asaltos del combate dialéctico con su madre —al irse, al volver, al ducharse, al cenar, al acostarse—, había que añadir el asunto de la pulsera, el hombre inquietante y el muchacho, y también, cómo no, el extraño comportamiento de Pit. Había llegado a pensar incluso que le estaba dando un ictus.

Se sentó en la cama, desvelada. La almohada estaba empapada con su sudor, y la arrojó al suelo con un gesto de asco.

¿Cuándo habían empezado a ir las cosas tan rematadamente mal en la relación con su madre?

Antes, su madre no se comportaba de esa manera. No estaba a todas horas molesta con el resto de la existencia. Ya no recordaba la última vez que la había visto de buen humor. Ahora era como si tuviese las zapatillas llenas de clavos cuyas puntas se le clavasen constantemente en la planta del pie. Todo la cabreaba. Hasta el hecho de que ella respirase, había llegado a sospechar.

Antes, ambas tenían una relación normal. Quizá fue su paso a la adolescencia mezclado con los problemas entre sus padres, quizá fue otra cosa que ella nunca había llegado a saber, pero en cualquier caso, la guerra estaba abierta y las batallas se libraban día tras día.

Era agotador.

Se sentó a los pies de la cama, apoyó los codos en las rodillas y dejó descansar la barbilla sobre las palmas de las manos mientras tamborileaba los dedos contra sus mofletes hinchados de aire.

¿Y el muchacho?

¿Por qué no conseguía quitárselo de la cabeza, si sus miradas se habían cruzado apenas una fracción de segundo?

Dejó escapar el aire retenido como si soplara las velas de una imaginaria tarta de cumpleaños, y se puso en pie de un salto. Se desperezó, y miró hacia la mesita de noche. Sobre ella, el reloj marcaba las dos y cuarto de la mañana en grandes números azules. Se acercó hacia el pequeño balcón, que apenas tenía sitio para poner un par de macetas, y apartó las cortinas que parecían ser una barrera impenetrable para la brisa nocturna, aunque en realidad sabía que esa brisa era inexistente, que si hubiese dejado caer una pluma desde su balcón, ésta habría caído en línea recta hasta posarse sobre el suelo de la calle.

Dio un respingo y reprimió un grito. El muchacho estaba allí, en su balcón.

—¡No te acerques o me pongo a gritar!¡Mi padre es policía y tiene su arma en casa! —soltó casi sin respirar, dando un paso atrás, hacia la seguridad de su habitación. Aunque no fue consciente en aquel momento, lo dijo susurrando.

—¡No!¡No, perdona!¡No pretendía asustarte! —le respondió él de la misma manera.

—¡Pues no creo que espiar a una chica desde su balcón sea la mejor manera de hacerlo —le replicó Manda—. ¿Cómo demonios has subido hasta aquí? —le preguntó, aunque ya sabía la respuesta. De la misma forma que ella entraba y salía cada vez que le apetecía mientras su madre pensaba que ya estaba durmiendo en su habitación: el árbol. Había que ser un poco ardilla y no pesar demasiado, pero las ramas casi rozaban la barandilla del balcón.

El chico levantó ambas manos a la altura del pecho, con las palmas apuntando hacia ella, como queriendo demostrar que no iba a hacerle ningún daño.

—Yo… mira, lo siento, no ha sido buena idea —se disculpó bajando la mirada—. No te preocupes, me iré por donde he venido. Siento haberte asustado.

Se giró con la intención de descolgarse por las ramas hacia la calle, pero a Manda ni siquiera se le pasaba por la imaginación la posibilidad de dejarlo ir sin más. Tenía un millón de preguntas bullendo en la cabeza y una curiosidad legendaria. Antes de irse tendría que responder a un par de preguntas… o tres.

Y luego estaba la sensación.

Al mirarlo a los ojos había sentido exactamente lo mismo que esa mañana. Casí oía crepitar la electricidad estática entre ambos. Nunca antes le había pasado con nadie algo ni remotamente parecido.

—¡Espera! —le pidió, poniéndole la mano sobre el hombro. Un

chispazo casi visible hizo que la apartase, y la obligó a sacudirla para recuperar la sensibilidad. El chico se giró con curiosidad.

—Dime…

Su indumentaria era realmente curiosa. A pesar del calor llevaba la gabardina gris y su inseparable bolsa bandolera de cuero marrón. Debajo de ella vestía vaqueros y una camiseta negra. Si no hubiese llevado la gabardina podría pasar desapercibido, pero la combinación entre ésta, la bolsa y las gafas —totalmente cuadradas— con el pelo negro hasta los hombros era… extraña. No cuadraba, era como agua sobre aceite. No sabía aún qué era, pero había algo muy raro en ese chico.

—No creerás que te voy a dejar irte así como así. Tengo un millón de preguntas que necesito hacerte.

—No sé si tengo tantas respuestas —respondió él con una sonrisa que le pareció encantadora.

—Vale. Allá voy, entonces —pensó en sentarse en la cama, pero no quiso que el chico pudiera malinterpretar el gesto, y de todas formas allí junto al balcón, parecía que el ambiente era más soportable a pesar del calor que subía de la calle. Era como si el asfalto fuese una inmensa placa solar que lo hubiese ido almacenando durante todo el día para mantener la urbanización calentita por la noche—. ¿Cómo me has encontrado?¿Me has estado siguiendo desde esta mañana?

—No… ¡No! —respondió el muchacho dando un paso atrás y frunciendo el ceño. Parecía bastante evidente que no se trataba de un perturbado o un acosador—. Yo… yo *sé* cosas, aunque no sé por qué.

—Vale. Te acabas de explicar como un libro cerrado.

—Hay cosas que sé —trató de justificarse—, pero no tengo ni idea, o no recuerdo el porqué. Por ejemplo, sabía que esta era tu casa…

—Ya —soltó ella torciendo el gesto, haciendo evidente que no se creía ni una palabra, pero el muchacho no se amilanó y siguió con su relato como si ella no hubiese dicho nada.

—... de la misma manera que sé que tu padre no es policía, y que ni siquiera vive aquí con vosotras, con tu madre y contigo…

—Eh, eh… —soltó Manda alejándose unos pasos. Aquél chico no sólo la había seguido a casa, además debía llevar tiempo vigilándolas a ella y a su madre para saber aquello. De repente, no le pareció tan buena idea no haberse puesto a gritar cuando se lo encontró en el balcón. El movimiento no pasó desapercibido para el chico, que respiró hondo y soltó el aire de golpe en una sola exhalación.

—Vale… déjame contarte todo lo que sé, y luego tomas la decisión que creas correcta, ¿vale?

Manda se lo pensó unos instantes. No sabría decir el porqué, pero le parecía sincero. Sin embargo, se oían tantas noticias aterradoras en televisión, que decidió no bajar la guardia en absoluto.

—Vale. Cuéntame.

—Mi nombre es Walter. O eso creo. Ese nombre retumba constantemente en mi cerebro, a cada instante.

—¿No sabes tu nombre? —preguntó ella sin poder evitarlo. No le iba a dejar contar su historia al completo, sin interrumpirlo cada vez que le surgiera una duda.

—No lo recuerdo. No recuerdo absolutamente nada… —dijo, mesándose el cabello y poniéndose la mano en la frente, como si estuviese haciendo un esfuerzo titánico por recuperar algún dato importante en la base de datos de su cerebro. Ella se prohibió a sí misma encontrar ese gesto *sexy*, sin lograrlo del todo.

—¿Qué… qué es lo que pasó esta mañana? —preguntó Manda—. ¿Quién era ese hombre? Tengo… como una especie de nebulosa que me impide recordar los detalles…

—Su nombre es Pan… lo puedo asegurar hasta el mismo punto que puedo asegurar que el mío es Walter. Es… un recuerdo lejano, una… una intuición. Es… no sé lo que es, pero ahora que ha puesto el ojo en vuestra urbanización, no va a parar hasta destruirla. Sin que os déis cuenta, irá corroyendo los cimientos a vuestras espaldas, entrando en cada familia, en la de cada uno de tus vecinos, la de tus amigos… Sabe exactamente lo que cada persona necesita, y el objeto con el que puede conseguirlo, pero no les dice el alto precio que se paga a cambio. No sé mucho más allá de que él es el motivo de que esté aquí. Sé que tengo que detenerlo. Tengo que impedir que siga usando los objetos.

—¡La pulsera!¡Ahora lo recuerdo! —exclamó Manda abriendo mucho los ojos—. ¿Pero cómo he podido olvidarlo por completo? La… la tienes ahí, ¿verdad? —dijo, señalando la bandolera de cuero marrón —. ¿Puedo verla?

—¡No! —cortó él tajante, protegiendo la bandolera con su brazo—. Él te la ofreció… ya está unida a tí. Si la vieses, aunque fuese sólo un instante, caerías bajo su influjo. Los objetos dejan de funcionar cuando están en la bolsa. Por eso piden ayuda, porque quieren salir. De hecho, ahora mismo te está llamando, ¿no lo notas?

—No… no sé de qué hablas —mintió ella. Claro que lo sabía. Tener tan cerca la pulsera y no poder verla, ahora que la había recordado, era toda una tortura.

—Sí, sí que lo sabes —le respondió él, sin el más mínimo atisbo de duda en su voz—. Los objetos son muy, muy peligrosos —dijo, remarcando el adverbio de manera que no pasara inadvertido—. Te pervierten, te destrozan por dentro. Prométeme que jamás, pase lo que pase, intentarás ponerte esa pulsera.

—Está bien… lo prometo —dijo, aunque no estaba segura de que, llegado el momento, fuese capaz de mantener su promesa.

—Aquí llevo guardados todos los que recupero —explicó Walter poniendo la mano sobre su bolsa bandolera. Ahora que la veía de cerca, Manda reparó en lo vetusto de su aspecto. Parecía haber pasado por mil batallas… o quizá por mil propietarios.

—Entonces, me temo que no se te da muy bien tu trabajo —saltó Manda, y se arrepintió al instante de haber sido tan brusca—. Quiero decir… que no parece que lleves ahí demasiadas cosas.

—No te dejes llevar por su aspecto. Es como… no sé cómo explicarlo… como si lo que se guarda en su interior no estuviese realmente aquí… como si fuese a un *enorme* —recalcó con vehemencia el adjetivo— almacén situado en vete tú a saber dónde...

«Demasiada fantasía para el mundo real, me temo», pensó Manda mientras trataba de discernir si el chico estaba loco, si realmente creía lo que le estaba contando, o si simplemente estaba tratando de *quedarse* con ella, de engañarla, de hacerle una broma de cámara oculta.

Se mantuvieron en silencio un rato. Manda valoraba la posibilidad de hacerle alguna pregunta que no la llevase inevitablemente a un nuevo acto de fé, a un nuevo *esto es lo que pasa, es raro, pero si quieres lo tomas y si no lo dejas*. Algo que pudiese ver con sus propios ojos, que le demostrase que la realidad que le estaba dibujando el muchacho era cierta, o que por el contrario la hiciese derrumbarse como un castillo de naipes. En ello estaba cuando vio movimiento en la calle, a la espalda del chico. Un movimiento que le llamó poderosamente la atención.

—¡Agáchate! —susurró a Walter, poniéndole la mano en el hombro. El muchacho obedeció como un engranaje recién engrasado. Manda le hizo señas para que mirase hacia el exterior.

Por la avenida que cortaba en dos la urbanización como un cuchillo a una tarta nupcial, Pan atravesaba la calle. No había ningún vehículo que circulase en ninguno de los sentidos, por lo que el asfalto se había convertido en una interminable pista de baile por la que el extraño —*¿hombre?*— caminaba, dando saltitos y giros ridículos cada cierto tiempo, como si desfilara al son de una música que sólo sonara en el interior de su cabeza. Dejó atrás la casa de Manda sin reparar en la presencia de ellos dos, y no había recorrido más de cincuenta metros, cuando se multiplicó como una gota de agua al romper contra el suelo. Ocurrió en el tiempo de un pestañeo, como en un número músical en el que un grupo de bailarinas se hubiesen colocado una detrás de otra, poniendo los brazos en distintas posiciones para generar la ilusión óptica de la diosa Kali para luego separarse.

Pero aquí no había ilusión óptica, sino una realidad terrorífica.

Se generaron de la nada exactamente cinco copias de Pan, y todos siguieron con el ridículo baile, haciendo el mismo tipo de

movimientos, pero en distinto momento, como bailarines incapaces de seguir el ritmo. Dos de ellos se desviaron hacia la derecha y se colaron en el jardín de dos casas aleatorias —o quizá no tanto—. Otros dos hicieron lo propio por la izquierda. El último siguió en línea recta como si no hubiera pasado nada.

—Dios mío —Manda apenas fue capaz de articular la frase, y sonó más como un suspiro que como algo con sentido.

—Tenemos que detenerlo, o sorberá hasta la última gota de energía vital de la urbanización y, cuando la haya dejado seca, hará las maletas y se mudará a otro sitio —dijo Walter encaramándose a la barandilla. Luego, como en una versión cutre de la escena de Aladdin, se giró hacia ella y le extendió la mano—. ¿Confías en mí? —le preguntó.

—No —respondió ella sin dudar un instante—. Pero esto es lo más emocionante que me ha pasado en la vida y no me lo pierdo aunque esté cagadita de miedo. Anda, ve bajando mientras le escribo una nota a mi madre por si pasa algo. Yo sería capaz de bajar con los ojos cerrados, lo he hecho cientos de veces, pero tú vas a necesitar las dos manos y toda tu atención.

Walter cerró la mano y se quedó mirándola con una sonrisa mientras corría de un lado a otro de su habitación. Cogió ropa, preparó la nota y se cambió en el baño en menos de un minuto. Ropa cómoda y calzado deportivo por si había que salir corriendo sin mirar atrás. Cuando salió, Walter no estaba, y durante unas milésimas de segundo dudó acerca de si había sido un sueño.

Al verlo haciéndole señas desde el fondo de la avenida soltó un suspiro de alivio, y en un par de saltos se descolgó hacia la calle. Imaginó al hombre delgado bailando mientras se encaramaba al tronco para alcanzar su balcón y no pudo reprimir un escalofrío.

Tomó nota mental de que debía avisarle a su madre de lo fácil que era acceder al interior de la casa aunque eso significara cortarle las escapadas nocturnas, y corrió hacia Walter.

—¿Dónde está? —preguntó al llegar a su lado.

—Se ha metido por ahí —respondió él señalando hacia el callejón que daba a la escombrera.

—Joder —soltó Manda. Tenía catalogado aquél sitio como uno de los que era mejor evitar. Y si era así de día, de noche su puesto en el ranking se disparaba hasta el infinito y más allá. Ninguna de las razones que le enumeraba su *Pepito Grillo* imaginario fue suficiente para impedirle salir tras el chico e internarse en el callejón, que estaba *oscuro como el sobaco de un grillo*. Aquella comparación era de las preferidas de Pit, y la hizo preguntarse a sí misma por qué no le había enviado un par de whatsApp a su amigo con un resumen de lo que estaba pasando.

Quizás porque escrito sonase aún más increíble.

Walter se había escondido tras un montón de escombros y le hacía señas para que se agachara. Pan seguía bailando como un estúpido, y se había subido por una tubería descubierta que estaba clavada en el suelo en la zona más apartada del paso, formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados y que tenía toda la pinta de venirse abajo en cualquier momento. Al llegar al extremo más alto, simplemente desapareció.

—¿Qué demonios…? —susurró Manda, mirando boquiabierta hacia el lugar que antes ocupaba el extraño de la casaca roja.

—El paso —respondió Walter—. Siempre está en un lugar por el que nadie transita, a la vista, accesible, pero a la vez tan escondido que no se puede llegar a él a menos que sepas dónde está.

—¿Qué?

—Fíjate en el suelo alrededor de la parte de abajo de la tubería… ¿qué ves?

—¿Qué veo?¿A qué te refieres?

—Dímelo sin pensar. No es ningún juego, sólo quiero demostrarte algo.

—Veo hierbas altas… matorrales…

—Exacto —le cortó él—. Hay matorrales porque nadie pasa por ahí. Hay sitios… portales que llevan a otras partes, y que están tan cerca de nosotros que te asustarías. Son sitios por los que nunca pasa nadie. Podrían estar en mitad de la calle más concurrida en la ciudad más poblada del mundo y la gente los evitaría de forma inconsciente. Cruzaría la carretera para pasar al otro lado de la acera, o esperaría a poder pasar como si hubiese una alcantarilla abierta delante de sus pies.

Manda miró hacia el lugar por el que Pan había desaparecido.

—Y… ¿A dónde llevan?

Walter apartó la mirada.

—¿No lo sabes?¡No me jodas, que no lo sabes!

—¡Lo siento, no lo recuerdo!¡Pero sé que tenemos que seguirlo! —se defendió, y salió de su escondite para comenzar el ascenso por la tubería. Estaba resbaladiza, cubierta de una especie de limo húmedo, desagradable. «Es del otro lado», pensó Walter. «Es del otro lado, porque allí todo es húmedo y lúgubre». Miró a Manda, y cruzó.

—Joder… ¡*Joderjoderjoder*! —dijo Manda, mirando a su alrededor con angustia. El extremo superior de la tubería parecía únicamente eso, un trozo de tubería en desuso rodeada de escombros. Nadie podría imaginar que allí, en lo alto, había una puerta hacia otro sitio, pero ella sabía que era así. En un impulso, y sin pensar en lo que hacía, se encaramó al tubo y comenzó a ascender. Cuando saltó al otro lado, lo hizo preguntándose qué foto suya escogerían para salir en la

tele en los programas de la mañana, cuando la dieran por desaparecida y media España la estuviese buscando.

El pintoresco callejón adoquinado

Capítulo 8

Un pintoresco callejón adoquinado, o la aterradora patrulla invisible

No hubieron fuegos artificiales, ni efectos especiales de superproducción de Hollywood. Simplemente estaba en la escombrera, y un pestañeo después se encontraba en el callejón adoquinado. El aire olía distinto, húmedo… como si el mar estuviese cerca. Además, el calor pegajoso era cosa de otra dimensión. Allí, el ambiente era fresco, demasiado incluso. No sabía si por el cambio brusco de temperatura, o por la situación en sí, pero la cuestión es que comenzó a tiritar sin poder evitarlo. Miró a sus pies, y la tubería se había convertido en un viejo e inmenso tablón, quizás usado como pasarela o viga en tiempos pasados, pero que ahora se había desechado y permanecía clavado en la tierra formando un perfecto ángulo de 45 grados. Todo a su alrededor era nuevo, distinto, pero a la vez seguía los patrones del *escenario* de la escombrera, como si ambos lugares se hubiesen construido usando un mismo armazón como base. Desde su privilegiado punto de vista en la altura, tenía una inmejorable panorámica de aquel lugar extraño. Si aquella imagen le hubiese aparecido en uno de esos test absurdos en Internet preguntándole qué le evocaba, habría respondido sin pensar que se trataba de una de las pantallas de ese juego *retro* de piratas que le tenía sorbido el coco a Pit hasta el punto de haberse comprado un par de camisetas de *merchandising* en una de esas páginas raras de Estados Unidos.

¿Cómo demonios se llamaba?

Había visto un millón de veces aquella camiseta con la imagen del muchacho rubio en 8 bits. *Guy*. *Guy nosequé*.

—*Guybrush Threepwood* de *Monkey Island* —dijo en un susurro Walter desde el suelo, en la base del tablón, haciéndole señas para que bajase. Ella no se lo pensó dos veces y le obedeció. Allí arriba se sentía vulnerable, demasiado visible… y no tenía ni idea —aún, le dijo una vocecilla dentro de su cabeza— de los peligros que acechaban en aquél sitio.

—¿Qué pasa aquí?¿Ahora te has vuelto mentalista?¿Cómo demonios sabías en qué estaba pensando? —preguntó Manda nada más llegar al lado del chico. No sabía si la temperatura había bajado un par de grados, si su cuerpo había disipado todo el calor que traía desde el otro lado, o si estaba muerta de miedo —cualquiera de las

tres posibilidades era bastante plausible—, la cuestión es que la frase salió entrecortada por la tiritera. Walter se quitó la gabardina y se la colocó sobre los hombros. La primera intención de Manda fue darle las gracias y rechazarla, pero pudo más el frío. El calor que la gabardina llevaba consigo la reconfortó al instante, y no pudo hacer otra cosa que buscar los huecos de las mangas e introducir los brazos para asegurarse de que no se le escapaba volando si, por lo que fuese, tenían que salir corriendo.

—No sé siquiera lo que he dicho —respondió el chico—. Se me ha dibujado la frase en la mente y la he leído en voz alta. Pero no sé ni a qué viene ni lo que significa…

—Pues te puedo asegurar que lo estaba pensando ahora mismo, me has leído la mente. Añadimos la telepatía a la lista de cosas raras que están ocurriendo esta noche. Es un viejo juego de piratas que le encanta a mi amigo Pit. Este callejón parece sacado de una de las pantallas del juego, te lo aseguro… ¿Do… dónde estamos?

—En el callejón —respondió Walter.

—Vale. Hasta ahí llegaba yo —lo interrumpió Manda. Él le hizo señas con la mano para que se callase, y continuó.

—Yo… yo he estado aquí antes, estoy seguro. Reconozco los olores, el ambiente… pero nada más. El callejón es importante porque es el paso de vuelta a nuestro mundo…

Nuestro. Había dicho nuestro. Manda había empezado a temer que Walter perteneciera a aquél extraño lugar, pero parecía ser alguien del otro lado, como ella.

—Hace más frío cada vez —dijo Manda, y una nube de vaho se escapó de su boca.

—¡Son ellos! —exclamó Walter como si la frase de la chica hubiese abierto un compartimento estanco que guardara un nuevo paquete con información—. ¡Tenemos que escondernos, si nos ven estamos perdidos!

—¿Ellos?¿Quiénes son ellos? ¡Aquí no hay nadie! —exclamó Manda.

—*Ssssh* —la calló él—. Están llegando. Son la patrulla, y da gracias a Dios por no poder verlos. Cuando los puedas ver pertenecerás más a éste lugar que al otro, y cada vez será más complicado regresar.

Mientras hablaba, buscaba desesperadamente un lugar en el que pudieran ocultarse los dos. El callejón tenía múltiples recovecos bañados por las sombras, pero si se hubiesen refugiado en cualquiera de ellos habrían sido tan evidentes para la patrulla como una bombilla de cien vatios encendida en un pasillo oscuro.

—Si pretendías asustarme, lo has conseguido —susurró Manda ajustándose la gabardina. La temperatura seguía deslizándose sin frenos por una pendiente muy pronunciada—. Cada vez hace más frío

—se quejó.

—Es por ellos. Y hará mucho más conforme estén cada vez más cerca —soltó Walter con desánimo. Volver al mundo real a través del tablón se le antojaba la única salida posible, pero algo le decía que no debía hacerlo. No podían correr a casa cada vez que surgiera un problema, porque… porque… ¿por qué? ¿Por el tiempo?¿El tiempo era importante? Algo lo sacó de sus pensamientos.

Alguien siseaba.

—¿Lo oyes? —le preguntó a Manda. La chica asintió con la cabeza.

—¡Allí! —exclamó ella, señalando una de las ventanas de la casa más cercana al tablón. Desde la planta de arriba, una figura recortada contra la claridad les hacía señas para que subieran.

—¡Vamos, vamos, vamos! —insistió Walter, corriendo hacia la casa mientras tiraba de Manda para que se diese prisa. La urgencia en su voz puso alas en los pies de la chica, que corrió como si le fuera la vida en ello.

Y quizás fuese así.

Cuando llegaron junto a la puerta, el bajón en la temperatura era tan evidente como la diferencia entre el día más caluroso del verano y el más frío del invierno. La puerta de la casa era de madera, pintada de verde. Todo allí parecía artesanal, cada ladrillo de la fachada era distinto de los demás; la puerta tenía el tacto de lo que está hecho a mano, lejos de la producción industrial que imperaba en el mundo real. Manda miró hacia arriba, pero ya no había nadie en la ventana. La vertical de la casa, desde allí, parecía tener una curvatura que le daba un aspecto elástico.

—¿Y si no abre nadie? —susurró Manda.

—Abrirán. Tienen que abrir —respondió Walter. A pesar del frío que aumentaba a cada décima de segundo, tenía la frente cubierta de gotas de sudor y la mirada perdida. Si estaba diciendo para sí una plegaria tuvo efecto, porque el cerrojo se descorrió un segundo antes de que se abriese la puerta. Los dos muchachos entraron en tropel y cerraron la puerta tras de sí. El aire se llenó de electricidad estática y les empezaron a zumbar los oídos. No se atrevieron a moverse ni un milímetro, ni siquiera a respirar. Mantuvieron el aire en los pulmones como si se hubiesen zambullido en una piscina, oyendo retumbar el latido desenfrenado de sus corazones en los oídos. En el momento álgido en el que la patrulla pasó cerca de la casa, el aire se hizo espeso, tanto que casi se podía masticar.

Por fortuna, la situación duró tan sólo unos instantes.

A medida que la patrulla se fue alejando, todo volvió a la normalidad. La temperatura aumentó varios grados de repente, y el aire dejó de tener textura. Sólo cuando se hizo evidente que el peligro había pasado, Manda fue capaz de respirar, girarse y mirar el interior

de la casa.

Walter se había dejado resbalar por la pared hasta dar con el suelo, y estaba sentado, tratando de recuperarse de la experiencia vivida. Estaban en un recibidor pequeño, adornado por un único mueble de madera barnizada con un par de cajones y un espejo con el marco del mismo tipo de madera que el mueble. Todo parecía sacado de una película de dibujos animados. Las líneas rectas parecían estar prohibidas. Todo era curvilíneo, elástico, armónico.

Y pequeño.

Demasiado pequeño.

Ahora, al ver el interior, Manda caía en la cuenta de que el pomo de la puerta estaba muy bajo, como si hubiera sido diseñada para que la utilizara un niño. Y de que, aunque de manera subconsciente no le había dado importancia, al entrar su cabeza rozó con la parte de arriba del marco de la puerta a pesar de haber entrado encogida por el miedo.

No había interruptores para encender la luz porque allí la electricidad era algo tan inimaginable como la telepatía al otro lado. Unos candelabros de aceite cogidos de enganches en la pared —no muy arriba, por supuesto— iluminaban la escena con una cálida luz anaranjada.

—¿Estamos en una puñetera casa hobbit? —preguntó Manda en un suspiro mientras pasaba sus dedos por la superficie del mueble. El espejo le devolvía su propia imagen hasta los hombros, y no pudo evitar agacharse para contemplar su reflejo. Al hacerlo, una figura que había logrado disimularse con las sombras del otro lado del recibidor se escabulló a su espalda. Manda dió un respingo acompañado de un grito. Walter se incorporó de un salto.

—¿Qué pasa? —preguntó con el corazón en un puño.

—¡Allí! ¡Hay alguien! —insistió Manda, señalando hacia la parte en sombras. Era evidente que alguien les había abierto la puerta, pero eso no hacía que estuviese más tranquila. Ahora que sus ojos se estaban acostumbrando a la escasa luz que proporcionaban los candiles, la figura que trataba de escabullirse tras las prendas que colgaban de un perchero que no había alcanzado a ver hasta ese momento se hizo cada vez más evidente.

—*¡Ssssh!¡Ssssh!* —dijo la figura, colocándose el dedo índice extendido por delante de los labios, haciéndolos callar—. *¡Silenciosilenciosilencio!* —añadió—. ¡El silencio es importante! ¡*Muymuymuymuy* importante! —insistió, saliendo hacia la luz ante los asombrados ojos de Manda y Walter.

Era una criatura difícil de definir. De mediana estatura (y decir mediana equivalía a que le llegaba a Manda por la cintura), era una especie de peluche vivo, algo similar a una cobaya de color caramelo

y pelo largo y sedoso que se le rizaba en unas zonas y se veía enmarañado en otras. Sus inmensos y vivarachos ojos negros examinaban a los chicos con extrema curiosidad. Llevaba puestas unas ropas de un verde esmeralda cosidas con un grueso hilo de cáñamo que a Manda le trajeron a la memoria un disfraz de Robin Hood que tenía cuando era pequeña. Un disfraz que le compró su padre con la intención de que se disfrazase en Carnaval sin saber que se iba a convertir en su prenda favorita hasta el punto de que casi no se lo quitaba ni para dormir.

—Eres… eres… ¿*qué* eres? —atinó a preguntar Walter con la voz entrecortada.

—*¡Sssssh!¡Sssssssssh!* —insistió la criatura mirando hacia la pared contraria a la de la puerta. Allí, una escalera iniciaba el ascenso a la planta de arriba—. ¡*Vámonosvámonosvámonos!* —dijo en voz baja, haciéndoles gestos para que salieran de la casa—. Ya se han ido, y ahora debemos irnos nosotros si queremos llegar a tiempo de ayudar a vuestro amigo. *Esperaesperaespera*… no nos podemos ir sin ella. Ella nos va a sacar de todos los apuros del mundo. ¿Cómo vamos a irnos de aventura sin ella? —cortó muy enfadada, con los brazos en jarras, mirando a Manda como si ella hubiese dicho algo. La chica levantó las manos en son de paz, y la criatura removío con mucho cuidado el contenido de un paragüero que había bajo las ropas colgadas en la percha hasta dar con una pequeña espada protegida en una funda que colgaba de un cinturón. Se lo ajustó, puso los brazos en jarras de nuevo, y levantó la barbilla, como si estuviese posando para un retrato épico. Se mantuvo así unos segundos, y al ver que no ocurría nada, miró de reojo a los chicos. Cogió un pequeño zurrón que colgaba del perchero, y se dirigió a la puerta.

—*¡Vamosvamosvamos!* —insistió, y los sacó a trompicones de la casa. Luego, cerró la puerta con sumo cuidado, como si no quisiera despertar a sus vecinos.

Capítulo 9

Un lugar poco recomendable para sentarse a hablar, o el que no debe ser nombrado

—¿A dónde vamos? —le preguntó Manda a Walter en voz baja. Llevaban ya un buen rato corriendo, ocultándose tras las esquinas, siguiendo a la criatura que se movía como un perro de rescate, olfateando el aire, esquivando charcos o dando grandes rodeos para cruzar de una calle a otra. La sensación de familiaridad que había sentido Manda, de que a pesar de que estaba en un lugar extraño seguía al mismo tiempo estando en la urbanización, se había ido diluyendo poco a poco, y ahora no tenía nada clara la equivalencia de aquél lugar con su casa, lo que empezaba a agobiarla bastante. Todo su ser le decía que desandara el camino antes de que fuese demasiado tarde, que se encaramase al tablón y que volviera a la escombrera y de allí a su árbol, a su habitación, a su vida. Y sin embargo, seguía alejándose de su ancla con el mundo real.

—No tengo ni idea de a dónde vamos —le respondió Walter—. Pero él parece tenerlo bastante claro…

—Eh… ¡Oye! —gritó Manda deteniéndose en seco.

—*¡Sssssh!¡Sssssh!* —siseó la criatura enfadada, haciéndole gestos con las manos a Manda para que se callase, mientras miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos—. ¿Estás loca?¿Estás *localocalocaloca*?¿Acaso quieres que nos encuentren?

—Vamos a ver, guapo… —le respondió ella con los brazos en jarras—. No voy a dar un paso más hasta que hablemos y nos respondas unas cuantas preguntas, te pongas como te pongas.

El ser se quedó descolocado. Miraba hacia el suelo mientras cuchicheaba, como si mantuviese una importante conversación consigo mismo, a la vez que tamborileaba los dedos de una mano contra los de la otra y daba pequeños saltitos nerviosos.

—Pero *tenemos que tener* prisa… —dijo, encogiéndose de hombros como si fuese lo más evidente del mundo, mirándola con sus grandes ojos negros.

—Lo que tú digas. Pero o nos sentamos un rato y hablamos, o no doy un paso más.

La criatura miró a Walter como si buscase su apoyo, pero se lo encontró cruzado de brazos, con el semblante serio, esperando su

respuesta. Inició un curioso movimiento de vaivén con la cabeza de un lado a otro, como si librase una lucha interna entre lo que creía que debía hacer y lo que no.

—Vale. *Valevalevale*. Pero tiene que ser muy rápido —puso como condición, y se dejó caer en el suelo adoquinado.

—¿Pero qué haces? ¿Aquí, en mitad de la calle? —preguntó Manda.

La criatura olisqueó el aire y se encogió de hombros.

—No viene nadie —dijo.

—Pero está empapado. Te vas a mojar el…

—*Uyuyuyuy* —respondió, levantándose de un salto mientras se golpeaba las posaderas. Al darse cuenta de que ya no había nada que hacer, agachó la cabeza y dejó escapar un largo suspiro.

—Espera… ¡Espera! —soltó Manda—. ¡Reconozco esta zona! Bueno, no exactamente ésta, su equivalente arriba… ¡Ya me entiendes! —se justificó mirando a Walter, que se encogió de hombros —. ¡Por aquél callejón, detrás de aquellas casas hay un parque!¡Allí podremos hablar con calma!

—Pero… *peroperoperopero* —dijo el pequeñajo (o la pequeñaja, no había rasgo alguno que permitiese diferenciar su sexo) aunque Manda ya había salido a la carrera, seguida por Walter—. Porras —dijo en voz baja, y salió tras ellos con un simpático trote. Tardó apenas un par de minutos en llegar a lo que Manda esperaba que fuese un parque, pero que en realidad se trataba de…

—Un cementerio —dijo con un escalofrío, mirando las lápidas que parecían sacadas de una película de terror. No había ni una que mantuviese la vertical de noventa grados respecto al suelo, todas estaban dobladas, algunas más que otras, e incluso había varias cruces de madera, bastas, que estaban directamente clavadas en el suelo, sin lápidas que identificasen a sus desafortunados propietarios.

—Mejor nos quedamos aquí fuera —dijo Walter—. No creo que dentro haya mucho sitio para sentarse…

—No es buen sitio. *Nononono*, en absoluto es buen sitio.

—Bueno… ¡da igual! —cortó Manda tratando de evitar un escalofrío—. ¿Qué estamos haciendo? —le preguntó a la criatura—. No sabemos quién eres siquiera, y estamos corriendo a ciegas detrás de ti sin saber a dónde nos estás llevando…

La criatura tomó aire.

—Me llaman Jota —explicó—. Soy un Cobb.

«De cobaya», completó Manda mentalmente. Esta vez consiguió controlar la lengua, y el pensamiento se quedó en tan sólo eso. Jota continuó hablando.

—Los Cobb somos aventureros, luchadores, in… in… in… — mientras hablaba, trataba de sacar la espada de la funda de cuero que

colgaba de su cinturón. Al tercer intento, lo consiguió y la levantó, manteniéndola unos instantes en alto, con su corto brazo totalmente extendido—. ¡Invencibles! —acabó. La imagen evocaba más ternura que respeto.

—Vale Jota, encantada. Mi nombre es Manda, y él es Walter —dijo, señalando al chico, que estaba más pendiente de encontrar algo a su alrededor que abriese una nueva caja de recuerdos en su mente, que de la conversación que mantenían Manda y el pequeño Cobb. Ella se detuvo un instante, tratando de organizar su cabeza antes de hacer la pregunta, y al no conseguirlo se lanzó a la piscina sin mirar si había agua—. ¿Qué demonios estamos haciendo?¿Qué buscamos?¿Por qué tanta prisa?

Jota abrió mucho los ojos y la boca, y emitió un simpático ruido al aspirar el aire de golpe por ella, demostrando una sorpresa que pareció sobreactuada, pero que para nada lo era.

—¡Lo buscamos a él, por supuesto! Al señor T.

—¿Quién es el señor ese? —preguntó ella.

—Es uno como vosotros, pero ya está *demasiado aquí.* Más que en el sitio del que vino. Sé su nombre porque el Señor Comadreja lo llamo así, y yo lo vi desde mi ventana igual que os vi llegar a vosotros.

—¡El Señor Comadreja! —exclamó Walter girándose bruscamente y olvidándose de lo que estaba mirando para centrarse por completo en la conversación—. ¡Conozco ese nombre! —añadió, y una serie de *flashes* de imágenes le explotaron en el cerebro. Todas ellas tenían un denominador común: la violencia—. ¡Es el primero de Pan, su hombre… bueno, comadreja de confianza!

—*¡Noooooooo! ¡Nononononono!* ¡Has *nombrado su nombre*! ¡Ahora tenemos que irnos con más prisa aún! ¡*Vamosvamosvamos*! —gritó histérico, olisqueando el aire, y salió a toda la velocidad que le permitían sus cortas patas.

—Anda que tú también —soltó Manda mirando a Walter, enfurruñada, y salió corriendo tras Jota.

—Pero bueno… ¿qué he hecho yo ahora? —preguntó Walter encogiéndose de hombros. Miró unos instantes desconcertado como se alejaban la chica y el Cobb antes de salir tras ellos.

Apenas habían pasado unos minutos desde que abandonaron el cementerio, cuando la temperatura bajó de manera brusca. Tan brusca que un pájaro remotamente parecido a un cuervo, que estaba descansando sobre una de las cruces de madera, cayó muerto de frío al suelo. La hojarasca seca crepitó al pasar sobre ella algo invisible. Todos los sonidos de la noche enmudecieron.

Y de entre las brumas apareció el Señor Comadreja.

—Muy bien, muy bien. Hicísteis muy bien avisándome —dijo al lugar en el que parecía no haber nadie, agachándose en el sitio en el

que los tres habían estado hablando. Cogió tierra del suelo y se la llevó al hocico. La olisqueó, y sus ojillos crueles brillaron durante un breve milisegundo. Se levantó y se sacudió el polvo de su elegante traje que parecía inglés. Luego, se tapó uno de los oídos con la mano y habló en voz alta—. Disculpe que le moleste, señor —dijo—. Está aquí de nuevo.

Mientras, a no demasiada distancia, Manda, Walter y Jota seguían alejándose. Habían corrido sin descanso hasta que el dolor en el costado los obligó a detenerse.

—¿Vienen? —preguntó Manda tratando de recuperar el aliento. Jota olisqueó una vez más el aire.

—No. *Nonono*. Pero ha estado *muy demasiado cerquísima*.

Walter se puso en cuclillas y apoyó los brazos sobre las piernas.

—¿Sabes dónde estamos? —le preguntó a Manda casi sin aliento. Hacía un buen rato que habían dejado atrás la última casa.

—Todo está tan despoblado que no tiene más remedio que ser el acceso a la autovía. Por allí, evidentemente, no hay casas. Lo único que hay por la zona es un viejo almacén abandonado que apenas se mantiene en pie. Si estoy en lo cierto, debería estar por… ¡allí!

Al fondo, donde Manda estaba señalando, una gran construcción se recortaba en negro contra el cielo tímidamente iluminado por la luna en cuarto menguante.

—¡Aquello *puede podría* ser lo que buscamos! —exclamó Jota.

—¿Cómo que *puede podría*?¿No sabes dónde vamos?

—*Claro clarísimo* que lo sé. Al Almacén. Todo el mundo conoce y teme al Almacén aquí. Lo único que no sé es dónde está.

—¡Ahí es donde vamos nosotros también! ¡Al Almacén! —soltó Walter masajeándose las sienes—. Creo que recuerdo… recuerdo haber estado allí… creo… —una nueva caja de información se abrió de golpe en su mente, llenándolo todo de fuegos artificiales—. ¡No! ¡No creo!¡Sé!¡Sé que tenemos que ir al Almacén!¡Es nuestro objetivo!

—Bien, ya sabemos algo al menos —dijo Manda encogiéndose de hombros—. Espero que antes de llegar, suene la flauta y sepamos también qué es lo que vamos a hacer allí.

Tras un último vistazo al camino recorrido para asegurarse de que todo estaba tranquilo, se encaminaron hacia la construcción que, en otra parte, era un almacén abandonado.

Capítulo 10

La granja abandonada, o una cosa que se parece a una huevera

—Da mal rollo —dijo Walter, mirando la inmensa construcción. Era una especie de granja rodeada de graneros. Tanto la una como los otros habían vivido tiempos mejores.

Mucho mejores.

Por todas partes se veían tablas que faltaban, agujeros o ventanas que colgaban ladeadas en sus goznes.

A pesar de que apenas corría una leve brisa, la granja resonaba con el bullicio de decenas de ruidos, algunos de ellos fácilmente clasificables como el chirrido de las ventanas en sus goznes, los golpes de las contraventanas en las paredes o los crujidos de los tablones de madera.

Otros tenían un origen más extraño, como esos siseos que se oían en ráfagas, como conversaciones en voz baja en la oscuridad, o esas otras que sonaban como pasitos de alguien correteando arriba y abajo.

—Sí. Grima a nivel diez de diez —respondió Manda—. ¿Tenemos que entrar ahí dentro?

—Si queremos encontrar el Almacén, es *necesariamente necesario*.

—Pues nos va a hacer falta una linterna, porque ahí dentro no se va a ver nada en absoluto. De hecho, mientras hemos estado en el pueblo más o menos ha ido bien, pero desde que salimos a campo abierto cuesta distinguir por donde vamos pisando… —insistió Manda.

—¡No hay problema, yo siempre tengo la *preparación preparada* por si es necesaria! —saltó Jota, y rebuscó en su zurrón. Tras un rato, consiguió extraer un artilugio de metal con una cuerda—. ¡El mechero de yesca de mi…! —titubeó un instante—. ¡Mi mechero de yesca! —acabó.

—No sé yo si eso va a dar luz suficiente… —susurró Walter— Chispas, quizá. Luz, no.

—Todavía no lo has visto todo… *tachaaan* —agregó, sacando de nuevo del zurrón una vela no mucho más grande que una de cumpleaños.

—*Estooo* —balbuceó Walter, que no sabía cómo decirle que si las chispas del mechero de yesca no les iban a servir para alumbrarse en su camino, la escasa luz que proporcionase la vela iba a tener poco

más o menos la misma eficacia—. Me temo que la velita no va a servir tampoco para mucho…

—¡Espera, tengo una idea! —intervinó Manda—. Una vez ví un vídeo en YouTube que… *na*, mejor lo intentamos y lo veis… Walter… ¿esa camiseta es de algodón? —preguntó.

—Pues… no sé… ¿la necesitas? Hace un poco de frío, la verdad…

—No. No toda, quiero decir —le respondió Manda tocando el tejido—. Sí, sirve —afirmó—. Oye Jota… ¿no tendrás en ese zurrón un vaso, un cuenco o algo así?

—¿Sirve esto? —preguntó Jota enseñándole algo parecido a una huevera de metal, que a saber para qué llevaba consigo.

—Genial —le dijo levantando el pulgar. Luego se agachó y, con ayuda de los dientes, rompió un pedazo del faldón de la camiseta negra de Walter.

—¡Eh! —protestó éste, pero Manda no le dio oportunidad de seguir.

—Cuando volvamos te compró una, te lo prometo. Voy a necesitar vuestra ayuda. Me hacen falta un palo resistente y ramitas secas, vamos a encender un fuego.

—No sé si es lo más recomendable —aconsejó Walter—. El fuego nos hará visibles desde muy lejos…

—Pues si quieres entrar ahí a buscar tu Almacén, me temo que no vamos a tener más remedio. De todos modos, no te preocupes, ni hace falta que hagamos una hoguera, ni la vamos a dejar mucho rato encendida.

Dicho y hecho, en cuestión de minutos las chispas del mechero de yesca prendieron en unas cuantas ramitas y restos de paja amontonados.

—Déjame la cosa esa que parece una huevera… —pidió Manda.

—¿Qué cosa es una *huevera-cosa*?

—Lo que me has enseñado hace un rato… eso que parecía un cuenco pequeñito —explicó ahuecando las manos—. Supongo que lo usarás para los cereales del desayuno cuando estés a dieta, yo que sé…

—Oh… eso —se tapó la boca y se rio con un sonido que parecía el de un asmático que necesitase urgentemente el aerosol—. Pero si eso es… eso es para…

No pudo acabar la frase por un nuevo ataque de risa. Cuando consiguió calmarse, le acercó el artilugio que parecía una huevera, pero Manda le indicó con un gesto que lo pusiera en el fuego.

—No pienso tocar eso ni loca. Esto me recuerda demasiado a la escena de las tres conchas de *Demolition Man*.

Walter y Jota se miraron buscando cada uno una explicación que no hallaron en el otro, así que se encogieron de hombros.

Manda rompió en trocitos pequeños la vela y los dejó caer en el

cuenco que parecía una huevera. Luego, mientras la cera se derretía, amarró el trozo de camiseta de Walter en uno de los extremos del palo, para después empaparlo en la cera derretida hasta que se impregnó por completo. Cuando ya no quedaba apenas nada en el cuenco, apartó el palo y dejó que la cera se solidificase por completo. Por último acercó el palo al fuego, y la tela ardió con una llama brillante e intensa.

—Pues hala, cuando queráis —dijo con un deje triunfal en la voz.

—Pero… *peroperopero*... tengo que recuperar eso —dijo Jota señalando el cacharro que aún seguía en el fuego.

—Ahora mejor que no —le avisó Walter. Está al rojo.

—Pero y si.. y si tengo ganas de… y si necesito…

Walter y Manda se miraron.

Pues te aguantas hasta que salgamos —dijo ella, y apagó el fuego a pisotones. Jota miró el artilugio con resignación, y corrió tras ellos al interior de la granja.

Atravesaron los tres el marco de la puerta principal, cuyas hojas descansaban a ambos lados en el suelo, como si alguien las hubiese pateado desde dentro. La oscuridad era total a excepción de pequeños rayos de luna que se colaban por los agujeros del techo y se derramaban en línea recta hasta dar contra el suelo. Si vista desde fuera la granja parecía grande, desde dentro parecía tan inmensa que cortaba el habla. Manda levantó la antorcha y siniestras sombras bailaron con figuras anaranjadas en las paredes.

—¿Esto tiene pinta de ser el Almacén que buscamos? —preguntó en un susurro.

—No tengo ni idea —respondió Walter—. Pero si el Almacén está aquí, no creo que lo dejen a la vista… ni que esté sin protección…

—Oye, una cosa es que me lo esté pasando en grande con la aventura, y otra que tengamos que pelear contra alguien… —protestó Manda—. Te aviso de que no le he levantado la mano a nadie en mi vida, ni siquiera cuando estaba en la guardería. Soy de las que prefiere el diálogo a la violencia, así que mejor que no haya nada de *peleítas*. Eso lo dejamos para las películas, ¿vale?

—No te preocupes, yo te *ayudaré con mi ayuda* —dijo el Cobb, y se afanó en sacar la espada de la funda sin conseguirlo. Finalmente decidió dejarlo por imposible.

Mientras hablaban se habían ido internando cada vez más en la granja. Manda calculó que podía tener unos cinco pisos de altura, aproximadamente. La luz de la antorcha no alcanzaba más allá de unos pocos metros, así que la práctica mayoría de lo que los rodeaba era todo un enigma. La parte central, en la que ellos se encontraban en aquel momento, no estaba cubierta por techo alguno que separase una planta de otra, y tenía una vista diáfana hasta arriba, donde los

agujeros del tejado permitían ver la luz de la luna. Alrededor, en las paredes, se adivinaban formas retorcidas, como hierros o quizá vigas de madera destrozadas.

—Tengo la impresión de que nos hemos equivocado —susurró Manda—. No creo que de aquí saquemos nada más que una torcedura o un golpe en la cabeza si se desprende algún tablón. Todo tiene pinta de estar carcomido —insistió, acercando la antorcha a las maderas del suelo.

—E… eso no son señales de carcoma —dijo Walter—. Son marcas de dientes.

Como el actor que espera a que el texto le de la entrada para aparecer en escena, ellas aparecieron de repente.

Cientos de ratas, quizás miles, rodeándolos e imposibilitando cualquier posibilidad de escapatoria. Ratas del tamaño de Jota, pero de un aspecto tan lejano del de muñeco de peluche del Cobb, que cualquier intento de comparación parecería ridículo.

El resplandor de la llama de la antorcha se reflejaba en sus maléficos ojillos negros haciendo parecer que desprendían fuego. De sus hocicos deformados por un rictus que a duras penas recordaba de lejos a una sonrisa, asomaban dientes terroríficos, afilados, letales.

Y entonces empezaron a chillar, formando un estruendo ensordecedor.

CAPÍTULO 11

Encerrona en la granja, o el objeto que no debía ser usado

—¿Qué es esto?¿Qué es esto? —preguntó Manda histérica, intentando que su voz se oyese por encima del ensordecedor ruido.

—¡Son ratas!¡*Ratasratasratasratas*!¡Muy *peligrosas peligrosísimas*! —gritó Jota. En esta ocasión, sí había sido capaz de sacar la espada de la funda, y la movía nerviosamente de lado a lado, como si con ello fuese capaz de mantenerlas a raya.

—Bueno… tú… tú también eres una rata… o algo parecido, ¿no? —preguntó Walter—. ¿No puedes tratar de hablar con ellas, a ver qué quieren?

—¿Yo una rata?¿YO UNA RATA? —soltó Jota indignadísimo, pero sin perder de vista a la horda de ojos brillantes que los rodeaba por completo—. ¡Son ratas, Walter!¡*Ratasratasra-tasratas*!¡Ellas no hablan, no razonan… solo destrozan, matan y comen!

El grito aumentó de intensidad, y las ratas comenzaron a correr en círculo alrededor de ellos, subiéndose unas por encima de otras, desatadas.

—¿Qué hacemos? —gritó Manda. Se habían puesto espalda con espalda, tratando de cubrir todos los flancos, ella con la antorcha, Jota con su pequeña espada, y Walter con sus puños desnudos.

Era a todas luces una batalla perdida.

En el momento en que las ratas rompiesen la formación en círculo y saltasen sobre ellos, fin de la historia. Eran como una marea viva, cientos de seres que se movían como uno solo.

—¿QUÉ HACEMOS? —insistió ella, en el mismo momento en el que las ratas decidieron que había llegado la hora de cenar. Como si fuesen un único ser, dejaron de correr y saltaron hacia ellos. Manda cerró los ojos y gritó. Mantuvo la antorcha con la mano extendida ante sí, esperando que sirviese para algo, pero a la vez sabiendo que no era suficiente.

Oyó la voz de Walter por encima del griterío. Un par de palabras, únicamente. Dos palabras que había oído antes, pero cuyo sentido no entendía en aquel contexto. Sólo dos palabras.

—*In extremis*.

Y después, no ocurrió nada.

Abrió los ojos, y lo que vio la dejó sin palabras.

Todo estaba en silencio. Las ratas seguían atacando, con los ojos encendidos, inyectados en sangre, Las fauces abiertas, enseñando los dientes afilados, mortales, que se destrozaban y saltaban hechos pedazos al chocar contra… contra… ¿contra qué?

Manda miró hacia sus amigos. Jota estaba igual que ella, boquiabierto, sin poder creer lo que ocurría. A pocos centímetros de distancia, las ratas se destrozaban contra un muro invisible intentando llegar a ellos. Su capacidad de raciocinio era tan limitada que, aún viendo que algo les impedía el paso, seguían, y seguían, y seguían chocando contra él, a pesar de que en cada nuevo golpe se dejaban jirones de piel, y de que las de atrás aplastaban a las que estaban más cerca en su ansia por llegar a ellos.

—Objetos. *Objetosobjetosobjetos*. ¡Tienes objetos! ¿Cómo es que tienes objetos? —preguntó Jota boquiabierto. Sus ojos negros parecían haberse extendido al doble de su tamaño normal, y reflejaban el extraño trozo de cuerda que Walter sujetaba, cada mano en un extremo.

—Así que es verdad— susurró Manda—. Los objetos son… ¿mágicos? —preguntó, pero no obtuvo respuesta por parte de su amigo.

Walter no parecía estar allí, con ellos. Su cuerpo, evidentemente, si lo estaba, pero su mente, no. O al menos, no lo parecía. La expresión de su cara era totalmente neutra, su frente estaba perlada de gotas de sudor, y apenas pestañeaba. Manda pensó en ponerle la mano en el hombro, pero… ¿y si eso provocaba que saliera de esa especie de trance en el que se encontraba, y la protección se venía abajo? Miró de reojo a las ratas que seguían destrozándose contra el muro invisible, y un escalofrío la hizo temblar de pies a cabeza. Unos tirones de la gabardina que le había prestado Walter la hicieron volver a la realidad. Se trataba de Jota.

—Nunca creí que *iba a llegar llegaría* a ver un objeto. Pensaba que eran *tansolo sólo* una leyenda. Ahora sí que es más imprescindible que nunca que lleguemos al Almacén.

—¿Por qué?

—¿No está *claro clarísimo*? Tiene que dejarlo allí. Nadie debería llevar consigo un objeto. Son muy peligrosos…

—Pues lo mismo es más imprescindible de lo que piensas… lleva alguno más en la bolsa…

—¿Qué?¿*Quequequequequé*?¡Entonces estamos perdidos!

El pequeño Cobb se puso a dar vueltas por el reducido espacio del interior de la campana invisible que los mantenía a salvo.

—¿Por qué estamos perdidos? —preguntó Manda.

—Porque entonces el que no debe ser nombrado querrá esa bolsa, y *nadienadienadie* ni *nadanadanada* podrá impedir que la consiga.

Por segunda vez en muy poco tiempo, a Manda se le erizó el vello del cuerpo.

De repente, Walter reaccionó. Sus manos comenzaron a temblar como si el hecho de sujetar los dos cabos de la cuerda le supusiera un esfuerzo hercúleo. La cara, que hasta ese momento no tenía expresión alguna, mostraba un rictus de dolor mezclado con un agotamiento inmenso. Llegado a un punto no pudo soportarlo más, y soltó la cuerda. Luego se desplomó.

Manda vio caer la cuerda en cámara lenta, y se preparó para lo peor.

Sin embargo, no ocurrió nada.

Fuera lo que fuese lo que había hecho Walter, seguía funcionando aunque él no estuviese en la cabina de control.

Manda soltó un suspiro al ver las ratas seguir chocando contra la barrera invisible, luego apartó la mirada y se sentó junto al chico. Con cuidado, le levantó la cabeza y utilizó su muslo como almohada. Tenía el pelo empapado en sudor, y por el calor que desprendía temió que estuviese rozando los cuarenta grados.

—¿Está muerto? —preguntó en un susurro Jota.

—No. Creo que… creo que sólo está agotado. Necesita descansar —dijo, más por no inquietar al pequeño que porque creyese que fuera así. En realidad estaba muy asustada. No creía que ninguna persona fuese capaz de soportar esa fiebre durante mucho tiempo.

—Creo que tengo un poco de *susto miedo* —confesó Jota. El sonido de las ratas estrellándose contra el muro sonaba como un niño caminando con botas de agua en un charco con fondo cenagoso.

—Ven aquí —le pidió Manda. El Cobb se acurrucó junto a ella, cerró los ojos con fuerza y se tapó los oídos. Ella lo rodeó con un brazo mientras con la otra mano acariciaba el pelo de Walter. Mientras lo hacía, rezó por que su temperatura comenzase a bajar de una vez.

—¿Qué ha pasado?

La voz llegó desde otra dimensión, una en la que existían los objetos mágicos, en la que las cobayas llevaban trajes de Robin Hood y las ratas, del tamaño de pitbulls, podían estar horas y horas abalanzándose contra muros invisibles, dejándose jirones de piel sin que ello disminuyera lo más mínimo su empuje.

Manda se estiró en su cama, tratando de librarse de los últimos retazos de la extraña pesadilla que le había estado dando la lata toda la noche, y entonces cayó en la cuenta de que aquello no olía como su cuarto, de que estaba tumbada en el suelo en lugar de en su cómodo

colchón.

Y abrió los ojos asustada. Se incorporó de golpe, provocando sin querer con ello que Jota saliese disparado, dando un costalazo contra el suelo.

—*Ayayay* —protestó aún medio dormido el pequeño Cobb, acariciándose la cabeza con los ojos entornados.

—Manda, ¿qué ha pasado?

Después de todo, la voz venía de mucho más cerca, de hecho era la de Walter, cuyo aspecto que no tenía nada que ver con el que tenía…

¿Cuándo?

La luz del día había sustituido a la tímida claridad de la luna en el interior de la granja, y los rayos se descolgaban desde el techo poderosos, intensos, horadando las sombras y desterrando por completo la oscuridad de la noche, que se había convertido en tan sólo un desagradable recuerdo.

—Es de día… ¡Dios mío, es de día! ¿Y las ratas? —gritó al caer en la cuenta de todo lo que habían pasado. En algún momento de la noche, a pesar de los ataques infructuosos de las ratas y del miedo, el sueño había acabado por rendirlos a todos.

—¡Estamos *vivosvivosvivos*!¡Hemos sobrevivido!¡Las ratas se esconden de día, ya no hay peligro *nononono* no señor!

—¿De qué ratas habláis?¿Qué demonios está pasando? —preguntó Walter apartándose el pelo de la cara. Su aspecto era totalmente saludable, y nada podría hacer pensar el calvario por el que había pasado hacía tan sólo unas horas.

—¿De verdad no recuerdas nada? —le preguntó Manda incorporándose. Le puso la mano en la frente. La tenía fresca, libre del sudor pegajoso provocado por la fiebre—. Nos salvaste la vida con la cuerda que sacaste de tu bolsa…

—¡NO!¡Mierda, dime que no he usado un objeto! —casi suplicó, pero la cuerda de aspecto inofensivo que descansaba en el suelo le dio una respuesta sin palabras que no deseaba en absoluto.

—Te aseguro que si no lo hubieras hecho, no estaríamos ahora aquí hablando… —le dijo Manda.

—*Sisisisi… ñamñam*. Estaríamos en la barriga de las malditas ratas…—dijo Jota golpeando con los nudillos el muro invisible, que le devolvió un sonido hueco.

—Joder… —Walter tenía una de sus manos apoyada en la cintura mientras con la otra se masajeaba la sien. Sus ojos estaban cerrados con tanta fuerza que parecía que iban a desaparecer de la cara. Tenía los dientes apretados, y una extraña mueca dibujada en el rostro. Estaba buscando una solución, una salida que al parecer, no existía—. Bueno, está bien. Supongo que si lo hice fue porque la situación era lo bastante desesperada…

—No te imaginas cuánto —le respondió Manda, poniendo todo el énfasis que pudo a la frase.

—Manda, necesito que recojas la cuerda y la dejes caer dentro de la bolsa. Por favor. No… no puedo mirarla siquiera, o buscará la forma de que la utilice otra vez. Es lo que hacen —le pidió Walter.

—Claro, no te preocupes —le respondió. Se agachó a recogerla, y en el último segundo, cuando sus dedos estaban a punto de entrar en contacto con ella, se detuvo como si dudase sobre la conveniencia de hacerlo o no. Finalmente, se decidió. Esperaba algo, un temblor, una sensación extraña, una vibración en la cabeza al viejo estilo "sentido arácnido" de Spiderman, pero sin embargo no ocurrió absolutamente nada.

«Si parece una cuerda, huele como una cuerda, y tiene el tacto de una cuerda...»

—... probablemente sea una cuerda —completó el pensamiento en voz alta, mirando de cerca el cabo que no parecía más que eso, un trozo de cuerda desechado de uno más grande, quizás cortado a menos longitud de lo que se pretendía por error. Walter tenía la cabeza girada, mirando en sentido contrario mientras levantaba la solapa de la bolsa y rezaba porque Manda no se entretuviese en dejarla dentro.

La cuerda ejercía sobre él una atracción insoportable, y no sabía cuánto tiempo más iba a tener la fuerza de voluntad para resistirse.

—Listo —dijo Manda, dejando caer el cabo en el interior de la bolsa. Tuvo durante un milisegundo la tentación de echar un vistazo dentro, pero recordó que allí estaba su pulsera, la que dejaba impactos en el suelo como explosiones de petardos, y de pronto dejó de apetecerle. De todos modos, Walter bajó la solapa y la magia acabó de golpe.

—Eh, *miramiramira*… ¡Ya no hay muro, podemos irnos de aquí! —gritó Jota, nervioso.

—Caroline, ve hacia la luz —soltó Manda, afinando la voz.

—¿Quién es Caroline?¿Otra *amigaamiga*?

—Da igual. Que nos vamos de aquí ya —insistió ella, y salió cojeando de la granja. El dormir sentada, en una postura antinatural le estaba pasando factura. Los otros dos la siguieron sin dudar un sólo instante, y dejaron atrás la trampa que había estado a punto de costarles la vida.

El Señor Comadreja recorría los extensos pasillos del almacén con la maestría del bibliotecario que conoce hasta el último libro de la última balda de su biblioteca. Sus pies volaban casi sin tocar el suelo.

A pesar de ello, no perdía ni un ápice de la flema británica que lo adornaba, algo que no se correspondía en absoluto con su aspecto animal. Entre sus manos sujetaba una botella con el mimo con el que una madre sujetaría a su bebé recién nacido. Al llegar a un punto determinado, se detuvo. Tan sólo unos pasos por delante suya, el extraño hombre de la casaca roja y el pelo que parecía pintura contemplaba complacido su colección, que iba aumentando cada día más.

—Señor…

—Sabes que no me gustan las interrupciones cuando estoy revisando mi colección. Espero que esta inoportuna molestia sea absolutamente necesaria —le contestó el hombre con un hablar relajado y suave, que escondía una promesa de horribles sufrimientos bajo la fina capa de amabilidad fingida. Antes de darle la oportunidad de decidir sobre si merecía o no ser castigado, el Señor Comadreja levantó la botella que estaba llena aproximadamente en una tercera parte de su capacidad a la altura de sus ojos y susurró.

—Es él. Ha usado un objeto.

Los ojos de Pan brillaron con algo que podría pasar perfectamente por lascivia.

—Bien —dijo, y un hilillo de baba resbaló por la comisura de sus labios.

Capítulo 12

Una excursión en bicicleta, o un coche de kilómetro cero

El día era maravilloso. El sol brillaba en lo más alto de un cielo limpio, de un celeste tan claro que casi parecía blanco, y parecía estar esforzándose por llegar a cada rincón de sus dominios en la tierra e iluminarlo, por remarcar sus colores y dar volumen a sus formas.

Tan sólo eran las diez y media de la mañana, y ya hacía un calor de diez mil pares de demonios.

Y a pesar de ello, Pit estaba encantado de la vida. Se levantó muy temprano para sorpresa de sus padres, vació su hucha —sin que ellos lo supieran, siempre era mejor evitar preguntas incómodas—, y después de desayunar salió con su bicicleta para dar una vuelta antes de que el calor apretase.

Ja.

El calor había comenzado a apretar a las nueve de la mañana, pero a él le importaba un pimiento. Estaba lo suficientemente lejos de la urbanización como para que la aventura pudiera considerarse más una excursión que un paseo, pero el plan estaba saliendo tan endemoniadamente bien que no pudo reprimir un escalofrío provocado por la satisfacción. Se había detenido en la gasolinera tan sólo el tiempo necesario para rellenar hasta el tapón la garrafa de gasolina que llevaba bien asegurada en la parte de atrás de la bici.

—¿Hola?

Había dejado la bicicleta en la puerta para poder entrar, pero se llevó la garrafa con él. La oficina —si es que se la podía llamar así, porque parecía más bien una pocilga— estaba vacía. Vacía en lo referente a seres humanos, porque en cuanto a lo demás, apenas había un hueco en el que no se hubieran apilado montones de piezas manchadas de grasa sin orden ni concierto. Al fondo, en un mostrador roñoso, descansaba un ordenador de los tiempos de Adán y Eva, y justo al lado, unos zapatos puestos en pie mostrando unas suelas sucísimas. Pit tuvo que acercarse para descubrir que tras los zapatos había unas piernas, y que éstas estaban pegadas a un hombre que parecía estar recuperando el sueño perdido tras el madrugón para ir al trabajo. Repantigado en una butaca tan roñosa como el resto del local, con los pies encima del mostrador, el hombre roncaba como el motor de una Harley Davidson.

—¿Oiga?¿Perdone? —insistió Pit. La única respuesta que obtuvo fue un nuevo ronquido de varios decibelios más que los anteriores. El chico miró a lado y lado, se acercó a uno de los montones de piezas que crecían como setas por el local, y bastó un leve toque con el pie para que la construcción se viniera abajo.

El hombre dio un respingo que casi se cae de la silla.

—Vaya, parece que no estaba muy seguro el montón ese —dijo Pit, como si no hubiera sido cosa suya.

—Eh… mmmm… Sí… ¡Sí! —balbuceó el hombre, como si se estuviera reiniciando. Un instante después, su alma pareció volver a ocupar su ruidosa cáscara—. Dime… ¿qué querías?

—Hablamos por teléfono ayer por la tarde, no sé si lo recuerda…

—¡Ah, sí! Eres el chico del Mini Cabrío, ¿verdad?

—Eso es…

—Sé que te lo repetí un montón de veces ayer, pero más vale asegurarme… no quiero problemas luego —dijo, mientras se levantaba. Después sacó un manojo de llaves que llevaba colgando del cinturón con un muelle extensible y le hizo señas al chico para que lo siguiera—. ¿Sabes que ni siquiera tiene una pieza de recambio que se pueda aprovechar, verdad? Decir que es siniestro total es quedarse muy, muy corto…

—Sí, sí, no hay problema…

—Vale, vale, si no es problema para tí, mucho menos para mí —le respondió el hombre, haciendo aspavientos con las manos en alto a la altura del pecho. Luego sacó una llave del manojo—. No sé siquiera ni cómo tengo aún la llave, pero considéralo un regalo. Al menos tendrás algo que conserve la apariencia original del coche —soltó, y le entró un ataque de risa que derivó en otro de tos: Durante un tenso instante, Pit pensó que no iba a ser capaz de reponerse y que se iba a morir allí mismo, sin embargo en el último momento se rehizo, lanzó a un lado un gargajo del tamaño de un tomate cherry, y siguió hablando como si no hubiera pasado nada—. Ahí tienes tu coche —añadió—. Quedamos en que eran doscientos euros. Espero que la gasolina no sea porque pensaras irte subido en él —soltó, y se repitió la secuencia de risa, tos y gargajo, lo que hizo pensar a Pit que era algo bastante habitual en él.

—Bueno, esa es la idea —le respondió mientras contaba los billetes de cincuenta que había sacado de la hucha y los iba poniendo en la mano abierta del hombre—. Y doscientos.

—Hala, tuyo es. Me encantará ver cómo lo sacas de…

El hombre no pudo acabar la frase porque oyó el motor de un coche entrando en el aparcamiento.

—¡Otro cliente, el día empieza bien! Si te lo quieres llevar, adelante, ya es tuyo —bromeó, y salió corriendo hacia la oficina.

Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando Pit pasó por delante de la ventana de la oficina. Dentro. el dueño hablaba con un hombre cuya talla de pantalón triplicaba al menos la suya, y que trataba de venderle un coche para desguace sacando el máximo beneficio posible.

—Perdone un momento… ¡Eh, chico!¿Te vas?

—¡No, sólo voy a por mi bici, para llevarla en el asiento de atrás!

¡Ah, vale, genial! —le respondió, mientras le hacía señas al cliente con el que estaba tratando la compra-venta, dando vueltas al dedo índice de su mano derecha sobre la sien.

Cinco minutos después, el sonido de un motor en el desguace sobresaltó a ambos. Salieron justo a tiempo de ver pasar el reluciente Mini Cabrío de color azul marino que conducía Pit, con su bicicleta en el asiento trasero. El chico le saludó con la mano y le dedicó una enigmática sonrisa que el dueño del desguace no olvidaría en la vida, del mismo modo que jamás conseguiría saber qué demonios había pasado allí, cómo aquel chico de aspecto atontolinado había transformado en apenas cinco minutos una chatarra inaprovechable en un coche que parecía recién sacado del concesionario.

Claro que él no tenía la linterna que descansaba en el asiento del acompañante. Había tenido que hacer un par de pruebas, en la primera de ellas la parte que iluminó del coche se desintegró, porque giró las ruedas de la linterna tanto tiempo hacia atrás que la luz trasladó al coche a un momento en el que aún no había sido fabricado. La segunda se pasó en el sentido contrario, y aunque el coche se reconstruyó, saltó a un punto en el que el anterior dueño lo había maltratado hasta el límite de tener toda la carrocería abollada. A la tercera fue la vencida, y el trozo de carrocería que iluminó con la linterna se mostró reluciente. Entonces pasó la luz por toda la superficie de la chatarra que acababa de comprar y la vio reconstruirse ante sus propios ojos, lo oyó crujir, y como en una película proyectada desde el final hacia el principio, la chatarra se reconstruyó, se estiró, recuperó la pintura y quedó, no como nuevo, sino totalmente nuevo. Echar la gasolina de la garrafa al depósito y hacer la salida triunfal fue ya un puro trámite.

En el camino de vuelta a la urbanización, Pit condujo casi sin estar realmente al volante. Un hilillo de sangre descendía desde los agujeros de su nariz, rodeaba su labio y seguía el camino hacia la barbilla, desde donde goteaba sin importarle nada hasta sus pantalones de deporte. Llegado un punto se sintió lo suficientemente mal como para detener el coche en la cuneta, y descansar.

Descansar.

Descansar, mientras la botella del almacén se iba llenando hasta los dos tercios de su capacidad.

CAPÍTULO 13

Un sitio con muchas estanterías, o ya no me ves

La luz del sol que se encontraron al salir de la granja no tenía nada que ver con la del mundo normal. A esa hora, en la urbanización ya estarían casi con total seguridad rondando los treinta grados. Allí, sin embargo, el sol servía para iluminar, y poco más. La luz llegaba filtrada, como si antes de alcanzar la tierra tuviese que pasar por un tejido grueso que hiciera que el calor fuese poco más que un recuerdo, y de paso confiriese a la luz una tonalidad extraña e irreal. A pesar de ello el paisaje, incluso bañado por aquella iluminación, era mucho menos inquietante de lo que les pareció la noche anterior. Al ver los restos de la fogata en la que Manda derritió la cera la noche anterior, Jota se abalanzó sobre ella.

—¡Mi *cosacosa*!¡Por fin!¡Ya no podía más! —exclamó, recuperó el pequeño cuenco que recordaba a una huevera, y desapareció tras un pequeño montículo. Unos segundos después volvía con los chicos, con un brillo de satisfacción en la cara que no podía disimular—. ¿Lo vas a necesitar más? —le preguntó a Manda ofreciéndole el extraño objeto.

—¡No! *¡Nonononono* gracias! —le respondió ella dando un saltito atrás mientras agitaba las manos delante de la cara, e imitaba de paso sin querer la forma de hablar de Jota. El pequeño se encogió de hombros sin entender la reacción de su recién estrenada amiga y devolvió la huevera a su zurrón.

—¿Crees que…?¿Crees que habrá hecho ahí…? —comenzó a preguntar Walter en un susurro a Manda sin apartar la vista del pequeño Cobb, pero ella no lo dejó terminar.

—Da igual. ¡Da igual! No necesito saberlo, ni quiero —le cortó tapándose los oídos.

—Bueno… ¿qué hacemos ahora? Es bastante evidente que eso no era el Almacén —dijo Walter señalando la granja. Ahora no parecía más que una construcción abandonada, pero ellos sabían que en cuanto oscureciese las ratas saldrían de su escondrijo para reclamar sus dominios, y no había cosa que les apeteciera menos que estar allí cuando eso ocurriera.

—¿El Almacén… cómo es exactamente?¿Sabemos algo de él? —preguntó Manda.

—Que tenemos que llegar lo antes posible —respondió Walter

señalando a Jota, quien había estado repitiéndolo constantemente desde que se conocieron la noche anterior. Éste se encogió de hombros y asintió con energía.

—*Vaaaaale*. Me refiero a cómo es físicamente. ¿Muy grande?¿De mediano tamaño?¿Está hecho de hielo como la Fortaleza de la Soledad de Superman? —exageró ella. Jota abrió la boca para preguntar qué era eso, pero la mirada de Manda le hizo desistir del intento.

—*Nadienadienadie* la ha visto en la realidad real, pero todo el mundo sabe que el Almacén es muy grande y está repleto de estanterías para colocar las *cosas-que-nadie-sabe-qué-son* que se guardan allí —dijo Jota.

Walter se encogió de hombros.

—A mí no me mires. Por más que lo intento no consigo recordar más que he estado allí en algún momento, y que es muy importante que vuelva… pero no sé por qué.

—¡Pero cómo he podido pasarlo por alto! —soltó Manda de repente dándose un golpetazo en la frente con la palma de la mano.

—¿Te ha *dolido con dolor*? —preguntó Jota, preocupado por el hecho de que alguien decidiera pegarse a sí misma.

—No, no me ha dolido, no te preocupes… ¡es que creo que sé dónde está el maldito Almacén!

—¿En serio? —preguntaron al unísono Walter y Jota.

—El Centro Comercial. Si todo lo del otro mundo guarda algún tipo de relación, o conexión, o como queráis llamarlo con lo que existe aquí, no creo que haya en los alrededores algo con más estanterías para guardar cosas que un Centro Comercial —explicó.

—¿Y dónde está ese Centro Comercial? —preguntó Walter.

—Justo en dirección contraria —le respondió Manda, señalando de nuevo hacia el pueblo—. Tenemos que dejar atrás incluso la escombrera por la que accedimos al callejón, atravesar de nuevo todo el poblado y recorrer una buena distancia para llegar…

—*Nonononono*. Eso es *imposiblemente imposible*. No podéis pasearos por el pueblo a la luz del día.Os descubrirían enseguida porque sois *bastante gigantescos*, y el Señor Comadreja aparecería enseguida y no sería nada bueno, no señor —explicó Jota visiblemente nervioso.

—Bueno, quizás habría una alternativa, aunque en el otro lado sería bastante poco recomendable —dijo Manda pensando en voz alta. Luego se quedó unos instantes en silencio, como si estuviese valorando la viabilidad de su plan B.

—Venga, no te hagas de rogar —la apremió Walter.

—No… verás… arriba, en el otro lado, o como queramos llamarlo… podríamos llegar también al Centro Comercial por la parte de atrás, desde la autovía. Allí tendríamos que caminar por el arcén, con el considerable riesgo de que un coche se nos llevara por delante,

pero aquí… Bueno, aquí no creo que haya muchos coches —bromeó —. De hecho ni siquiera hay autovía, así que no perdemos nada por intentarlo —añadió oteando el horizonte mientras intentaba situarse.

—Bueno, manos a la obra entonces… o pies al camino, que sería más apropiado —dijo Walter, apartándose con una reverencia para que Manda les mostrase el camino a seguir. El pelo le resbaló sobre la cara al agacharse y Manda tuvo que repetirse mentalmente como un mantra que eso no había sido *sexy* en absoluto.

—*¡Vamosvamosvamos!* —soltó Jota metiéndose entre los dos y adelantándolos con un trote ligero, como el de un corredor de marcha —. ¡Tenemos que darnos *prisaprisa*!¡No podemos llegar tarde *de ninguna de las maneras que existen*!

Manda lo vio alejarse, y cuando ya estaba a una distancia interesante —no se había dignado a darse la vuelta para ver si ella y Walter lo seguían—, le lanzó un silbido que hizo que el chico se tapase los oídos con gesto de desagrado.

—¡Jota!

El Cobb se detuvo, y se giró. Al ver que no lo habían seguido abrió la boca para preguntar qué ocurría, pero ni siquiera lo intentó. Su voz no era lo bastante potente como para que lo oyeran, así que levantó las manos y se encogió de hombros, con gesto de extrañeza.

—¡Es por el otro lado! —gritó Manda, señalando un sendero que se perdía a bastantes metros de distancia de donde se encontraba el Cobb. Walter no pudo reprimir un ataque de risa que lo hizo caer redondo al suelo, mientras Jota desandaba el camino recorrido y volvía con ellos, repitiendo una y otra vez en voz baja una letanía:

—Pues no tiene gracia, no sé de qué se rie *jajajaja*. No vamos a llegar a tiempo antes de que vuelva y será un problema importante. *El problema más problemático de la historia*.

Esta vez fue Manda la que los guió a través del sendero que en otro mundo muy parecido pero totalmente diferente era una autovía. Se giraba constantemente para apoyarse en la única referencia que tenía: la granja que en el otro lado era un almacén abandonado, y que se había convertido en un cuadrado del tamaño de una caja de cerillas en el horizonte.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Walter al ver su cara de preocupación. Manda se detuvo y volvió a mirar atrás.

—No sé si voy a ser capaz de orientarme cuando perdamos de vista la granja… me da miedo empezar a dar vueltas en círculo… y también me preocupa mi madre… seguramente ya se habrá dado cuenta de que no he dormido en mi habitación…

—Bueno, con eso no podem… —le respondió Walter mientras la adelantaba, y de pronto se quedó en silencio sin acabar la frase. Manda se giró para ver qué había ocurrido, y se encontró con que no

había nadie.

Walter se había volatilizado a unos centímetros de ella.

Capítulo 14

No toques lo que no comprendes, o el fin de la historia

Pit no tenía forma de saber que llevaba casi dos horas fuera de cobertura ni lo cerca que se había quedado de la urbanización cuando empezó a sentir que no podía mantener los ojos abiertos y aparcó el coche en el arcén. El destino, la suerte, o quizá la más pura casualidad quiso que se detuviese cerca de un par de árboles —no de los de la urbanización, sino de los que daban sombra de verdad—, lo que lo había protegido con total seguridad de una insolación, y además lo había mantenido lejos de las miradas de curiosos. A esa hora y con esa temperatura en pleno verano no había demasiado tráfico, pero un coche detenido a pleno sol puede hacer pensar en una urgencia, mientras que a la sombra, siendo un descapotable, y cuando desde la distancia el conductor parece estar plácidamente dormido, la cosa cambia. Y la máxima por aquellos lares, y por desgracia cada vez más en cualquier parte del mundo era no te metas donde no te llaman, con lo que si a alguien le llamó la atención ver el coche allí parado, se aplicó el cuento y no se pasó a husmear.

Sin embargo, todo eso cambió a las dos horas y cinco minutos, por desgracia para Pit.

Paul —alias Porquería, alias el jefe de las Tres Marías, quienes ya para siempre habían pasado a ser las Dos Marías aunque él no lo supiera— pedaleaba con ritmo cansino mientras iba escudriñando el arcén izquierdo de la carretera. Mike —alias Mierda en el argot secreto de Pit y Manda— iba detrás suya, visiblemente cansado, examinando el arcén derecho. Trataba de seguirle el ritmo a su jefe aunque el calor iba haciendo cada vez más mella en él. Quizás influía el hecho de que aunque Paul llevaba su gorra de visera puesta al revés, él no llevaba la cabeza cubierta. Soltó el manillar de la bici y siguió pedaleando mientras se tapaba la cabeza con las palmas de las manos. El pelo estaba tan caliente que casi resultaba molesto. La trayectoria de la bicicleta comenzó a hacerse irregular, así que devolvió las manos al manillar inmediatamente antes de dar con sus huesos en el suelo. Se preocupó más que por el porrazo, por la temperatura que tendría el asfalto, en el que seguro que se podría freír sin problema un huevo de avestruz.

—Paul —dijo con tono de súplica—. Estoy mareándome, tío.

—Ahora paramos en cuanto pillemos una sombra. ¡Te dije que te pusieras la gorra antes de salir, gilipollas!

—Es que hacía tanto calor…

Paul pensó durante un segundo en seguir dándole razones por las que debería haberse protegido de una insolación, pero se detuvo. Hablar con Mike era lo mismo que tratar de convencer a un muro de que se cambiara de orientación para dar sombra.

—¿Crees que encontraremos a Charly? —preguntó Mike volviendo a ponerse una de las manos sobre la cabeza, mientras mantenía el manillar de la bicicleta derecho con la otra.

—¡Es que no tiene puto sentido, joder! —gritó Paul—. ¡Fue un momento al baño, y su bicicleta sigue en el aparcamiento del Centro Comercial. ¡Alguien se lo llevó por la fuerza, seguro! Y si fue así, y lo sacó de la urbanización, puede que descubramos alguna pista por aquí.

—¿Crees que su padre habrá avisado a la policía?—preguntó Mike con la vista perdida en el frente. Si hubiese habido alguna pista en el arcén, la hubiera pasado por alto. Pero así era Mike, no había manera de conseguir que mantuviese la atención en algo más de cinco minutos seguidos.

—¿Su padre llamando a la policía? Ja. Me juego el huevo izquierdo a que aún ni siquiera se ha enterado de que ha desaparecido. Ese tío no llamaría a la policía ni aunque tuviese el culo plantado encima de diez kilos de explosivos y su única posibilidad de que no se lo volasen por los aires fuese avisar a los artilleros. Ni siquiera me sorprendería si él hubiese tenido algo que ver en la desaparición.

—¿Tú crees? —preguntó Mike. No había valorado esa posibilidad, aunque normalmente Mike no valoraba nada que implicase que tres o más neuronas tuviesen que entrar en conexión y enviarse información de la una a la otra.

—Yo que sé. A lo mejor se encontró con él cuando fue al cuarto de baño… No se me ocurre qué mierda pudo haber pasado en esos quince o veinte minutos que transcurrieron desde que dijo que iba a cambiar el agua al canario y el momento en que fuimos a buscarlo…

Como Mike no iba mirando el arcén, fue el primero en descubrir el Mini Cabrío aparcado a la sombra.

—Eh, allí hay un sitio perfecto para que nos paremos, pero hay un puto descapotable aparcado…

—Mejor para nosotros. Si está vacío no tendremos que poner el culo en el suelo para descansar —zanjó Paul—. Vamos para allá —ordenó, incrementando el ritmo del pedaleo.

—Hay alguien sentado en el asiento del conductor —dijo Mike cuando estuvieron un poco más cerca—. ¡Eh!¿Ese no es el negro?

—Na, no puede ser —le respondió Paul—. Le dejamos la cara hecha un cromo. Hoy no podrá ni ponerse las gafas, si es que tiene unas. Debe ser uno que se le parece, son todos iguales.

Mike rio de una forma que recordó al gruñir de un cerdo en pleno proceso de revolcarse en un charco de barro.

—Joder, pues sí que se le parece… —insistió.

Para cuando llegaron al coche, Mike ya estaba completamente convencido de que era él. Paul aún tuvo que acercarse a unos centímetros a su cara para confirmar que sí, que así era, que se trataba del chico al que habían dado una soberana paliza hacía menos de veinticuatro horas.

—¿Qué pasa, que tiene un hermano gemelo? —preguntó Paul en voz baja—. Es imposible que se haya curado tan pronto… ¡Joder, mira cuánta sangre seca!... Creo que se ha metido algo y le ha sentado mal —añadió acercándose el dorso de una mano a la nariz mientras con la otra se tapaba uno de los agujeros y esnifaba de forma exagerada.

—¿Qué es eso que hay en el asiento de al lado? —preguntó Mike. Lo de hablar en voz baja ya era cosa del pasado, una vez comprobado que Pit (o su hermano gemelo, según ellos) no estaba sólo dormido, estaba totalmente fuera de servicio.

—Parece una linterna —le respondió Paul. La cogió y al hacerlo experimentó una sensación muy extraña que no fue capaz de identificar. Fue como una borrachera de poder seguido de un bajón de energía, como si alguien la estuviera drenando de alguna forma. Durante unos segundos se la quedó mirando fijamente, sin pestañear, sin poder hacer otra cosa.

—Paul, ¿estás bien? —dijo Mike, y eso lo sacó del trance. La linterna tenía en la parte de abajo tres anillos con números y letras que giraban con una facilidad impresionante, como si en vez de moverse sobre cojinetes flotasen alrededor del cuerpo de la linterna. Paul los giró con los dedos, simplemente porque le encantaba sentir como daban vueltas sin rozamiento aparente. Parecían ser capaces de girar hasta el fin de los tiempos. Sin embargo, se detuvieron. A Paul le pareció ver unos arcos eléctricos en la superficie, rayos que saltaban de una parte a otra y vibraban unos instantes en el aire antes de desaparecer.

—Sí… sí, estoy bien. Vamos a mirarle las pupilas al capullo este con la linterna. Si no se le contraen al darle la luz, está jodido.

Mike no tenía ni puñetera idea de a qué se refería su amigo, pero en vez de preguntar, decidió callarse y quedarse con la duda.

Con los dedos índice y pulgar de la mano derecha, Paul le abrió uno de los párpados. El ojo de Pit apuntaba hacia el suelo, y no experimentó reacción alguna. Con la mano izquierda, sostuvo la linterna apuntando directamente al centro del ojo, y

accionó el interruptor.

La luz brotó como el agua de una manguera, pero era una luz espesa, que parecía tener, peso. De hecho, Paul juraría que la luz se había curvado, atraída por la fuerza de la gravedad como lo hubiera hecho si se tratase de un líquido.

Luz líquida.

Cuando alcanzó el globo ocular de Pit, éste despertó de repente. Con un grito espantoso, se levantó y bajó del coche, saltando por encima de la puerta sin abrirla. Tenía el ojo tapado con las dos manos, como queriendo protegerlo.

—¿Qué haces, gilipollas?¿Estás loco? —gritó fuera de sí.

—¡Uh, pobrecito!¡Cuidado, que le he dado con la luz de la linterna!¡Qué dolor! —soltó Paul, sarcástico. Sus dedos empujaban los aros de la base, que giraban sin parar. Había descubierto que al girar provocaban una leve vibración que era muy agradable.

Mike rio a carcajadas tras él al oír la ocurrencia. Sabía que cuando Paul empezaba así se avecinaba diversión, y a lo mejor podían soltar toda la tensión acumulada con la desaparición de Charly dándole una paliza al negro… otra vez.

—Oh, cuidado, que le he hecho daño en el ojo con la luz, pobrecito.

Las carcajadas de Mike subieron de intensidad hasta convertirse en una retahíla de gruñidos histéricos.

—¡Dale!¡Dale ya! —gritó, anticipando lo que se avecinaba. Pit empezó a temerse lo peor, y esta vez no habría linterna salvadora. Si no conseguía que se la devolvieran estaba perdido.

—¡A lo mejor en vez de una linterna es un sable láser! —dijo Paul, accionando de nuevo el interruptor y haciendo un movimiento de media luna desde delante hacia detrás de su espalda. Pit se tiró al suelo y el rayo de luz pasó a pocos centímetros por encima de su cabeza. Las carcajadas y los gritos de Mike cesaron de inmediato.

—Jo… der —soltó Pit desde el suelo, y la expresión en el único ojo que tenía descubierto hizo que Paul se girase a ver qué pasaba. Mike estaba de pie, tras él. Pero no todo Mike. De hecho, era Mike desde los pies hasta la parte inferior de la mandíbula. De ahí para arriba, no había absolutamente nada.

El grito de Paul se debió oír en varios kilómetros a la redonda. Cayó hacia atrás, aterrorizado, y la linterna salió despedida y rodó hasta chocar con el zapato de Pit. Como si hubiese estado esperando únicamente a que su amigo viera lo que había hecho, lo que quedaba de Mike cayó como un árbol recién talado, hacia delante, sin poner las manos para protegerse, porque no había un cerebro encargado de controlar las extremidades. Ni por supuesto las funciones básicas de sus órganos vitales, así que en el momento en que su cuerpo impactó

con el suelo ya estaba clínicamente muerto.

—Miiiiike… Miiiiiike —gritaba una y otra vez aterrorizado, pero más que un grito era un quejido agudo sin apenas volumen. No podía apartar la vista del que hasta hacía cuestión de segundos había sido su amigo, y a la vez sabía que esa imagen se estaba grabando a fuego en su cerebro y que no podría olvidarla aunque pasaran cien años. Gateó de espaldas, arrastrando el culo por el suelo, intentando alejarse de aquella visión de pesadilla, hasta que su espalda chocó contra algo. Giró la cabeza, tan sólo para comprobar que había chocado contra las piernas de Pit. Al mirar hacia arriba, vio que lo estaba apuntando con la linterna.

—Bú —dijo el chico, y accionó el interruptor.

Lo último que Paul pudo ver fue la luz, espesa, casi líquida, derramándose sobre él.

Pit se acercó hacia los restos de Mike, y los iluminó. Por curiosidad, miró los aros. Marcaban 75a. Pensó en apartar a patadas la ropa y dejarla en el arcén, pero se preguntó por qué al tejido parecía no afectarle el retroceso en el tiempo como le había sucedido. por ejemplo, al Mini Cabrío. Encendió de nuevo la linterna y apuntó a la ropa, que en esta ocasión sí desapareció. Pit llegó a la conclusión de que no parecía que el efecto tuviese que ver con el material sobre el que se usaba. Quizás sí con lo que la luz bañaba en primer lugar, lo que resultaba bastante útil para poder usarla selectivamente, no como un arma de destrucción masiva.

Respiró hondo. Aquellos tres ya no volverían a molestarlo jamás.

Se subió al coche, y al borde de un ataque de pánico, giró el espejo retrovisor hasta ver su imagen reflejada. Seguía con el ojo tapado simplemente porque sentía un dolor intenso, pulsante, y no quería apartar la mano para descubrir que ya no estaba, o quizás peor aún, que en su cuenca colgaba el ojo de un bebé conectado a los nervios ópticos, demasiado pequeño aún para encajar perfectamente en su lugar. Paul Porquería había estado girando los aros al azar, y le aterraba pensar en el número que podría marcar en el momento en que le iluminó el ojo. A pesar de ello, se obligó a retirar la mano. El ojo estaba allí. Amoratado, con los párpados hinchados, pero estaba allí, y entonces supo lo que había pasado. 24h. El azar había querido que los aros marcasen veinticuatro horas, llevando su ojo y la piel de alrededor al instante posterior en que recibió la paliza.

Pit empezó a reirse, al mismo tiempo que lloraba. Cogió la linterna, movió los aros a 02d y se iluminó la cara. El dolor desapareció al instante, llevándose de paso los morados y la inflamación.

Ahora sí era un día perfecto.

El sol brillaba en el cielo, tenía un coche nuevo, una vida por

delante, y un poder inimaginable en el bolsillo. Iba a comerse el mundo.

Pero eso sería después de descansar.

Sintió que se le caían los mocos y su último gesto consciente fue sorberlos, aspirando con fuerza. Por supuesto, no eran mocos. La sangre que fluía a borbotones de su nariz tiñó la pechera de su camiseta de un rojo intenso.

Pero a Pit eso ya no le preocupaba, porque dormía.

Dormía.

Abajo, la botella se llenó hasta el borde, dejando el espacio necesario únicamente para colocar el tapón de corcho. El Señor Comadreja se afanó en colocarlo y apretarlo con toda la fuerza que fue capaz de aplicar. Luego, colocó la botella en la estantería junto a la del señor T y le adhirió una etiqueta blanca en el frontal. Con trazo firme, escribió con un rotulador dorado un par de palabras

Señor P

y la colocó de manera que las dos etiquetas, la del señor T y la suya estuviesen perfectamente alineadas.

Luego salió del Almacén. Unos segundos después, el señor T volvió a su agotador trabajo de golpear el corcho, incansable.

La esencia de Pit lo imitó.

Arriba, la linterna emitió la señal de que había acabado su trabajo.

Misión cumplida.

Estoy aquí.

Pan acudió a la llamada, se acercó caminando por la carretera. Su caminar era lento, pausado, y cada cierto tiempo intercalaba unos pasos de su ridículo baile.

—Ya estoy aquí —dijo en voz alta al llegar al coche. Rebuscó en los bolsillos de Pit, y al dar con la linterna su cara se iluminó con una amplísima sonrisa que se extendió más allá de los límites físicos de su rostro, dividiendo la cabeza en dos. Pan se guardó la linterna en el bolsillo y un escalofrío estremeció todo su cuerpo. Mojó el dedo índice en la sangre que manchaba la pechera de Pit y se lo metió en la boca, como un cocinero que no tuviera el más mínimo concepto de higiene, y disfrutó del sabor metálico.

Soltó un suspiro de satisfacción, y se alejó bailando camino de la urbanización.

Aunque Pit respiraba levemente, ya no estaba allí.

Capítulo 15

No te acerques a El Borde, o el protector protegido

—¡Se ha ido!¡*Idoidoidoido*!¡Volatilizado!¡Desaparecido *totalmente por completo*!

—¡Cálmate, Jota! —gritó Manda, no sólo por calmarlo a él, sino por intentar que el ritmo de los latidos de su corazón dejase de sonar como una *mascletá* en plenas Fallas—. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Dónde está Walter? —se preguntó en voz alta a sí misma. No tuvo que darle muchas vueltas a las posibles respuestas, porque de la misma forma en la que se había esfumado, Walter apareció de nuevo delante de los dos como si la realidad fuese un efecto de croma generado en postproducción por ordenador sobre una cortina de color verde. El paisaje ondeó una milésima de segundo y Walter se asomó desde detrás de él y saltó a la realidad.

—¡El Borde!¡Lo había olvidado por completo!¡Hemos llegado a El Borde! —dijo el chico. Manda no intentó siquiera comprender lo que estaba diciendo, tan sólo se abalanzó sobre él y lo abrazó. Las gafas estuvieron a un tris de salir despedidas del puente de su nariz. Los escasos segundos en los que lo había perdido de vista se sintió desamparada, perdida en un mundo extraño, y por si eso fuera poco, además tuvo miedo por la responsabilidad de cuidar del pequeño, de proteger a Jota.

Walter no recordaba gran cosa de lo que le había ocurrido en aquellas tierras, pero a pesar de ello generaba una burbuja invisible de tranquilidad que lo incluía a él y a los que tenía a su alrededor. Si estaba allí, Manda sabía que todo iría bien, por mucho que se complicase la situación.

A pesar de que tuviese que recurrir contra su voluntad a los objetos que guardaba en la bolsa.

Sintió su calor, y cuando él le devolvió el abrazo, la sensación de protección, de invulnerabilidad, fue completa.

—No vuelvas a hacer eso —le susurró ella con la cabeza apoyada en su pecho. Los latidos de su corazón parecían marcar el ritmo del mundo, como si además de bombear sangre a su cuerpo, bombeara existencia a aquella realidad.

—No ha sido a propósito —le respondió él—. Me había olvidado de El Borde. Hemos tenido suerte de que fuese yo el primero en

asomarme. Si lo hubieseis encontrado tú o Jota os podíais haber perdido para siempre…

—¿Jota perdido? *Nononononono*, eso no *puede ser posible*. No puedo perderme, tengo que ayudaros a encontrar el Almacén y volver a casa lo antes posible.

—Suena un poquitín aterrador —se quejó Manda—. ¿Qué es eso de El Borde? —preguntó, separándose con todo el esfuerzo del mundo del pecho de Walter.

—Es el punto en el que la realidad que ha creado Pan para tu urbanización, se acaba. La zona que Pan aún no ha visitado allí arriba. Conforme él se va moviendo por nuestro mundo, la realidad aquí abajo se va ampliando. Es como si todo esto estuviese dentro de una bola de cristal, de esas que se agitan para ver la nieve caer. El Borde es el límite en el que el cristal se acaba para dar paso a lo que hay más allá.

—Y… ¿Y qué hay más allá? —preguntó Manda casi sin atreverse.

—No hay palabras con las que te pueda explicar eso. Coge a Jota en brazos, y dame la mano. Tenéis que verlo con vuestros propios ojos, pero no os soltéis de mi mano bajo ningún concepto.

—Está bien —respondió Manda, buscando con los ojos el permiso de Jota. El Cobb estaba asustado, pero era la curiosidad que mató al gato, aunque en este caso él fuese lo más opuesto al felino, la que ganó la partida al miedo. De un salto se agarró al cuello de Manda, y ella apretó con fuerza la mano de Walter.

Él dio un paso adelante, arrastrando consigo a la chica y al Cobb. Si la sensación de pasar de la escombrera al callejón ya había sido lo suficientemente extraña, aquella le ganaba la partida por paliza. Ante la mirada atónita de los componentes del grupo, la realidad se disolvió.

Lo que tenían ante sus ojos era el tejido primigenio del Universo, la materia prima de la que se creaban todas las cosas. Simplificándolo casi hasta el infinito, se podría decir que era como si un niño hubiese encontrado un almacén con cantidades ingentes de plastilina de colores, pero ni ellos eran un niño ni aquello plastilina. Sus ojos eran incapaces de captar en realidad lo que tenían delante, y ofrecían a sus limitados cerebros una interpretación que estos fuesen capaces de comprender. Colores móviles como pintura derramada en un balde de agua con aceite, recombinándose unos con otros para crear algo totalmente nuevo. Explosiones a cámara lenta de luz, de color, de materia. No eran capaces de fijar la vista en el espectáculo, de saber cuánta distancia —si es que allí ese concepto tenía sentido— había entre el lugar en el que ellos se encontraban y los colores. Si lo miraban fijamente parecía estar ocurriendo a centímetros de ellos, pero a la vez sabían que se encontraban a galaxias de distancia, y que

no debían mirar mucho tiempo porque podrían ser absorbidos, convertirse en materia original, perder su esencia y pasar a formar parte del espectáculo como actores en vez de como meros espectadores.

Cuando Walter tiró de ellos de nuevo al mundo físico, tenían los ojos anegados en lágrimas, y pasó un buen rato hasta que fueron capaces de articular palabra.

—¿Qué acabamos de ver? —preguntó Manda con un hilo de voz. Walter no fue capaz de darle una respuesta.

—No lo sé. Creo que nadie lo sabe. Pero sé que lo que hay fuera es lo que Pan utiliza para crear todo lo que tenemos alrededor. Pan no es arquitecto, no es capaz de crear desde cero, por eso todo aquí abajo se parece al mundo de arriba. Pero es un fantástico constructor.

—Pero… ¿quién demonios es Pan?¿Cómo es capaz de crear a partir de esto? Espero que no sea Dios...

—No, no es Dios, o al menos no es la idea de Dios que te ronda por la cabeza. Pero es poderoso. Muy, muy, muy poderoso.

Manda se quedó un rato en silencio. Jota no entendía gran cosa de lo que hablaban el chico y la chica. Sabía que habían nombrado al innombrable, pero esperaba que las patrullas no se alejasen tanto del pueblo como para llegar hasta allí. En cualquier caso, ahora todo eso era secundario. Ahora no podía quitarse de la cabeza los colores.

—Y ahora… ¿qué? —preguntó—. No podemos volver por el pueblo ni podemos rodearlo por aquí. Estamos en un callejón sin salida.

Jota pensó en decirle que no, que no estaban en un callejón. Aquello era el campo, el callejón estaba en el pueblo. Pero en lo que tardó en decidirse a hablar, Walter le tomó la delantera.

—Nadie ha dicho que no sea posible pasar por El Borde. No es recomendable, pero no es imposible.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —preguntó Manda.

—Centrándonos en no alejarnos de la realidad más de lo estrictamente necesario —respondió él—. Antes te dije que esto es como una bola de cristal, de esas que cuando se mueven ves caer la nieve como en cámara lenta. Pues vamos a bordear el cristal hasta llegar al otro lado del pueblo sin tener que atravesarlo.

Manda se acordó de cuando siendo pequeña sus padres la llevaron a Disneyland París. Había estado oyendo hablar de la atracción *Space Mountain*, una montaña rusa basada en la novela de Verne *De la Tierra a la Luna*. Toda la atracción transcurría dentro de una cúpula que convertía el viaje en una impresionante sucesión de sensaciones, cuyo objetivo era hacer sentir al usuario que realmente viajaba por el espacio.

Ella guardó cola hasta el último momento, y cuando estaba a

punto de entrar, se asustó. Simplemente, fue incapaz de subirse. Se había arrepentido de aquél momento un millón de veces, incluso se había prometido a sí misma volver algún día tan sólo para quitarse la espinita.

En este momento se sentía igual, con la leve diferencia de que esta vez no se trataba de una atracción, de que iban a poner sus vidas en peligro realmente, y sobre todo, de que aquí no iba a poder abandonar la fila para evitar subirse a la atracción.

—¿Vamos entonces? —preguntó Walter.

—¿Hay que prepararse de alguna manera?¿Hacer algo… especial? —respondió Manda a su vez con otra pregunta. Sin saber por qué, se le vino a la cabeza una serie que había visto en Netflix, *The O.A.*, en la que había que hacer unos extraños movimientos, una especie de baile ritual para saltar a otra dimensión. Aquí, para hacer algo parecido tan sólo había que dar un paso en la dirección correcta.

—No, simplemente concienciarnos de que no podemos despistarnos de ninguna manera. Hay que seguir el camino a pies juntillas. ¿Preparado, Jota?

—*Sisisisí. Nononono*. No lo sé. ¿Estoy preparado?

—¿Mejor en brazos? —le preguntó Manda. El pequeño Cobb no se lo pensó dos veces, y en un par de saltos escaló por el cuerpo de Manda y se le recolgó del cuello.

—Desde aquí podré protegerte mejor si fuese *necesariamente necesario* —se justificó.

Manda no necesitó abrazarlo para notar como temblaba. Sin embargo, le colocó una mano en la espalda para asegurarlo, y con la otra apretó la de Walter.

—Tú conduces —le dijo.

Walter aspiró profundamente, y dio un paso adelante en la dirección que parecía que llevaba a un camino que partía en dos un prado cubierto de flores blancas. Sin embargo, ellos sabían que todo aquello no era más que atrezzo, la parte de un videojuego que se mostraba inaccesible, y que por mucho que pareciese que en esa pantalla había una puerta escondida, el protagonista chocaba una y otra vez con una barrera invisible sin conseguir alcanzarla.

Aquella imagen era inalcanzable, el camino no llevaba a ninguna parte porque ni siquiera había un camino.

Todo lo que había eran

colores.

CAPÍTULO 16

La materia prima del Universo, o la cabeza sin jinete

Los colores de nuevo.

Mezclándose, combinándose, creando nuevas formas. El Universo bullendo a su alrededor. Manda se obligó a apartar la vista y dirigirla hacia Walter, a la vez que obligaba a Jota a dejar de mirar y esconder la cara en su cuello. Si alguien le hubiese dicho veinticuatro horas antes que iba a estar mirando la creación del Universo mientras sostenía en brazos a una cobaya gigante vestida de Robin Hood, habría pedido una copa de lo mismo.

Y sin embargo, allí estaba.

Allí estaban.

Walter le señaló el suelo, y dijo algo. Pero allí las leyes de la física no funcionaban. Ni siquiera existía una física a la que atenerse, así que las ondas sonoras que debían haber salido de la boca de Walter y llegado al oído de Manda se disolvieron en el mismo instante en que brotaron de sus labios. El efecto que observó ella fue el de un televisor sin sonido. Sin embargo, siguió con la vista lo que el chico le indicaba.

El suelo no existía del todo. Era como si estuviesen caminando por un sendero de cabras, de poco más de un metro de ancho, y más allá de esa distancia no había nada más que una oscuridad que se iba haciendo más impenetrable conforme se alejaba, y al fondo los colores que se movían como pintura sobre una capa de aceite y agua. Hermosos e hipnóticos, a la manera en que lo puede ser una tela de araña cubierta de gotas de rocío bajo los rayos anaranjados del sol del amanecer.

Preciosa, pero mortal.

Manda trató de esquivar un escalofrío, y se centró en no perder de vista ni al sendero ni a Walter. Éste se movía a unos pocos centímetros de distancia de ella y de Jota. Se habían soltado las manos para caminar con comodidad y de paso evitar que el trayecto se hiciera eterno, ya que de ese modo avanzaban mucho más rápido. Walter miraba por encima de su hombro cada pocos pasos para asegurarse de que todo iba bien. Con el brazo derecho apretaba contra su cuerpo la bolsa bandolera, como si temiera que alguno de los objetos imposibles que se almacenaban en su interior pudiera escaparse y flotar hacia los colores. En ese preciso momento, ella tuvo la absoluta seguridad de

que la bolsa no tenía una capacidad finita, que podría almacenar miles y miles de objetos, como si tuviese una dimensión propia, de bolsillo, en la que existiera su propio almacén lleno de estanterías para sostenerlos. Sentía a Jota temblando contra su cuerpo. Durante un instante casi esperó que empezase a preguntar si faltaba mucho para llegar, como el niño que se impacienta en el asiento trasero del coche de sus padres en un trayecto largo. Sin embargo, no dijo nada. Se limitó a seguir protegido contra su cuello y a vibrar por el miedo como un teléfono móvil orgánico de vez en cuando.

Manda estaba abrumada por la cantidad de detalles que percibían sus sentidos. En una de esas ocasiones en las que entraba en Internet para consultar un dato determinado y acababa vagabundeando por los rincones de la web, cayó por casualidad en un artículo que explicaba por qué en momentos de peligro parece que el tiempo se ralentiza y que todo es más vívido. La explicación que daba el artículo, cuya autoría no recordaba, era que en esos momentos de riesgo el cerebro captura cada ínfimo detalle de lo que sucede a su alrededor por si lo necesita para escapar de ese peligro que lo acecha, de manera que momentos, situaciones o datos que en condiciones normales pasarían desapercibidos son registrados con rigurosa exactitud, dando la impresión de que suceden muchas más cosas en un periodo de tiempo y que éste pasa en cámara lenta.

Pues allí, en El Borde, la sensación se incrementaba por un millón. Miró hacia la derecha, en dirección contraria a los colores, y vio la realidad, atrapada en una burbuja tal como había dicho Walter. Ya no estaba a la vista la granja, la habían dejado atrás, y pensó en lo ridículo que era, en la situación actual, el miedo que había tenido hacía tan sólo unos minutos a dar vueltas en círculos si llegaba a perder su referencia. Ahora era imposible dar vueltas. O seguían el sendero, o caían hacia lo desconocido —los colores—, y eso no entraba en sus planes ni a corto ni a largo plazo.

Era curioso observar la normalidad al otro lado. Era como mirar el mundo a través de unas gafas con los cristales sucios. La luz de sol se veía irreal, y bañaba los campos dándoles un aspecto artificial. De pronto, se sintió agobiada. Miró de reojo a Walter, que seguía caminando a buen ritmo delante de ella. El silencio era absoluto, y sentía una presión en los oídos similar a cuando buceaba, con la diferencia de que cuando metía la cabeza bajo el agua seguía percibiendo los sonidos. De otra manera, pero los percibía. Le vino al pensamiento el eslogan de una película de terror. Una película que no era capaz de situar, sólo su frase publicitaria, su gancho

en el espacio nadie puede oírte gritar

hasta que de pronto estalló en su mente.

Alien, el octavo pasajero.

Y con el recuerdo vino el terror. Había visto la película decenas de veces y jamás había sentido miedo. Tensión, intranquilidad quizá, pero no miedo. Sin embargo allí, en medio del silencio absoluto, con la realidad borrosa a un lado y los colores al otro, el pánico estalló invadiéndolo todo. Evitó salir corriendo, porque sabía que eso podía ser su perdición —y la de Jota, que se removió incómodo como si hubiese notado que algo no iba bien—. Se aseguró de que Walter se mantenía a una distancia razonable y acercó una mano temblorosa a la realidad. Sintió como si la membrana que separaba el mundo real de el Borde fuese la separación entre el agua y el aire en un día de playa. La atravesó sin esfuerzo alguno y notó el calor del sol. Desde el otro lado, sus dedos se veían borrosos, indefinidos. Pegó la cara a la membrana, echó un último vistazo a Walter, y empujó. La realidad llegó con un golpe de aire fresco.

—Joder —dijo en voz alta, y se maravilló de poder oír el sonido de su propia voz. Para un observador que hubiese contemplado la escena desde el interior de la realidad, la cabeza de una chica habría aparecido de la nada para mantenerse flotando en el aire mientras se dirigía hacia el este con paso decidido. Una cabeza sin cuerpo que se movía con un movimiento ondulante, como si caminase sobre un cuerpo invisible. Pero se desplazaba sin mirar en el sentido del movimiento, miraba hacia el frente, y parecía llenarse los pulmones invisibles con profundas inspiraciones, como si tratara de mantener la calma en una situación límite.

De pronto, algo tiró de ella desde el otro lado haciéndola abandonar la realidad y llevándola de nuevo al cromático caldo de cultivo del Universo.

Gritó sin sonido hasta que se dio cuenta de que era Walter quien la había agarrado. Estaba enfadado, muy enfadado. La señaló con un dedo, luego se señaló los ojos y le indicó que mirase hacia el suelo.

Ese era el problema, que si hubiera dado tan sólo un paso más en aquella dirección se habría arrojado a los colores.

El sendero había sufrido un leve giro, no muy brusco, pero que ella había ignorado por tener, literalmente, la cabeza en otra parte. Walter le empujó hacia la membrana, y los tres salieron hacia la realidad.

—¿Qué haces?¿Estás loca?¡Si llego a tardar tan sólo un segundo más en mirar para asegurarme de que todo iba bien, ahora estaríais los dos dando vueltas de campana en dirección a los colores.

—¿Ya hemos llegado *porfavorporfavorporfavor*? —preguntó Jota deseando y a la vez temiendo conocer la respuesta.

—¡No lo sé!¡La señorita nos lo dirá!¿Falta mucho para el Centro Comercial? ¡Es por saber si tengo que amarrarte con una cuerda a mi cintura!

—Lo… Lo siento… me agobié de pronto…

—Vale. Vale, perdona. He perdido los nervios, pero es que habéis estado tan cerca…

—Eh… ¡Eh, conozco este sitio! —cortó Manda de pronto—. ¡Detrás de ese monte está la salida de la autovía!¡Ya nos queda muy poco!

—*Sisisisisisi*. ¡Ya llegamos, sí!

—Vale. Volvamos a El Borde otra vez. Pero nada de tonterías, ¿eh?

—Lo prometo —dijo Manda uniendo las yemas de los dedos pulgar e índice de su mano derecha y plantando un beso sobre ellos.

La sensación al sumergirse de nuevo en El Borde fue aterradora para Manda. No porque se volviera a agobiar de nuevo, que lo hizo. Ni porque volviesen a asaltarla sensaciones que creía olvidadas, como las de los terrores nocturnos de la infancia. Ni siquiera por los colores que seguían combinándose y generando a cada nuevo segundo materia desconocida con la que Pan podría seguir construyendo.

Lo que la aterrorizó de veras fue el descubrir que El Borde se introducía en el monte, y que durante un buen tramo, no iban a poder volver a la realidad si lo necesitaban, porque esa realidad iba a ser tierra, piedras, raíces, y los restos putrefactos de algún animal enterrado.

Y sobre todo, la asustó el pensamiento de que si había algo vivo en el Universo de los colores que quisiera atraparlos, no encontraría mejor ocasión.

Lo haría en ese tramo, sin duda.

Era un *cul de sac*, un callejón sin salida.

Capítulo 17

La total ausencia de luz y sonido en un callejón sin salida, o los seres más hermosos de El Borde

La temperatura pareció bajar un par de grados cuando se introdujeron en las entrañas del monte, y quizás realmente ocurrió así, porque la luz del sol dejó de entrar, aunque fuese totalmente descafeinada, por la zona de la realidad. Ahora, a la derecha en el sentido de la marcha todo era absoluta oscuridad. Manda imaginó que si se pudiese iluminar la zona se verían multitud de bichos. Hormigas moviéndose por sus laberínticos hormigueros. Gusanos, lombrices… incluso puede que hubiese alguna madriguera de un roedor de pequeño tamaño —hizo todo lo que pudo por evitar pensar en las ratas de la granja— pero todo eso sería más arriba, cerca de la superficie. Allí donde se encontraban ellos, en la base del monte, donde el calor del sol no calentaba la tierra… ¿qué podía haber allí? En su mundo, arriba, no habría más que una amalgama de piedras y tierra, pero allí, donde las cobayas hablaban y las ratas se mantenían en pie sobre sus patas traseras y esperaban que llegase la noche para atacar, allí… allí podía haber cualquier cosa.

Los tres parecieron darse cuenta de la importancia de aquel momento. Jota se agarró con tanta fuerza al cuello de Manda que ella le tuvo que avisar con un par de golpecitos para que aflojase la presa. Walter seguía abriendo camino, pero lo hacía como el explorador que se asegura de que no haya trampas en el suelo antes de que pase el resto del regimiento. Con paso lento, pero firme. Manda, por su parte, se obligaba a tener la vista fija en el frente para no pensar en que estaban atrapados. En que estarían atrapados durante todo el tiempo que se movieran por debajo del monte.

El pelo.

Le gustaba el pelo de Walter. Eso era en lo único en lo que se iba a fijar hasta que salieran de aquel maldito atolladero.

Y sin embargo, miró hacia atrás. Ya no se veía la luz. Llevaban tanto tiempo caminando en el monte que la oscuridad en la parte de la realidad era absoluta. En la parte de los colores, la oscuridad era un concepto absurdo, que no tenía sentido, al igual que no lo tenía la luz.

Los colores, simple y llanamente, eran.

Eran, sin necesidad de luz.

Manda abrió la boca para decirle algo a Walter, lo primero que se le pasara por la cabeza tan sólo para oír su voz, pero antes de hacerlo cayó en la cuenta de que era un esfuerzo absurdo porque el sonido no se iba a propagar. Ni siquiera lo oiría ella en el interior de su cabeza.

Aunque se había prometido a sí misma que no iba a mirar hacia los colores, lo hizo. Y probablemente eso les salvó la vida a los tres.

Al principio no fue capaz de interpretar lo que estaba viendo. Sufrió una versión psicodélica del síndrome de Stendhal. Se quedó maravillada, incapaz de reaccionar ante tanta belleza. El pulso se le aceleró, y necesitó de toda su fuerza de voluntad para estirar el brazo y ponerlo sobre el hombro de Walter. Éste se volvió extrañado, e hizo un gesto interrogativo a Manda. Ella sólo fue capaz de señalar hacia los colores sin pestañear.

Al fondo —después de todo, sí que existían las distancias en aquel lado— los colores seguían retorciéndose unos sobre otros, recombinándose, creando materia. Pero más cerca de ellos, y eso era lo que había maravillado a Manda, unos seres majestuosos flotaban moviéndose a cámara lenta.

Era como si el Universo hubiera preparado su función de fin de curso y ellos fuesen los únicos invitados.

Aunque eran totalmente distintos a ellas, a Manda la suavidad de sus movimientos le recordó a medusas bailando en las aguas cristalinas de un mar tropical. Medusas de un tamaño inmenso, y también inmensamente bellas.

La chica las observaba absorta, y estuvo a punto de tocar la cabeza de Jota para que también las pudiese admirar, pero en el último momento pensó que quizás podría asustarse, así que lo dejó estar. Lo último que necesitaban era que Jota se pusiera histérico allí, en aquél lugar sin salida, al menos sin salida inmediata.

Las medusas que no lo eran giraron grácilmente, apuntando sus caparazones hacia la luz, y los tentáculos hacia los tres amigos. Manda miró hacia Walter con una sonrisa en el rostro. Sin embargo, la expresión del muchacho no tenía nada que ver con la suya.

Estaba diciendo algo, pero el sonido se disolvía en su boca en el mismo momento de ser emitido. Sin embargo, Manda era muy buena leyendo los labios, y entendió a la perfección el mensaje que el chico repetía una y otra vez como un mantra.

«Esto no es bueno. Esto no es bueno. Esto no es bueno.»

Le tocó el brazo para preguntarle con la ayuda de gestos qué estaba pasando. Qué es lo que no era bueno, pero Walter no le dio ocasión. La agarró del brazo y ella leyó perfectamente el grito mudo que se dibujó en sus labios.

«¡CORRE!»

No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero obedeció.

Walter dejó de tomar precauciones con el borde, con el estrecho sendero por el que caminaban, así que Manda dedujo que la cosa iba en serio de verdad y corrió como si la vida le fuera en ello. Jota se abrazó con todas sus fuerzas a su cuello, y esta vez no había tiempo de darle unos golpecitos para que aflojase la presa. Mientras pudiese respirar, trataría de aguantar. Ahora lo más importante era saber por qué corrían, qué peligro les acechaba. Y como si quisiera responder a la pregunta mental de Manda, las medusas vibraron y

escupieron

segregaron una sustancia viscosa que recorrió el espacio entre ellas y los tres amigos en lo que tarda un parpadeo. Fueron tres *escupitajos*, como si hubieran decidido fabricar uno por cada uno de los amigos, para que no hubiese peleas entre ellos y los repartiesen como buenos hermanos. Walter tuvo que emplearse a fondo para correr lo suficiente como para escapar del que le correspondía, pero lo consiguió por cuestión de centímetros La sustancia se pegó a la pared como un chicle translúcido y se quedó allí, como un recuerdo de lo cerca que había estado.

Los que correspondían a Manda y Jota se fusionaron en uno, como si tuviesen inteligencia y hubiesen comprobado que sus objetivos estaban uno en brazos de la otra. Al ser más extenso que el que había atacado a Walter, las probabilidades de que los alcanzara subieron exponencialmente. Manda corrió al máximo de sus posibilidades, pero el peso de Jota junto a la incomodidad de no poder bracear mientras corría para mantener el equilibrio la hacía ser mucho menos veloz de lo que realmente hubiera podido alcanzar.

Walter los miraba angustiado, pero la trayectoria de Manda iba a coincidir con la del escupitajo en cuestión de segundos. Sólo había una posibilidad: que hiciera algo inesperado sin darle tiempo a la sustancia a modificar la trayectoria. Walter rezó en voz baja pidiendo que Manda entendiese a la primera lo que le iba a pedir, y todo sucedió en un par de segundos. La chica miraba hacia la sustancia, y era cada vez más consciente de que no iba a poder escapar. En un instante miró hacia el frente, hacia Walter, y éste aprovechó para hacerle gestos para que se detuviese. Con los labios marcó una y otra vez una única palabra:

«¡PARA!»

Manda obedeció de forma instintiva y frenó en seco. La sustancia siguió su camino y se estrelló contra la membrana que daba a las entrañas del monte, justo en el lugar en el que se hubieran encontrado ella y Jota si no se hubiera detenido. Manda soltó todo el aire de golpe y se esforzó por contener las lágrimas.

Pero la sustancia no les iba a dar mucho tiempo para relajarse. Como los anticuerpos que protegen al organismo de una infección, su

objetivo era eliminar aquellos extraños que estaban campando a sus anchas por un lugar al que no debían haber tenido acceso. Por mucho que les pesara, ellos eran en aquél momento la infección en El Borde, y este iba a hacer todo lo posible por eliminarlos. La sustancia comenzó a abombarse como la piel de una persona en una terapia de *cupping* o copas chinas, hasta que llegados a un punto se desprendieron —sin sonido, pero tan sólo por el lugar en el que estaban, Manda estaba convencida de que en cualquier otro sitio se habría producido un sonido de desgarro espantoso— llevándose consigo buena parte de la membrana que separaba la realidad de El Borde. La que había atacado a Walter realizó exactamente el mismo procedimiento, y con su botín en el interior —los fragmentos arrancados de membrana— volvieron a su lugar de partida, pero no se detuvieron al llegar a las medusas, siguieron adelante, hacia los colores, y al llegar a ellos, al fondo, muy al fondo, se disolvieron en su interior.

«Dios mio», dibujó Manda con los labios, y se puso a temblar de pies a cabeza. Ese era el destino que los esperaba a los tres. Habían conseguido evitar la primera andanada, pero… ¿cuántas veces más iban a tener esa suerte? Se maldijo a sí misma por no haberse quedado durmiendo tranquilamente en su cuarto, por su ansia de aventuras, de emociones. Ya había tenido suficiente para guardar hasta la edad de jubilación, pero ahora no podía hacer otra cosa que pedir sin palabras que por favor, pudieran salir de esta.

Las medusas comenzaron a posicionarse para enviar una segunda andanada. Walter las miró sin pestañear. Su cerebro funcionaba a toda velocidad, buscando alguna salida. Lo de correr y tratar de esquivar la sustancia no iba a funcionar de nuevo, lo tenía clarísimo. Por más vueltas que le daba, sólo quedaba una posibilidad, una con la que no quería contar, pero que ahora se le antojaba la última salida: la bolsa.

No quería usarla porque había vuelto a recordar.

Ahora sabía lo que se guardaba en el Almacén con tanto cuidado.

La sustancia vital de las personas que usaban los objetos. Estos servían como catalizador para absorber la energía y enviarlas a las botellas. Botellas que luego usaba Pan para… para… ¿para qué? No llegaba a más, no conseguía recordarlo, pero sabía que si volvía a usar un objeto casi toda su sustancia estaría en la botella. La primera vez que hizo uso de la cuerda para protegerse de las ratas en la granja se desmayó, pero ese no fue el único efecto secundario. Desde aquél momento se sentía extraño y ahora ya sabía por qué. Le faltaba parte de su vida, de su alma, de su esencia vital.

Y a pesar de ello no había otra salida.

Le daba miedo cómo podría afectarle. Probablemente volviera a perder el conocimiento, pero ahora estaban en El Borde, y eso sería

casi una sentencia de muerte. Y lo que más le preocupaba, independientemente de lo que le pudiera suceder a él… ¿serían capaces Manda y Jota de huir y dejarlo allí?

Si se quedaban a su lado, todo habría sido para nada.

Si las medusas no conseguían eliminarlos, el Borde usaría otro método. Más grande. Más fuerte. Mejor.

E iría incrementando su poder hasta conseguir el objetivo. Hasta arrastrarlos a los colores y hacer que se combinaran con ellos, hasta que consiguiera usar sus energías para crear otra cosa a partir de ella.

Mientras las medusas lanzaban su próximo ataque, pensó.

Pensó en los objetos que guardaba en su bolsa y se sorprendió al descubrir que era capaz de recordarlos a todos. A pesar de que había, literalmente, miles. Su cerebro actuaba como una perfecta base de datos en la que cada objeto estaba asociado a sus poderes, y a la frase o palabra que los activaba.

Todo eso, toda esa ingente cantidad de información perfectamente estructurada estaba al alcance de su mano, lista para ser utilizada a pesar de los devastadores efectos secundarios.

Ya había localizado al menos una decena de objetos que les permitirían salir de atolladero cuando las medusas lanzaron su siguiente ataque. Esta vez los escupitajos de sustancia no iban a tanta velocidad como la primera vez, pero a cambio había literalmente cientos de ellos. El Borde había cambiado de estrategia manteniendo las mismas defensas. No iba a jugar con ellos al juego del gato y el ratón.

Iba a arrasar la madriguera.

Walter miró con los ojos muy abiertos la barrera de sustancia que iba a destruir toda la zona sin remisión. En décimas de segundo decidió el objeto que necesitaba extraer de la bolsa bandolera de cuero y ésta lo puso al alcance de su mano. Desabrochó la correa que evitaba que se pudiera abrir involuntariamente, levantó la tapa e iba a extraer un muñeco parecido a los que se usan para practicar vudú, cuando la sangre se le heló en las venas.

Cómo había podido ser tan estúpido.

La frase de activación.

Cómo demonios iba a pronunciar la frase de activación en un lugar en el que el sonido no existía.

CAPÍTULO 18

El héroe inesperado, o un juego de adivinanzas a destiempo

Las manchas de sustancia se habían agrupado en una sola que avanzaba inmisericorde hacia ellos. Nada iba a poder evitar que aquella masa llegase en cuestión de minutos y los atrapase contra la membrana. Luego, pasado un tiempo, se separaría desgarrando la membrana y arrastrándolos a ellos junto a los restos, hacia…

Hacia los colores.

Omnipresentes, todopoderosos, despiadados.

Y aunque tenía a su alcance un arsenal con las armas más poderosas del Universo, no podía activarlas. No podía usar su voz. Nadie podía usarla allí porque el sonido no existía.

—¿Nos vamos ya? Este sitio no me gusta *nada ni un poco siquiera* —dijo Jota, apartándose por primera vez en todo el trayecto del cuello de Manda.

Walter abrió los ojos tanto que parecía que iban a salirse de las órbitas.

Sonido.

Jota podía emitir sonido,no sabía cómo, ni por qué, pero podía.

Quizás por ser un habitante del mundo del otro lado de la membrana, la cuestión era que ahora no pensaba ponerle ni un solo pero. Ahora tenían segundos para conseguir que Jota activara el objeto.

Una tarea casi tan imposible como parar las medusas.

Sin dejar de controlar la mancha que cada vez tapaba más la vista conforme se acercaba, Walter bajó a Jota de los brazos de Manda y lo puso en el suelo, a la vez que comenzaba un juego de las adivinanzas a contrarreloj, con un premio muy especial para el ganador: sus vidas.

Walter se golpeó con los dedos la garganta, luego se señaló la boca abierta y negó con la cabeza, bajo la atenta mirada de Jota. Una vez finalizó el espectáculo, el Cobb miró a Manda fijamente antes de hablar de nuevo.

—¿Qué le pasa?¿Por qué no habla *nada de nada en absoluto*? —preguntó en un tono perfectamente audible que contrastaba con el silencio absoluto del entorno.

Manda negó con la cabeza y repitió los gestos de Walter.

—¿No podéis hablar nada de nada ninguno?¿Habéis bebido agua

muy excesivamente fría?

Walter no lo dejó seguir perdiendo el tiempo, porque en aquel momento era el bien más preciado del que disponían, y se les acababa a pasos agigantados. Le tocó el hombro para llamar su atención y lo hizo girarse hacia los colores, que ya apenas se veían, eclipsados por la amalgama de sustancia que los iba a absorber en cuestión de segundos. Jota corrió hacia Manda y se ocultó tras sus piernas.

—N… no tengas miedo. Yo te *protegeré protegiéndote* —le dijo, con un temblor en la voz que no pudo disimular.

Walter se arrastró hasta allí sin dejar pasar ni un instante más y lo miró fijamente a los ojos. Luego intentó dibujar con los labios un par de palabras. Jota los miraba absorto mientras repetía con sus propios labios los mismos movimientos.

—Muy importante. ¡Has dicho muy importante! ¡*Importante importantísimo* de verdad!

Walter saltó de alegría, y una sonrisa se le dibujó de oreja a oreja. Había una oportunidad después de todo. Jota estaba exultante, orgulloso de sí mismo. Pero lo dificil venía ahora. Metió la mano en la bolsa y extrajo el muñeco. Luego, se lo dio a Jota. La sustancia estaba ya tan cerca que casi se podía oler. Un olor dulzón, como de algodón de azucar, mezclado con algo químico.

Jota miró el muñeco, como preguntándose a qué venía eso, y enseguida desvió la vista hacia la sustancia. Parecía estar ejerciendo algún tipo de fuerza de atracción sobre ellos. El pelo de Jota se erizó y apuntó hacia la masa.

—No me gusta eso —dijo señalando la sustancia—. Ni me gusta *nada ni un poquito siquiera* el muñeco. Es muy feo y me quiero ir.

Walter le cogió la mano en la que sostenía el muñeco y se la pegó al pecho, como indicando que debía protegerlo. Jota lo miraba, esperando una nueva pista acerca de lo que debía hacer ahora, con los inmensos ojos negros fijos en él. El chico miró a la sustancia y casi perdió toda esperanza. Agarró a Manda y la arrodilló junto a Jota, indicándole por señas que lo abrazara. Jota se acurrucó contra ella, y Walter tuvo que insistir para que el Cobb le prestara atención de nuevo.

Ahora venía lo más difícil, e iban a necesitar toda la suerte del mundo. Toda la de éste y la del de arriba.

Walter comenzó a dibujar con los labios las vocales. A, E, I…

Jota lo cogió a la primera, y repitió en voz alta.

—A, e, i

Al llegar a la tercera vocal, Walter le tapó la boca con la mano.

—¿Por qué *has hecho eso haciéndolo*?¿No quieres que hable más?

Walter negó con la cabeza. Volvió a dibujar las vocales mientras marcaba con los dedos. A es uno, E es dos, e I es tres. Ahí se detuvo y

marcó exageradamente el tres a la vez que trataba de pronunciar la tercera vocal sin emitir sonido alguno.

—¿La letra I?¿Quieres que diga la letra I?

Walter sacudió la cabeza de forma afirmativa. Había que seguir urgentemente. Respiró hondo, le puso la mano en el pecho a Jota, y negó con la cabeza.

—¿No?¿Por qué no?¿El qué no?¿Ya no quieres querer que sigamos jugando? Mejor nos vamos, tengo un poco de miedo

Aquello iba a ser imposible. Y sin embargo, no había otra. Volvió a respirar hondo, repitió el gesto de negación, y cuando Jota iba a comenzar con su retahíla, le tapó la boca. Solo la N. Necesitaba por Dios que Jota entendiese que sólo quería la N. La muerte se acercaba a ellos en forma de sustancia desconocida, y cada vez faltaba menos.

—N. La letra N, que con la I de antes, hace IN —dijo Jota, y a Walter casi se le saltaron las lágrimas de alegría. Aplaudió sin sonido, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿*Ganamos ganando*?¿Lo estoy haciendo bien? Me quiero ir —suplicó, mirando de reojo a la masa. Ya no se veían los colores. Sólo la sustancia.

Walter levantó la mano pidiéndole calma. Le hubiese encantado poderle decir que siguiera así, que lo estaba haciendo muy bien, pero que casi no quedaba tiempo, pero era imposible. Le puso la mano en el lado izquierdo del pecho, y golpeó rítmicamente. Un-dos, parada. Un dos, parada. Lo hizo un par de veces, y luego unió los dedos índice de ambas manos, uña contra uña, y al mismo tiempo la yema de un pulgar contra la de otro. El dibujo que formó con ambas manos junto a los golpes rítmicos no dejaba lugar a dudas acerca de lo que quería decir. Ahora sólo faltaba que Jota lo entendiera. Y por suerte, lo hizo a la primera.

—Es un corazón. *Pum-pum latido-latido* corazón.

Una puerta a la esperanza. Walter no quería mirar lo cerca que estaba la sustancia, ni siquiera era necesario. Sentía su atracción de la misma forma en que un mosquito puede sentir la de la lámpara ultravioleta que va a acabar con su vida. Levantó tres dedos de la mano. Jota lo miró inexpresivo. No tenía ni idea de qué le quería decir.

—¿Corazón? —intentó repetir, pero Jota le tapó la boca antes de que acabara la palabra, que quedó incompleta. Cor. Sólo pudo decir cor—. *COR*. Y antes, *IN*. Eso hace *INCOR*. *Incorincorincorincor*…

Walter tuvo que taparle la boca para pararlo. Todo estaba saliendo tan rematadamente bien que le había abierto una puerta a la esperanza. Quizás después de todo sí que pudieran conseguirlo. Y ahora… ¿qué más? Se acababa de quedar bloqueado. Había tenido una seguridad tan completa de que iba a ser imposible que ahora no

sabía por dónde seguir. Algo que Jota pudiese conocer, que pudiese acortar al igual que había hecho con corazón.

porexpan - portal - portero -porra - porquería - poroso

Sólo se le ocurrían palabras que, o bien Jota no iba a conocer, o bien eran muy difíciles de representar por señas, tanto más aún con la presión de la sustancia, que se encontraba ya casi al alcance de la mano. El ambiente se cargó de electricidad estática, y Walter comenzó a repetir para sus adentros

por - por - por - por - por - por

moviendo los labios, leyendo la palabra, exprimiéndose el cerebro para intentar encontrar un símil, una palabra que Jota pudiera…

—*Por* —dijo el pequeño Cobb. A Walter le dio un vuelco el corazón y los ojos se le anegaron en lágrimas. Jota había sido capaz de leerle los labios—. *INCORPOR* —dijo exultante.

La sustancia tocó contra la membrana al principio del monte. En cualquier otra parte, se habría oído un sonido de succión escalofriante. Allí, siguió reinando el silencio, aunque el tiempo había llegado a su fin. Manda gritó en silencio mirando hacia el lugar desde el que llegaba la muerte. La sustancia se iba pegando a la membrana a una velocidad endiablada, acercándose cada vez más a donde estaban ellos tres. Walter se obligó a seguir. Ya casi estaba.

Miró fijamente a Jota, y dijo sin sonido la letra E, a la vez que levantaba dos dedos de la mano. La segunda vocal. Jota la leyó en voz alta a la primera.

El suelo comenzó a temblar. La sustancia ya estaba llegando. Un par de metros a lo sumo.

Walter fue a por la última letra. No quería quedarse a las puertas. No podía. No podían.

Abrió la boca e intentó pronunciar la letra A al mismo tiempo que levantaba tan sólo un dedo de la mano. Primera vocal.

La sustancia rozó el zapato de Manda y se adhirió a él, arrastrándola con violencia hacia la pared. una milésima de segundo antes de que la arrancara del abrazo de Jota, éste dijo en voz alta

—*Incorpórea*

pero la sustancia no se detuvo. Los engulló a los tres de la misma manera en la que la lava de un volcán en erupción arrasa con todo lo que se encuentra a su paso. Y tal como lo hizo, siguió su camino hacia la membrana, atravesándolos a ellos como si fuesen fantasmas. Manda fue a tocarse el tobillo —que se hubiese fracturado por tres o cuatro sitios si Jota hubiera tardado tan sólo un segundo más en pronunciar la palabra—, pero la mano lo atravesó como si fuese una proyección holográfica. La chica levantó las manos ante los ojos, y vio a través de ellas. Giró la cabeza hacia Walter, y él también parecía sacado de una escena del cuento de Navidad de Dickens. Jota estaba sentado en el

suelo, confundido, como si no supiera muy bien de qué iba todo aquello. Walter les hizo señas de que debían irse, y en ese momento la sustancia se despegó de la pared. La membrana se convirtió en un inmenso desgarro, que tarde o temprano pasaría factura a aquella parte del mundo que Pan había construido. En el camino de vuelta, también los atravesó sin causarles daño alguno. Los tres amigos se quedaron mirando durante unos segundos el viaje de vuelta de la sustancia hacia los colores con su carga extra de membrana. También había arrancado parte de las entrañas del monte, de manera que llevaban una amalgama de piedras y tierra consigo. Material que serviría de alimento a los colores.

Walter decidió no esperar a que El Borde diseñara una nueva jugada, y les hizo seña a sus amigos para que corriesen tras él. Jota tenía pinta de no ser capaz de dar dos pasos seguidos, pero no había manera de tomarlo en brazos o cargar con él en ese estado intangible, así que se movieron a su ritmo, como sonámbulos en medio de una pesadilla.

Hacia el final del monte.

Hacia la salida de El Borde.

El Almacén

Capítulo 19

El Almacén al fin, o los restos de un incendio de hace tiempo

—Lo hemos conseguido… parece mentira, pero lo hemos conseguido.. —susurró Manda al atravesar la membrana y abandonar El Borde. Nunca se puede decir de este agua no beberé, pero por lo que a ella incumbía, ni aunque se estuviese muriendo de sed iba a poner un pie de nuevo en aquel lugar maldito. Se habían tirado al suelo nada más salir, y allí seguían, tratando de recuperarse. Aún seguían siendo intangibles, de hecho Manda observaba absorta como, si intentaba tocar las palmas, una de sus manos atravesaba a la otra.

—Yo no seguiría haciendo eso —le advirtió Walter, tratando de recuperar el aliento.

—¿Por qué? —preguntó ella sin hacerle caso. El efecto era hipnótico.

—Porque supongo que la intangibilidad puede desaparecer en cualquier momento, y si cuando lo haga tus manos están una dentro de la otra, pues…

Manda separó de inmediato sus manos dando un respingo.

—Vale —susurró—. Me has convencido. ¿Cómo ves a Jota?

—Está dormido, pero supongo que es normal. Es muy pequeño, el esfuerzo lo habrá dejado agotado —dijo. El pequeño Cobb estaba tumbado en el suelo con los ojos cerrados. Respiraba plácidamente, como si durmiese en su cama tras un día agotador.

—¿Qué es lo que sucede cuando se usa un objeto? —preguntó Manda—. A ti te ocurrió lo mismo en la granja.

Walter sopesó si debía contarle lo que había recordado en El Borde. Tras unos segundos de duda, pensó que era lo mejor.

—Cuando estábamos allí dentro, he recordado algo. Sé lo que pasa cuando alguien usa uno de los objetos. Su esencia, su energía vital, o como quieras llamarlo, abandona su cuerpo. Bueno, no toda, porque eso significaría la muerte instantánea, pero sí una buena parte de ella… y va a parar al Almacén. Eso es lo que él guarda allí —se cuidó de no pronunciar el nombre de Pan para no ponerlo sobre aviso—. Una colección de botellas en las que va entrando la esencia vital de la persona que usa el objeto.

—Quieres… ¿Quieres decir que parte de tu esencia vital abandonó tu cuerpo y está ahora en alguna parte metida en una botella junto a

la de todas las personas que han usado los objetos?

—No es exactamente así. Una botella por persona, perfectamente almacenada y cuidada en las estanterías, dentro del Almacén…

Manda se quedó un instante pensativa, tratando de imaginar un inmenso almacén con interminables hileras de botellas… ¿cada una de ellas etiquetada con el nombre del dueño de la esencia que contenía? Sonaba tan ridículo que parecía una broma, aunque era más que evidente que Walter estaba hablando en serio.

—¿Cómo es? Quiero decir… ¿qué se siente al perder parte de la esencia o como quiera que se llame?¿Te sientes raro?

Walter tuvo que pensar un rato la respuesta. Jota, como si estuviese en la conversación y la pregunta le hubiese incomodado, cambió de postura y al hacerlo soltó un pequeño quejido.

—Cansancio, sobre todo al principio, supongo. Pero luego sientes que te falta algo. Es como si te hubiesen quitado parte de tus experiencias para dejar sitio en el *disco duro*. No sé si me explico… aunque en mi caso parece que además está despertando los recuerdos que tengo almacenados en alguna parte a la que no puedo llegar…

Manda no pudo reprimir un escalofrío.

—Espero no tener que usar uno de esos objetos nunca —dijo, señalando la bandolera.

—Yo espero que no tengamos que volver a hacerlo ninguno de los tres. No sé si yo sería capaz de resistirlo, pero estoy convencido de que una vez más acabaría con Jota.

Manda miró al Cobb con gratitud. A pesar de lo pequeño que era, si no hubiese sido por él ahora estarían los tres desintegrándose entre los colores.

—¿Qué ocurre si se agota la energía vital? —preguntó Manda, y la respuesta le pareció tan evidente que se arrepintió de haber hecho la pregunta al instante. Walter, en cualquier caso, no respondió. Se limitó a apartar la vista y mirar hacia el horizonte.

—¿Dónde hemos salido? —preguntó para cambiar de tema antes de que les empezase a afectar más de la cuenta—. ¿Estamos cerca de donde piensas que puede estar el Almacén?

—Pues si te digo la verdad, no tengo ni idea —le respondió Manda poniéndose en pie y mirando alrededor. El efecto de ver las cosas a través de su cuerpo era, cuanto menos, inquietante—. El viaje por El Borde me ha desorientado por completo.

—Quizás si subes unos metros puedas tener mejor vista —le dijo Walter señalando el monte que había estado a punto, visto desde el otro lado de la membrana, de ser su tumba. Era cierto que el lugar por el que habían emergido desde el otro lado no era en absoluto un buen lugar de observación, rodeado de maleza, a la ladera del monte y en una leve hondonada. Hizo el gesto de levantarse, y Manda le tendió la

mano para ayudarle de forma instintiva. Ambos sintieron el contacto de la piel del otro.

—¡Eh, fíjate! —soltó Manda mirándose las manos. Habían vuelto a ser sólidas junto al resto de su cuerpo.

—Justo a tiempo, supongo. Vamos a ver qué tal está el pequeño —dijo Walter acercándose a Jota y poniéndole la mano en el hombro— ¡Eh, amigo!¿Qué tal te encuentras?

—*Mmmm*… Mamá, sólo un *pocopoquito* más… Estoy muy *cansaddd*…

La última palabra se quedó a medias.

—No parece que esté del todo mal. Rendido, pero es normal. Saldrá de esta si lo dejamos reponerse. Sube a ver si reconoces algo, pero ten cuidado, que la ladera parece resbaladiza con tanta tierra y piedras sueltas, recuerda que ya no eres incorpórea —bromeó.

Manda le hizo burla sacando la lengua y comenzó a ascender. La pendiente no era en absoluto empinada, pero Walter estaba en lo cierto. Era muy resbaladiza, y cualquier paso en falso podría hacerla rodar cuesta abajo. Caminó una distancia que le pareció la suficiente como para ganar cierta altura, y se giró a mirar.

—Mierda —susurró en voz baja—. Desde aquel privilegiado punto de vista tenía acceso a casi todo lo que habían recorrido. A la derecha, en el extremo más alejado se alcanzaba a ver una estructura que debía ser la granja, el punto por el que había accedido al lugar más terrorífico que había pisado en su vida: El Borde. Al frente, a cierta distancia, se veía el poblado, que se correspondía casa por casa con su urbanización, cada una de ellas convenientemente *hobbitizada* —acababa de acuñar el término—, eso sí, modificada de manera que conservara su estructura original, pero la deformaba haciendo que pareciese haberse escapado de un cuento de hadas. Vio la escombrera —su punto de retorno al mundo normal—, y siguió con la vista la avenida que, en el mundo de arriba, desembocaría en el Centro Comercial.

Sin embargo, allí no había nada. O bien la cápsula que había creado Pan no incluía los terrenos en los que se encontraba —más Borde por aquella zona no, por favor—, o algo los había derruido hasta el punto de no dejar rastro más allá de los restos herrumbrosos de su estructura. Rezó porque la equivalencia con el mundo real no se hubiese mantenido al cien por ciento en este caso mientras descendía al encuentro de los chicos.

—¿Qué tal? —preguntó Walter con los brazos en jarras al verla llegar.

—No del todo bien… O sea, estamos cerca, pero no veo la estructura del centro comercial. Tan sólo se ven restos, como si en algún momento hubiera habido algo ahí. Quizás lo destruyó un

incendio, o algo así

—El *Gran Incendio de la quema de todas las cosas*…

Aunque Jota seguía sentado en el suelo, se había incorporado, y se sujetaba la frente con una mano. Sus grandes ojos negros los miraban sin llegar a abrirse del todo, pero el hecho de que se hubiese metido en medio de una conversación, como de costumbre, era muy buena señal.

—¡Jota! —exclamó Manda y se lanzó a abrazarlo. Él, por supuesto, se dejó con muchísimo gusto—. ¡Estás mejor!

—*Muy mejor* —dijo, sacando biceps, si es que tenía de eso bajo la capa de pelo.

—Nos has salvado, pequeñín. ¡Lo has hecho genial! —le dijo Walter revolviéndole el flequillo. Jota pareció sonrojarse, aunque en realidad fuese imposible comprobarlo porque el pelo apenas dejaba un milímetro cuadrado sin cubrir en su cara.

—Sí, pero ya no voy a querer *jugar jugando* a las adivinanzas más, ¿eh?

Manda y Walter rieron con ganas. Los ojos de Jota saltaron de uno a otro alternativamente, tratando de descubrir el motivo de las risas sin conseguirlo, así que se encogió de hombros y se apuntó también. Si había alguien capaz de reír hasta la extenuación en el poblado, ese era aquél pequeño Cobb, si señor.

—Habías dicho algo de un incendio —le preguntó Manda cuando dejaron de dolerle los músculos de tanto reírse. La verdad era que para sacarle información a Jota acerca de cualquier tema, no había que esforzarse demasiado.

—*Sísisisisisi*… *Anteshacemuchotiempo* había allí un gran mercado en el que todo el mundo compraba *las muchas cosas* que necesitaba, pero *luegoundía* las llamas se lo comieron todo… Ya *nadie nunca jamás de los jamases* se acerca por allí porque dicen que hay algo maldito en las ruinas. Es *yuyu* del bueno...

Walter y Manda se miraron.

—Me cuadra. Mercado y centro comercial —dijo ella—. Pero si ya no existe, me quedo sin opciones para situar el Almacén, salvo que se encuentre en el sótano de una casa, o qué sé yo…

—El Almacén es inmenso —le cortó Walter—. No es posible que se encuentre en el sótano de una sola casa, la única posibilidad sería que los sótanos de la mayoría de las casas del pueblo estuviesen interconectados entre sí… y probablemente ni así. La verdad es que tengo flashes fugaces de un sitio —explicó masajeándose las sienes—. Estoy casi seguro que corresponden al Almacén, aunque no soy capaz de fijarlos, cuando intento centrarme en ellos se disuelven y salen volando como mariposas… En cualquier caso, esos flashes no parecen sótanos de casas, es un espacio muy grande, inmenso… pero no

consigo recordar nada más....

Manda se quedó unos instantes con la vista fija en el infinito, como si supiera que tenía algo importante justo delante de sus narices pero no fuese capaz de fijarlo. La sensación había venido de la mano con lo que Walter le acababa de contar, así que estaba diseccionando cada frase en busca de…

—¡Joder!¡Seré estúpida!¡Claro que sí!

—¿Qué me estoy perdiendo? —le preguntó Walter.

—Te estás perdiendo que lo teníamos delante de las narices y lo íbamos a pasar por alto… Si tú tuvieras algo muy importante que guardar… tus bienes más preciados… ¿Los pondrías a la vista de todos por muy todopoderoso que fueses o muchas patrullas que tuvieses vigilándolos, o pondrías algo de tu parte para no tenerlos al alcance de todo el mundo?

—Supongo que elegiría la segunda opción, pero no te sigo… no sé a dónde quieres ir a parar…

—Si él —estuvo a punto de decir Pan, pero se detuvo a tiempo— hubiese guardado toda esa cantidad de botellas con energía vital que dices que colecciona en el Mercado, seguramente estaría preocupado a cada instante por lo que les pudiera pasar, pero… ¿y si provocaba un incendio terrible en el Almacén que lo arrasara por completo y luego hiciera circular el rumor de una supuesta maldición?

—Nadie se acercaría por allí… lo cual ya no tendría la más mínima importancia, porque has pasado por alto el pequeño detalle de que ya no hay nada, que no hay sitio en el que guardar las botellas, nada de nada…

—...a menos que vayas al Mercado en coche, claro —completó Manda.

—¿Coche?¿Cómo que en coche? No… —y entonces lo vio, como si alguien hubiese dejado caer el velo que le cubría los ojos—. El aparcamiento…

—¡Bingo! —sonrió Manda—. Un inmenso aparcamiento subterráneo de dos plantas en la realidad, que se corresponderán aquí con…

—Con un inmenso Almacén lleno de estanterías, y cada una de ellas repleta de filas de botellas… El tesoro de nuestro amigo —acabó la frase Walter—. El sitio que veo en mis recuerdos…

Capítulo 20

Las patrullas que ya no son invisibles, o la entrada oculta al Almacén subterráneo

Los tres amigos tardaron poco más de una hora en recorrer la distancia que los separaba de los restos calcinados del lugar que antes había sido un mercado. Aunque Jota decía que hacía *muchomuchísimo* tiempo del incendio, el olor a quemado era aún bastante desagradable.

Manda se preguntó cuánto sería mucho tiempo desde el punto de vista del pequeño Cobb. Había dado por hecho que vivían en las mismas escalas de tiempo, pero recordó haber oído hablar de la equivalencia entre años humanos y años caninos (un año humano equivalía a seis o siete de perro, creía recordar). Estaba convencida de que nadie habría buscado esa equivalencia entre años humanos y años Cobb, pero suponía que no sería de uno a uno, que probablemente un año humano diese para mucho desde el punto de vista Cobb.

En cualquier caso, allí estaban y era incontestable que el fuego no se había apagado hacía tanto tiempo como contaba Jota. Estaban los tres tumbados en el suelo para evitar ser vistos mientras echaban un vistazo, porque no era lógico que Pan dejase algo tan valioso sin vigilancia, y eso saltó a la vista enseguida.

El Mercado, como lo llamó Jota, debía haber sido una construcción inmensa para los medios de las gentes del pueblo, aunque eso daba igual, estaba claro que todo allí, desde las casas a la granja pasando por el ya inexistente mercado habían sido modelados, construidos, o como se le quisiera llamar, por el todopoderoso Pan.

A pesar del incendio, parte de la estructura seguía en pie. Inmensas vigas delimitaban lo que habría sido el contorno de la gigantesca construcción; aunque el fuego se había tomado muy en serio su papel destructor, había dejado lo suficiente en pie como para alimentar las leyendas en las gentes del poblado. De todos modos, Manda dudaba de que nadie con dos dedos de frente se aventurase a meterse bajo aquellas pantagruélicas vigas de madera requemada que podían venirse abajo en cualquier momento.

—No parece que haya nada por aquí… ¿no? —preguntó Walter. En voz baja, tan sólo por si acaso.

—Espera. Estoy tratando de situarme… Si consigo saber exactamente desde qué ángulo estoy mirando al *centro comercial* —entrecomilló con los dedos—, podré localizar el punto exacto desde el

que acceder al aparcamiento subterráneo. Espero que eso también lo respete *nuestro amigo* —otro eufemismo para evitar nombrar a Pan— a la hora de construir su versión de lo de arriba.

Lo que acababa de decir le sonaba a ciencia ficción, pero así era. Un tipo con poderes similares a los de ¿Dios? había hecho una versión del mundo de arriba, la había encerrado en una burbuja rodeada por algo que podría ser la materia prima de la que se construyó el Universo, y se dedicaba, por diversión, por afán de coleccionismo, o vete tú a saber por qué, a pasearse por su urbanización convenciendo a la gente de que usaran objetos mágicos para hacer realidad sus deseos, porque a cada nuevo uso ese objeto iba drenando su energía vital, que acababa yendo a parar a unas botellas que el tipo coleccionaba en un inmenso almacén repleto de estanterías.

De ahí se sacaba Stephen King una trilogía como mínimo. Una nueva *Torre Oscura* si lo pillaba con ganas de escribir.

—*Cuidadocuidadocuidado. Ssssh* —susurró Jota. Walter y Manda le hicieron caso de inmediato. Al principio creyeron que no ocurría nada, que había sido un cruce de cables del pequeñajo, pero de pronto la vieron materializarse ante sus ojos. Parecía que el contador de tiempo habitando el mundo de abajo había avanzado lo suficiente como para que pudiesen ver las patrullas.

Y ellos hubiesen dado todo lo que tenían por poder seguir sin verlas.

La patrulla estaba formada por un amasijo de seres gigantescos, parecidos a erizos de mar, que hubiesen decidido sustituir sus púas por tentáculos finos como patas de ciempiés. Repartidos, al parecer de manera aleatoria por su superficie, cientos de ojillos escrutaban el perímetro en todas direcciones. Aquellos seres eran la más efectiva cámara de vigilancia orgánica jamás creada. Era imposible que nada se cruzase en su camino sin ser visto. Y cualquier cosa digna de reseñar que ocurriese a su alrededor sería inmediatamente comunicada al Señor Comadreja y, por añadidura, a Pan.

Todos contuvieron la respiración hasta que la amalgama de seres que conformaban la patrulla se alejó.

—Que… qué cosa más horrible —balbuceó Manda.

—Son *feosfeosfeos* y *malosmalosmalos*. Mejor no cruzarse con la patrulla si no quieres tener problemas, no señor.

Jota se mantuvo en silencio un rato con los ojos cerrados, lo que era bastante reseñable en él. Manda tomó nota mental para preguntarle en otro momento menos complicado si había tenido algún roce con una patrulla, aunque en aquél momento ella hubiera puesto la mano en el fuego a que así había sido. Volvió a centrarse en buscar algo que pudiese identificar con el mundo real para así localizar la entrada a los aparcamientos.

—Mira… ¿ves aquél árbol calcinado, allá al fondo? —dijo Manda incorporándose—. Junto a la estructura, en la viga que sobresale de las demás —le preguntó a Walter.

—Sí… no queda mucho de él, pero por el diámetro del tocón debió ser un árbol bastante grande… —le respondió Walter poniéndose también en pie.

—Allá arriba hay un ficus inmenso en una rotonda justo enfrente de la entrada del parking. Quizás sea esa la señal que estamos buscando. Tampoco tenemos mucho más donde elegir. ¿Lo intentamos? —preguntó, extendiendo la mano al frente y dejándola allí, con la palma mirando hacia el suelo. Walter apenas tardó unos segundos en colocar la suya encima, y Manda volvió a sentir una extraña electricidad recorriendo su cuerpo. Jota los miró a los dos. Sus ojos saltaron de uno al otro y del otro al uno unas cuantas veces.

—¿No te apuntas? —le preguntó Walter.

—Es que no llego —dijo él poniéndose de puntillas. Ni aún así llegaba a colocar su mano en la de los dos amigos, que clavaron una rodilla en el suelo entre risas. Ahora sí, la mano de Jota se unió a la de los dos, y todos sintieron como si se hubiese cerrado un círculo.

Como si todo no tuviese más remedio que ir bien.

Rieron juntos, y Manda no pudo evitar un escalofrío al pensar que quizás esas fuesen las últimas risas que iban a compartir los tres.

No se movieron hasta estar completamente seguros de que no había ninguna patrulla rondando por los alrededores, y aún así, lo volvieron a comprobar un par de veces antes de echar a correr hacia los restos del árbol. Los crujidos de los restos calcinados del incendio al caminar sobre ellos les parecieron tan escandalosos como para alertar al resto del mundo, aunque en realidad apenas eran perceptibles.

En cuestión de segundos estaban agazapados tras el inmenso tocón ennegrecido. Lo primero que hicieron fue asegurarse de que no había ninguna patrulla en los alrededores. Luego, Manda escudriñó la zona en la que, de estar en lo cierto, debía encontrarse la entrada al aparcamiento subterráneo. El primer vistazo fue descorazonador, porque más allá de los restos amontonados del incendio, poco más había que reseñar. Ella esperaba haberse encontrado una entrada al subterráneo similar a la que había en el mundo real, aunque pensándolo friamente… ¿qué sentido tenía? ¿Para qué necesitaban allí un acceso tan grande?

Quizás se estaba equivocando de pleno. Estaba buscando un acceso lo bastante grande como para que pudiese colarse por él un coche familiar. Volvió a mirar de nuevo, pero esta vez centrándose en los detalles. Cualquier detalle.

—¡Allí! —exclamó. Walter tuvo que tirar de ella para esconderla

de nuevo tras el tocón.

—¿Qué haces, estás loca?

—Perdón, me dejé llevar —se disculpó bajando la voz—. Creo que he encontrado la entrada, Mira allí… es el único espacio que coincide más o menos con el lugar en el que se debería encontrar la entrada, comparándolo con su localización allá arriba, en el que no se ve el suelo. Todo lo demás está a la vista, pero aquello… aquello parece amontonado a posta para ocultar algo.

Y ciertamente, lo parecía. Todo a su alrededor tenía el aspecto de haber sido limpiado a conciencia para permitir el acceso a la zona. Los restos de ceniza, de madera, habían sido apartados, dejando el suelo libre de restos, hasta llegar a un punto en el que se agolpaban varios trozos ennegrecidos de madera, como si alguien se hubiera molestado en apilarlos para que no ocupasen espacio.

—Pues el siguiente paso está claro —dijo Walter—. No nos queda otra que ir y comprobarlo…

—¿Vamos a entrar *abajodebajo* del sitio maldito? —preguntó Jota.

—Pusiste la mano encima de las nuestras —le dijo Walter medio en broma, como si aquel acto tuviese la validez de una firma en un documento oficial. Jota bajó la vista hacia el suelo, como si estuviese librando una lucha interna consigo mismo.

—Vale, entonces si hay que hacerlo, se hace, sí —dijo finalmente.

Los tres salieron corriendo, ligeramente agachapados, para hacerse menos visibles, si es que ello era posible casi a campo abierto. En cuestión de segundos llegaron al sitio en el que se agolpaban los restos de madera calcinados. El suelo, como sospecharon, estaba casi limpio de ceniza, y se adivinaban restos de huellas, de pisadas furtivas. Manda fue apartando las maderas con cuidado, pasándoselas a Walter para que las pusiera en un sitio en el que no molestaran. En un rato sus manos tenían todo el aspecto de haberse dado un enjuague con tinta china. Según la escala de tiempo de Jota el incendio sucedió hacía mucho, pero aquellas maderas tiznaban como si las ascuas acabaran de apagarse tan solo unas horas antes.

Bajo las maderas, había una trampilla.

—¡Bingo! —exclamó Manda.

—*¡Gingo*! —dijo Jota—. ¿Qué es *Gingo*? —preguntó sin darle apenas tiempo a respirar.

—Es una expresión que se dice cuando las cosas salen como tenías previsto —le explicó Walter.

—¡Bien!¡Pues *Gingodosveces* entonces! —soltó, provocando la sonrisa de sus dos amigos.

—Bueno, allá vamos, ¿no? —preguntó Manda sosteniendo el tirador de la trampilla con ambas manos. Si hubiera podido elegir, habría decidido que su necesidad de aventuras, de emociones fuertes,

estaba más que cubierta, pero allí estaban y ya no había marcha atrás. Walter echó un vistazo alrededor para asegurarse de que no se acercaba ninguna patrulla.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó. La trampilla tenía aspecto de ser muy pesada, de madera maciza, y sin embargo se abrió en cuanto Manda tiró de ella, como si tuviese unos pistones de aire comprimido a los lados.

—Parece que no —respondió ella mirando al interior. En comparación con el exterior, allá abajo estaba oscuro como la boca de un lobo. Walter apretó la maleta contra su costado, y se dispusieron a bajar. Primero lo hizo Walter seguido de Jota, y por último Manda, que se encargó de cerrar la trampilla tras de sí. Cruzó los dedos porque nadie se diese cuenta de que la madera estaba amontonada en un lugar distinto al que le correspondía.

Fuera, las patrullas dejaron el recorrido programado que estaban siguiendo por el perímetro de los restos calcinados del mercado y se dirigieron a la trampilla. Cientos de ojos registraron el montón de maderas calcinadas fuera del lugar que les correspondía

Abajo, en algún lugar del Almacén, el Señor Comadreja se acercó con paso apresurado a los aposentos de su amo, y golpeó en la puerta con los nudillos, con una urgencia que no se veía a menudo por aquellos lares.

—Señor, ya están aquí —dijo.

—Estupendo —le respondió Pan, levantándose de la mesa en la que estaba realizando alguna tarea tan oscura como su propia alma, y recogiendo su chaqueta roja del perchero—. Comienza el último acto. Pongámosles las cosas difíciles para que alcancen su objetivo, ¿no?

Al salir de sus aposentos y pasar junto al Señor Comadreja, éste hubiera podido jurar que los ojos de su señor brillaban con la fuerza de mil soles.

Capítulo 21

Un laberinto de estanterías vacías, o un reencuentro entre botellas

Los tres amigos esperaron al pie de la escalera que descendía desde la trampilla hasta el suelo en silencio absoluto. La oscuridad allá abajo no era total ni mucho menos, unas luces de gas anaranjadas iluminaban lo suficiente como para moverse sin riesgo de accidentes, pero ellos venían del sol directo, por lo que tuvieron que esperar a que sus ojos se acostumbrasen a la nueva realidad en la que se encontraban.

Tras unos segundos de espera, ya fueron capaces de captar sin problemas los detalles de lo que les rodeaba. Se encontraban en una sala pequeña, una especie de recibidor, por llamarlo de alguna manera.

«Una especie de sala de despresurización antes de pasar al Almacén», pensó Manda sin saber por qué.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo ella, y le sonó ridículo. Aunque jamás en su vida le había ocurrido con anterioridad, comenzó a sentir un poco de claustrofobia al saberse bajo tierra—. ¿Algún recuerdo? —le preguntó a Walter. Éste negó con la cabeza.

—Tengo un *pocobastante* de miedo —dijo Jota. Manda se mordió la lengua para no decirle que ella también estaba asustada. No creía que eso fuese lo mejor para el pequeño en ese momento. Walter puso en palabras lo que a ella se le cruzaba por la mente.

—Jota… no tienes por qué estar aquí. Es peligroso… los dos te agradecemos muchísimo tu ayuda, de hecho sin ti no podríamos haberlo conseguido, pero —hizo una pausa y se arrodilló junto al pequeño Cobb para mirarlo cara a cara—, creo que ahora lo mejor que puedes hacer es volver a casa, descansar, y rezar por nosotros.

Esta última frase hizo que Manda sintiera escalofríos. Ella tampoco tenía por qué estar allí, tan sólo tenía que subir con Jota, acompañarlo hasta casa y luego subir a la viga que se convertiría en una tubería en cuanto caminase unos pasos, dejando atrás el callejón empedrado, las patrullas, los colores… y a Walter.

Quizás no hubiera debido seguirlo nunca, pero ahora no podía irse sin más. Necesitaba ayudarlo a saber quién era, a saber qué había ocurrido en aquel Almacén. Ayudarlo a saber si en aquél lugar fue donde su memoria se quedó en blanco, y por qué.

—*Tengonecesito* ayudaros a acabar con él y a encontrar a vuestro amigo—dijo Jota, sacando la espada de su funda al tercer intento, como de costumbre. La mantuvo en alto, mirando el reflejo de las luces anaranjadas en la hoja. Aunque su porte inspiraba más ternura que temor, Manda y Walter lo admiraron en silencio. Seguramente gente mucho más poderosa se habría arrugado ante la situación, y sin embargo allí estaba él, dando toda una lección de valentía.

Jota insistía en que en aquel Almacén había alguien del mundo de arriba que necesitaba su ayuda. Y ella había llegado a un punto de creer en lo inexplicable en el que no le extrañaría nada que así fuese.

—Uno para todos —dijo Manda en voz baja.

—¿De qué cosa? —preguntó Jota, provocando la risa de los dos chicos.

—Es un dicho que tenemos allá arriba —le explicó Manda—. Es de una novela de Alejandro Dumas, Los Tres Mosqueteros. Quiere decir que lo que le ocurra a uno, le ocurre a todos. Somos un equipo, y a la vez una sola persona. La respuesta es "y todos para uno".

Jota la miró con sus inmensos ojos oscuros que reflejaban el anaranjado de las luces de gas con muchísima más intensidad que la hoja de su espada. Pestañeó un par de veces.

—Creo que lo entiendo. Aunque la cosa se ponga complicada, estaremos juntos. Porque aquí abajo, los tres somos *Mosquiteros. Unoparatodosytodosparauno.*

Manda y Walter se miraron con una sonrisa mal disimulada..

—Pues vamos a hacer lo que quiera que sea que hemos venido a hacer aquí —dijo ella—. Y esperemos que recuperes la memoria conforme nos vayamos adentrando en el Almacén, porque me da que no va a ser un sitio muy recomendable.

—Vamos allá —dijo Walter, apretó la bolsa bandolera contra su cuerpo con más fuerza que nunca, y los tres salieron de la habitación que servía únicamente para mantener la entrada separada del resto de la construcción subterránea.

En otro punto del subterráneo, el Señor Comadreja, volcado totalmente en lo que iba a suceder, pendiente única y exclusivamente de las órdenes de su amo, se saltó su comprobación rutinaria de las botellas de las estanterías.

La botella etiquetada como Señor T, cuyo corcho no cierra del todo bien, se movió sobre el cuello de la botella por el empuje del muchacho atrapado en su interior y cayó al suelo.

—No me gusta esto. Demasiado tranquilo —susurró Walter. Sabía que se había metido en la boca del lobo, en la guarida de Pan con lo que él más anhelaba: los objetos que había ido recuperando, arrebatándole. Cientos, miles de objetos. Si Pan recuperase esa bolsa, todo el trabajo habría sido para nada. Y sin embargo, sabía que tenía que estar allí. En aquel momento, en aquel preciso lugar, con Manda y con Jota. No sabía por qué, pero lo sabía.

—No estoy segura de que debamos quejarnos por eso —le replicó Manda—. Quizás la vigilancia se centra en la parte de arriba. Al fin y al cabo, ¿quién en su sano juicio se iba a meter en la boca del lobo? Es como un servicio de alarma en el mundo real —casi le costó trabajo pronunciar la palabra. Apenas llevaba un día allá abajo y le parecía más real este mundo que el que había dejado arriba—. ¿Para qué va a vigilar el interior de la casa si ya se impide el paso desde fuera?

Jota los adelantó a los dos y asomó el hocico fuera de la puerta, espada en ristre.

—*Vámonosyéndonos*. Si viene alguien o algo lo oleré mucho antes de que *vuestros ojos de vosotros* lo vean —dijo, y como para demostrarlo, olisqueó el aire moviendo la nariz a lado y lado.

La habitación daba paso a un inmenso espacio diáfano. Manda, a pesar de la amplitud del habitáculo, volvió a sentir un acceso de claustrofobia. No existían paredes, los límites los marcaba la propia pared de tierra en la que se había —en la que Pan había— excavado el Almacén. Y sin embargo, no estaba vacía. Era un inmenso laberinto en el que las paredes las formaban estanterías y más estanterías vacías. Se sintieron como si observasen una inmensa librería antes de la inauguración, cuando aún no se han colocado los libros.

—Da grima —sentenció Manda—. ¿Alguna sensación, algún recuerdo? —le preguntó a Walter, pero éste negó con la cabeza.

Aquello no era el Almacén. Él había estado allí, y esto no era más que una mala copia, una cortina de humo para despistarlos. En el verdadero Almacén había miles de botellas. Aquellas estanterías vacías no eran más que una burla a su inteligencia, o quizás una forma de entretenerlos, de alejarlos de donde realmente debían estar.

El chico al que el Señor Comadreja había etiquetado como señor T se agachó junto a la estantería en la que se encontraba la botella de la que acababa de escapar. Esta vez no se iba a dejar atrapar de nuevo, porque no iba a intentar huir. Esta vez les iba a presentar batalla. A

esa repugnante rata, a sus patrullas y a su jefe.

Claro que él, en realidad, no conocía a Pan. Jamás lo había visto, porque de ser así, quizás se hubiese encaramado a toda prisa a la estantería, se habría vuelto a la botella y habría encajado el tapón en su sitio.

Sin embargo, se dispuso a abandonar el Almacén.

Y entonces vio la botella que habían alineado con la suya, y la tomó entre las manos.

—Señor P. Hoy es tu día de suerte. Necesito compañia… cuatro ojos ven más que dos, espero que no te asustes demasiado —dijo en voz alta, quitó el tapón, y vació la botella.

Pit se derramó sobre el suelo y se mantuvo en estado líquido unos instantes antes de poder recuperar su forma.

—¿Dónde estoy?¿DÓNDE ESTOY? —gritó, agarrándose la cabeza con ambas manos, tratando de mantener cada órgano en su sitio. La primera vez que se pasa del ser licuado al sólido es traumático, y la experiencia no mejora demasiado en las siguientes. La sensación agobiante de estar rodeado de estanterías, sin aire fresco que respirar fue superada por la sorpresa.

—Dios mío. Señor P. Pit. Eres tú, Pit —dijo el señor T.

—Estoy muerto, ¿verdad? He muerto y estoy en el purgatorio, o me he vuelto loco —le respondió él, sin poder pestañear siquiera.

—Soy yo, Pit —le dijo, incorporándose para que pudiera verlo—. Dios mío… he intentado pediros ayuda tantas, tantísimas veces… pero allá arriba no consigo hacerme entender… estoy prisionero, tanto o más que aquí...

Ambos se habían visto hacía muy poco tiempo, y a la vez un millón de años. La mañana del día anterior. Antes de la linterna, antes de la locura en la que se había convertido su vida. Lo había visto con Manda, mientras su madre le daba un paseo que se había tenido que acortar a causa del intenso calor.

—Tomás. Dios mío… ¿qué está pasando aquí? —preguntó Pit, y la memoria de todo lo que había sucedido con Paul, Mike y Charly lo arrasó como un tsunami. Se clavó de rodillas en el suelo, y vomitó una bocanada de bilis.

—¿Ahora por dónde? —preguntó Manda con un temblor en la voz que se le clavó en el alma. Ante ellos se abría una miríada de posibilidades, estrechos pasillos a los que apenas se podía acceder a menos que se entrase en ellos de lado, un hombro por delante del otro. Hacia cualquier dirección en la que se mirase, más de lo mismo: interminables estanterías desde el suelo hasta el techo conformando

un paisaje laberíntico y claustrofóbico.

—No te preocupes, daremos con la salida… es sólo cuestión de tiempo —le respondió Walter aparentando una tranquilidad que para nada sentía—. Ahora lo importante es que no nos separemos por nada del mundo —añadió, y se introdujo en uno de los pasillos. En cuanto lo hizo, la estantería se dobló por la mitad y se cerró tras él, como una puerta camuflada.

—¡Walter! —gritó Manda, golpeando con los puños cerrados la lámina trasera de las estanterías. Era de madera maciza, y los golpes sonaron sordos, ahogados. El ambiente se llenó con los ecos de una risa lejana.

—¡Joder! —exclamó Walter desde el otro, propinándole un puntapié a la estantería. Ni él oyó los golpes de ella, ni ella la patada de él. Se giró y examinó las posibilidades que tenía ante él. Tres. Tres posibles salidas, cada una de ellas idéntica a la siguiente—. No puede ser verdad —susurró, y se lanzó a por una de ellas elegida de forma aleatoria.

—¡*Síguemeconmigo*, vamos! —insistió Jota tirando de la gabardina que Walter le prestó a Manda, y que desde ese momento no se había quitado—. ¡Lo puedo *olerolfateándolo*!¡Podemos seguirlo!

A Manda le dio un vuelco el corazón. Jota corría como un poseso esquivando estanterías, conforme Walter se iba moviendo, para tratar de estar lo bastante cerca de él como para poder seguir captando su olor. Corría con el hocico levantado, moviendo la nariz como Samantha en un episodio de Embrujada, y a pesar de lo cortas que eran sus zancadas, Manda se las vio y se las deseó para poder seguirle el ritmo.

—¡Lo tengo!¡Lo tengo, es por aquí! —dijo el Cobb señalando en la dirección en la que captaba el olor con tanta nitidez como cuando lo tenía a su lado, Tan pronto como se dirigió hacia aquel punto, la estantería se cerró tras él, cortándole el paso a Manda.

—¡Porras! —dijo el pequeñajo con los brazos en jarras.

—¡Porras! —repitió Manda mirando a su alrededor, como si hubiera podido oírlo. No le hacía ninguna gracia quedarse sola, apartada de los demás, y menos con el recuerdo de aquella risa apagada flotando en el aire.

Jota podía percibir desde allí tanto el olor de su amigo como el de su amiga, de hecho olían exactamente igual…Meneó la cabeza con un gesto de negación... no comprendía cómo aquellos grandullones eran tan parecidos unos a otros. Los Cobb eran tan distintos entre sí que ni siquiera tenían un pelo de la cabeza parecido de un individuo a otro. Y por supuesto el olor era tan identificativo como sus caras. Los olores comenzaron a moverse, cada uno en un sentido, y Jota intentó seguirlos. Al cabo de un rato, no recordaba si estaba siguiendo a

Manda o a Walter.

Tras un buen rato entre estanterías y pasillos estrechos, Walter había dado con una zona más amplia, una especie de plazoleta hexagonal formada a base de estanterías. Dejó escapar un largo suspiro. Habían dado a las malas con el sistema de seguridad del Almacén. No había patrullas allá abajo porque no las necesitaban. Porque el propio Almacén se encargaba de lidiar con los intrusos. Podían pasar media vida allí buscando la salida, a menos… a menos que…

Walter metió la mano en la bolsa bandolera de cuero marrón, y sintió como se le aceleraba el corazón, porque sabía lo que aquello iba a significar.

Dos de tres.

Si lo hacía, le iba a quedar sólo una más, eso sin contar con que iba a estar hecho una piltrafa durante un buen rato.

¿Debía esperar un poco más?¿Seguir intentándolo por sus propios medios sin recurrir a los objetos?

Se internó un par de pasos en una de las salidas de la plazoleta. En el suelo, a apenas un par de metros desde la entrada del pasillo, vio huesos amontonados, al parecer como advertencia para los extraños. Huesos que podían ser tanto de un humano como de varios Cobbs, porque no había calaveras que permitiesen identificar la especie. Tan sólo huesos triturados en su mayoría.

Si aquello no era una señal, no sabía qué más podía serlo.

De nuevo, introdujo la mano en la bolsa.

CAPÍTULO 22

La muñequera para moldear el aire, o el Libro de todos los Objetos

—Dios mío, Tomás… tío, es increíble… eres tú… —balbuceó Pit.

Tenía un sabor horrible en la boca tras haber vomitado los restos de comida licuada que le quedaba en el estómago. De golpe había sido consciente de sus actos con la maldita linterna embrujada sobre aquellos tres energúmenos, que por muy mala sangre que tuvieran no merecían morir, y menos aún en la forma horrible en que lo habían hecho..., y eso era algo que lo perseguiría hasta el fin de sus días. Él, el pacifista irreductible, había acabado con las vidas de tres chicos de su edad. Aprendería a escudarse en que no había sido él realmente, en que estaba poseído, hipnotizado, o lo que quiera que fuese lo que le había ocurrido desde la paliza en la escombrera, pero no podría evitar el recordar cada segundo de aquellos actos, recordaría el fuego que le hervía en las entrañas y, que Dios le perdone, recordaría que había disfrutado haciéndolo.

—¿Cuánto? —preguntó Tomás, y tuvo que controlar el temblor en la voz para poder seguir hablando—. ¿Cuánto tiempo llevo metido en la botella?

Pit miró las botellas etiquetadas como Señor T y Señor P, y fue consciente de que, por muy absurdo e incomprensible que pudiera parecer, habían estado allí dentro, cada uno en su botella como el puñetero genio de *Aladdin*.

—Un año, más o menos. Ha pasado un año más o menos desde el accidente, si te refieres a eso —explicó Pit.

—Un año —repitió Tomás boquiabierto—. Un año, joder… ¿cómo ha podido pasar un año?

—No… no lo entiendo, Tomás. Manda y yo te hemos visto esta misma mañana… ¿cómo es posible?

—Lo… lo recuerdo… hay veces que veo lo que ocurre, pero desde la distancia, a través de un túnel interminable… por más que intento comunicarme, no llego a decir nada coherente, no puedo conseguir que mi cuerpo responda a lo que quiero hacer… es tan… frustrante.

Pit recordó la escena del día anterior, como Tomás, el Tomás de arriba se aferró a la muñeca de Manda como si quisiera decirle algo. Ahora sabía que sí, que así era, que quería hablar con ella, gritar pidiendo socorro, pero no podía hacerlo.

—¿Qué te pasó, Tomás?

—Fue por el *skate*… Estaba obsesionado con ser el mejor. ¿Sabes que iba a ser por primera vez deporte olímpico? Se me llenó la cabeza de pájaros… Un día estaba practicando y un tipo salió de la nada… un tipo muy raro…

—Con una chaqueta roja —acabó la frase Pit.

—¡Eso es! ¿Cómo…? —empezó a preguntar, pero era más que evidente. Estaba allí abajo, lo que implicaba que él también se había cruzado con el tipo de la chaqueta roja.

—Luego te cuento —dijo, sin saber si iba a ser capaz—. ¿Qué objeto te dio a ti? Lo mío fue una linterna. Una jodida linterna…

—La muñequera. Dios, qué bueno era con la muñequera. Parecía que era capaz de modificar el aire a mi alrededor para que me empujase, para que me ayudara a hacer lo que quería… Era endemoniadamente bueno. Tanto que me asusté. Decidí quitármela, sobre todo porque acababa hecho polvo… incluso sangraba por la nariz… Mejoré mucho por mí mismo, sin necesidad de ella, pero entonces alguien oyó hablar de mí, me seleccionaron para una exhibición y… me cagué, tío. Te juro que quise hacerla sin la muñequera, pero… estaba allí, en el cajón de mi mesilla de noche, y parecía que me llamaba, así que… me la puse.

—Y nunca llegaste a la exhibición —completó Pit, mirando a su alrededor, tratando de dar un sentido a lo que estaba viendo—. Tuviste el accidente ese mismo día por la mañana.... ¿Qué demonios es esto?¿Estamos en… en el infierno?

—Son sus dominios, Pit. Estamos en la casa del hombre de la chaqueta roja… y vamos a escapar antes de que ese hijo de mala madre nos descubra —dijo, haciéndole señas para que lo siguiera. Ya había escapado anteriormente, sabía el camino hacia la superficie—. ¿Qué te ocurrió a ti? —le preguntó en voz baja mientras caminaban.

Pit cogió aire, y se dispuso a liberar su alma.

Walter estaba seguro de que no iba a haber forma humana de salir de aquel laberinto de estanterías móviles, que se retorcía sobre sí mismo y se reconfiguraba a su antojo, y aún así, sabía lo que significaba usar un objeto.

Dos, contando la cuerda que les salvó la vida en el ataque de las ratas.

Se mantuvo en silencio durante largo rato, mirando el objeto sobre la palma de su mano.

Una madeja de lana.

Con el laberinto, ¿qué otra cosa cabría esperar?

Dejó escapar una risa melancólica, y dijo en voz alta

—*Labyrinthus*.

La madeja comenzó a girar y a desliarse sobre la palma. El hilo de lana se deslizó hasta el suelo, y se desplazó dibujando el camino de salida. Walter lo siguió, sin preocuparle lo más mínimo los goterones de sangre que iban cayendo desde su nariz y estallando en el suelo a su paso.

Jota, a no demasiada distancia de allí, detectó que uno de los olores se movía, así que decidió seguirlo sin tener ni idea de si se trataba de Walter o de Manda.

Manda había estado esperando mucho, mucho tiempo. Esperaba que Walter apareciera de detrás de una estantería. Esperaba que Jota la *olisquearaoliéndola*, que diera con ella, que acudiese al rescate, pero nada de eso sucedió.

El único que decidió ir a verla fue el terror. El pánico, que la hizo salir corriendo sin mirar atrás, dejándose la piel en las esquinas de las estanterías por no reducir la velocidad. La risa sonaba en los resquicios de su mente, y ella era incapaz de discernir si se trataba de sugestión o realidad, así que corría.

Corría.

Las estanterías vacías parecían surgir unas de dentro de otras, como imágenes en un caleidoscopio, sin orden ni concierto, y ella se esforzaba por esquivarlas, por no darse de bruces contra ninguna de ellas, mientras corría como si su vida fuera en ello. Encontrar a Walter y a Jota se había convertido en una quimera, en algo imposible. Ahora su único y primordial objetivo era huir, salir de allí, antes de que la risa la alcanzase, antes de que el hombre de la chaqueta roja y el pelo que parecía pintura, con sus ridículos rizos sobre las orejas que recordaban a *Pesadilla antes de Navidad* —y que no era un hombre, no debía dejar pasar por alto ese pequeño detalle— saltara sobre ella sin parar de reír con todas sus fuerzas, desencajando la mandíbula hasta que el maxilar inferior tocase el suelo, para poder de esa manera reírse con más fuerza aún con más sonoridad, y de paso tener la capacidad como para devorarla de una pieza, como para poder masticarla de una vez, como para…

Y de repente, espacio.

Por unos instantes, Manda creyó que no era cierto, que su mente había buscado una vía de escape y la estaba protegiendo, ocultando las estanterías que en realidad estaban ahí, justo delante de ella, pero se da cuenta de que no es así.

De que es cierto, que había accedido a un espacio libre dentro del

intrincado laberinto. Un espacio reservado a propósito para colocar un pedestal sobre el que descansaba un libro con aspecto de ser más viejo que el mismo tiempo.

El pedestal era una obra de arte, madera tallada por las manos de alguien con una habilidad sobrehumana. Filigranas con detalles casi microscópicos la recorrían desde la base, retorciéndose a lo largo de toda la columna hasta llegar arriba, hasta llegar a

el Libro.

Manda se acercó a Él, y lo miró extasiada. La portada parecía de cuero, y era grande, muy grande. Le vino a la cabeza un recuerdo perdido de cuando era muy pequeña. Quizás de cuando ni siquiera hablaba, o al menos no lo hacía aún con fluidez. Estaba con su padre y tenía ante ella un libro que le parecía inmenso, un Atlas con mapas de todo el mundo, que por supuesto no entendía, pero que le llamaba poderosamente la atención con sus colores vibrantes. No era consciente de haber almacenado ese recuerdo que de pronto había saltado al podium tras haber estado muchos años en una carpeta guardada en lo más recóndito del almacén de cosas que pueden ser útiles en algún momento.

Pasó las manos sobre la portada curtida y dejó que sus dedos recorrieran el título, que se zambullesen en los surcos que se iban convirtiendo en palabras en bajorrelieve.

El Libro de todos los Objetos

—Dios mío —dijo en apenas un susurro dejando escapar todo el aire sin ser consciente de ello, y lo abrió.

Un baño de energía visible en forma de luz la golpeó en el rostro como si tras la portada alguien hubiese preparado un cubo lleno, como una versión de la típica broma del cubo con agua en equilibrio sobre la puerta. Manda cayó de espaldas y quedó sentada en el suelo, con las pupilas dilatándose y contrayéndose como un altavoz al ritmo de un concierto de hardcore.

Luego, el libro se cerró, y todo volvió a la normalidad.

Manda, aún en el suelo, balbuceaba.

—Lo sé todo. *Sé* todos los objetos que hay. Sé cómo activarlos —susurró al recuperar la capacidad de hablar, en un tono apenas audible.

CAPÍTULO 23

El hilo de Ariadna, o una camiseta empapada en sangre

Cuando Walter vio el extremo de la madeja de lana quieto en el suelo, supo que había llegado al final del laberinto. Su cerebro era ahora una madeja de lana como la que tenía en la mano, pero totalmente deshecha, como si un gato hubiese estado horas jugando con ella. Sus pensamientos se enredaban entre las hebras, se entremezclaban unos con otros, haciendo imposible obtener un resultado coherente. Sólo sabía que estaba cansado, que necesitaba descansar urgentemente. Recordaba que había algo que tenía que hacer al llegar allí, algo urgente, pero… ¿qué era?

—*AmigoamigomíoWalter*… ¿te encuentras bien? —le preguntó el pequeño Cobb. Había llegado allí usando su propio hilo de Ariadna, su olfato. Le hizo la pregunta aunque en realidad saltaba a la vista que no estaba bien. Tenía la camiseta empapada en sangre, y gracias a que era de color negro el resultado no se veía tan impactante como pudiera haberlo sido en caso de que hubiese llevado una camiseta clara.

Walter lo miró con los ojos nublados. Sabía que tenía que decirle algo importante, pero no recordaba el qué. Ese dato había quedado atrapado en la maraña de lana del interior de su mente, y luchaba por desenredarse y saltar al pensamiento consciente sin conseguirlo. De pronto, una de las hebras se rompió y lo dejó escapar.

—¡Jota! —dijo casi en un susurro. El simple acto de hablar agota sus reservas de energía—. ¿Y Manda?¿Dónde está Manda? —atinó a preguntar antes de que su consciencia se enredase del todo en la madeja.

—Ahora no la *olisqueo*. Debe estar *muy lejos a una lejanadistancia* de aquí.

—¿Podrías encontrarla? —le preguntó en un sólo golpe de voz. No creía que pudiera seguir hablando mucho tiempo más. Necesitaba ser capaz de dar las órdenes precisas a Jota antes de dormir.

Dormir.

—¡Eh, que *te duermes quedándote dormido* con un sueño *muymuyraro*! —le soltó Jota agitándolo. A duras penas, Walter volvió a la realidad.

—¿Podrías? —insistió.

—Puedo intentarlo, pero luego a lo peor no podría volver al *mismositio de aquímismo* —se excusó.

—Toma —dijo Walter. Intentó levantar la mano para darle la madeja, pero fue incapaz de mantenerla en alto—. Encuéntrala, y esto os traerá de vuelta. No me falles —acabó, y se quedó dormido. Un hilillo de sangre brotó de la nariz y se confundió con el negro de la camiseta.

Jota cogió la madeja, y se alejó sin hacer ruido para no despertarlo. Un buen rato después, tras muchos giros, pasillos y nuevos giros, tras evitar los tramos impregnados por olores de los restos de otras criaturas que perecieron atrapadas en el laberinto sin conseguir hallar la salida, captó muy levemente el olor de Manda, y se encaminó en la dirección en la que se hacía más intenso a cada paso que daba.

Al otro lado de la ecuación, Manda había conseguido reponerse de la impresión inicial. Ahora era capaz de reconocer cada objeto, adivinar sin problemas su utilidad, y la palabra que lo activaba. Su cerebro era como una perfecta base de datos capaz de localizar y entregar la información de forma prácticamente instantánea.

—Walter estuvo aquí antes que yo, e hizo exactamente lo mismo —susurró. El corazón se le había acelerado. Era al menos una pista, un punto de partida para descubrir qué era lo que le había pasado al chico—. Sólo espero que esto no fuese lo que le causó la pérdida de memoria —acabó. De repente, un ruido a sus espaldas la hizo girarse sobresaltada.

—*¡Juntosdenuevoporfin!* —gritó Jota al acceder al lugar en el que se encontraba Manda.

—¡Jota!¡Cuánto me alegro de verte! —gritó la chica con una sonrisa de oreja a oreja, y no pudo evitar cogerlo en brazos y ponerse a dar vueltas como si bailase un vals alrededor de la sala que acogía al Libro de todos los Objetos. El pelo sedoso del pequeño Cobb flotaba en el aire como si estuviese hecho de hebras de plumas.

—*¡Eheh!*¡Que me mareo *muymuchísimo*!

—¡Perdona!¡Es que no te imaginas la alegría que me da verte! —se disculpó, dejándolo en el suelo.

—*¡Halaaaa!*¡Qué *bonitoprecioso*! —exclamó el Cobb al ver el libro, poniéndose de puntillas junto al pedestal para tratar de alcanzarlo. Algunas hebras de luz aún flotaban a su alrededor como luciérnagas despistadas.

—¡No!¡No te acerques a él! —le gritó. No quería asustarlo, pero no sabía el efecto que podría tener el libro sobre el pequeñajo. De hecho, ni siquiera sabía el que podría haber tenido sobre ella misma. El temor a la pérdida de memoria aún planeaba sobre su cabeza, volando en círculos como un buitre sobre la carroña.

—¿Por qué?¿Es *malomalísimo* tocar el bonito libro?

—Sí, es *malomalísimo*. Puede ser peligroso —le explicó, arrodillándose junto a él y apartándole el flequillo de los ojos. Al hacerlo, vio el ovillo que llevaba en la mano. En su mente, sin darse cuenta de ello, algo lo catalogó de inmediato como *el ovillo de Ariadna, objeto número 352, palabra de activación Labirynthus*—. ¡Dios mío… es un objeto!¿Quién te lo ha dado?

—*AmigoamigoWalter*. Me lo dio para que te encontrara y para que volviera contigo junto a él.

A Manda le dio un vuelco el corazón. Si lo había usado, entonces… Y aunque no quería hacer la pregunta, el hecho de que Walter hubiese enviado a Jota en lugar de venir con él era ya de por sí una respuesta más que suficiente.

—¿Cómo estaba Walter, Jota?

—*Cansadomuycansado*. Casi no podía hablar, porque se quedaba *muy* dormido.

Lo había hecho. Walter había usado el objeto. Y ahora podía estar… podía estar…

—Vamos con él, Jota —dijo, y tomó el ovillo de sus manos. Dejó que se deshiciera un poco y el cabo de lana, al tocar el suelo, hizo su trabajo indicándoles la dirección a seguir.

Manda no fue consciente en realidad del tiempo que tardaron en llegar junto a Walter, pero desde luego fue mucho, porque el laberinto ponía todo de su parte para impedirles encontrar la salida. El hilo de Ariadna no era en absoluto tan cuidadoso como Jota, y en un par de ocasiones tuvieron que rodear un montón de huesos antiguos de seres extraños, fallecidos en su infructuosa búsqueda de la libertad. A veces, el hilo se recogía y cambiaba de dirección porque el laberinto se había reconfigurado y ahora a la salida se accedía por otro lugar.

Pero al final, a pesar de las dificultades, lo lograron. La costra que comenzaba a formarse sobre los labios de Walter revelaba que había seguido sangrando por la nariz. No parecía importante, pero a Manda eso la asustó más de lo que esperaba. El chico estaba recostado sobre las baldas de la última de las estanterías del laberinto, dormido. Al acercarse a él descubrió que la pechera de la camiseta estaba acartonada por la sangre coagulada y el corazón se le aceleró hasta límites poco saludables.

—¡Walter!¡Walter! —lo llamó, cogiéndole la cara entre las manos. El chico entreabrió levemente los ojos, y al reconocerla, sonrió.

—Te ha traído —dijo en un hilo de voz, y se durmió de nuevo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó a Jota casi en un quejido. El pequeño se encogió de hombros. La primera vez que Walter usó un objeto durmió casi toda la noche, pero ahora no tenían tiempo. Estaban en la guarida del lobo, en los dominios de Pan, y seguro que

Él tenía algún modo de saber que habían entrado intrusos en su casa. Era cuestión de tiempo que los problemas los alcanzasen.

Intentó incorporarlo, pero no había manera. Era un peso muerto, por mucho que no quisiera pensar en esa palabra, y si él no ponía al menos algo de su parte, estaban allí atrapados hasta que despertase.

—*¡Ruidosruidosruidos!*¡Ya vienen! —exclamó de repente Jota en el tono de voz más bajo que pudo—. ¡Tenemos que irnos, vienen! *¡Rápidorápidorápido!*

—¡Joder!¡Walter, tienes que ayudarme, por favor!¡Tenemos que salir de aquí! —suplicó, pero ya era tarde. Jota correteaba de un lado a otro buscando una salida, aún sabiendo que sólo había dos: por la que se acercaban los ruidos, o la vuelta al laberinto. El pequeño Cobb corría de una a otra, de un extremo a otro, aterrorizado.

—*Nononono*… ¡Yo te protegeré! —dijo, y esta vez fue capaz de desenfundar la espada al primer intento. Con las manos temblorosas, la blandió ante sí.

Pero Manda sabía que la valentía de Jota le iba a servir tan sólo para que lo mataran el primero. Y de pronto se le ocurrió una salida que había pasado por alto en un principio. Fue capaz de planificar diez modos para salir de allí, usando en cada uno de ellos un objeto distinto. Tan sólo tenía que meter la mano en la bolsa y el objeto necesario acudiría a ella, pero… ¿podría pagar el precio?¿Qué iba a hacer Jota si, una vez consiguieran escapar, se encontraba con que Walter y ella caían en un sueño del que no podría arrancarlos por mucho que lo intentase?

Ese momento de duda hizo que el poco tiempo del que disponían se agotase por completo. Ya no había oportunidad de alcanzar la bolsa, sacar el objeto y activarlo, porque ya estaban allí.

Pero en absoluto se encontró con lo que esperaba. Ni patrullas, ni seres sin forma de otra dimensión. Tan sólo…

—¡PIT!¡Dios mío, Pit!¡Cuánto me alegro de verte!¿Qué haces aquí?

Manda se levantó de un salto y se agarró al cuello del chico con tanta fuerza que le cortó el aliento. Se mezclaron a partes iguales la alegría por verlo y el alivio porque no fuese el servicio de vigilancia de Pan dispuesto a sacar la basura.

—¡MANDA!¡Dios!¡Lo mismo digo! —exclamó él devolviéndole el abrazo. El efusivo reencuentro se cortó en seco cuando vio a Jota espada en mano—. Q…¿Qué demonios es eso?¿Una cobaya gigante?

Jota se envalentonó e hizo el movimiento de pincharlo con la espada un par de veces.

—¿Conoces a este *tipotipejo*? —le preguntó a Manda.

—Sí, no te preocupes, es mi amigo —lo tranquilizó ella, apartándose un poco para mirarlo bien, para asegurarse de que sí, que era él. Para asegurarse de que sus ojos no le estaban jugando una mala

pasada.

Y entonces vio la figura a sus espaldas.

Su encantadora sonrisa era inconfundible. aunque llevase más de un año sin poder disfrutar de ella.

—Hola Manda —dijo Tomás.

Capítulo 24

No sabía cuánto te echaba de menos, o la reunión de los cinco mosqueteros

—Dios mío, Tomás, no me lo puedo creer —susurró una vez más en un hilo de voz, perdiendo la cuenta de las veces que lo había repetido en los últimos minutos. El mundo a su alrededor se había desdibujado y sólo estaba ella, abrazada a Tomás, sintiendo su calor, como lo hacían antes del maldito accidente—. Eres tú, de verdad eres tú —repitió, dejando que las lágrimas recorriesen sus mejillas libremente.

La verdad se dibujó ante sus ojos con una crudeza extraordinaria. Tomás había sido víctima de Pan, había usado uno de los objetos y desde entonces estaba prisionero en el Almacén, en una polvorienta estantería, dentro de una botella. Y eso significaba que aquel monstruo terrible llevaba, como mínimo y suponiendo que Tomás hubiese sido su primera víctima, un año haciendo de las suyas en la urbanización. ¿Cuántas veces se había enterado en los últimos doce meses de algún suceso terrible que le había ocurrido a algún vecino de la zona? Accidentes de coche, enfermedades extrañas que los tenían postrados en la cama… Y peor aun… ¿de cuántas no era consciente? La urbanización era muy grande, y por supuesto no conocía a todos sus vecinos. ¿Cuántas almas había añadido Pan a su colección, cuántas botellas adornarían sus estanterías? El simple hecho de pensar en ello hizo que sintiese una sensación parecida al vértigo.

Dedicaron unos minutos a ponerse unos a otros al corriente de la situación. Pit le contó todo lo referente a la linterna, incluyendo la parte en la que, sin ser consciente de ello, había acabado con la vida de las tres Marías. Esa parte se la contó entre sollozos que no pudo contener aunque ella lo abrazara con fuerza. Jota escuchó esta parte de la historia con los ojos muy abiertos, quién sabe si porque lo que oía lo estaba asustando, o quizás porque le impactaba ver llorar a Pit. Tomás también relató su experiencia con la muñequera —ella sabía exactamente el número de orden y la frase de activación de ambos objetos—, y cuando le tocó el turno a Manda les contó una versión resumida de las aventuras que los habían llevado hasta allí, versión que fue aderezada convenientemente por Jota en las partes en las que había intervenido.

—Él es el *amigoamigovuestro* que teníamos que rescatar —dijo,

señalando a Tomás—. Yo ví desde mi ventana como el malvado Señor Comadreja —pronunció el nombre con un deje de rabia en la voz que Manda nunca había detectado antes en el hablar del pequeño Cobb— lo atacaba y lo devolvía a la botella. Lo ví desde mi ventana y sabía que *teníamosteníais* que ayudarlo.

—Vaya, pues muchas gracias —le dijo Tomás con su encantadora sonrisa.

—*No hay por qué de qué* —le respondió Jota con una reverencia.

Walter emitió un leve quejido, como si quisiera unirse a la conversación pero no tuviese fuerzas para ello.

—Más vale que nos dejemos de charla y nos preocupemos por tu amigo —dijo Tomás.

—¿Qué hacemos? —preguntó Pit. Aquello lo superaba por completo. Acababa de descubrir que no todo lo que pasa en las películas de terror es trabajo de escritores o guionistas, que en la versión de *vida real 2.0* a la que acababa de actualizar la que conocía desde que nació, ocurren cosas tan terroríficas como en las películas o en los libros.

O incluso más aún.

—Pit y yo íbamos a salir de aquí para buscar el camino de vuelta a casa —dijo Tomás mientras Manda trataba de hacer volver a Walter—. Ya conseguí escaparme una vez antes, pero cuando pasé por aquí las estanterías no estaban así, formando un laberinto. Estaban pegadas a los lados de la pared y no tuve problema alguno para encontrar la salida.

—Imagino que las hemos activado nosotros al intentar entrar. No creo que funcionen en sentido contrario… parece que su función es impedir la entrada a intrusos, no creo que tuvieran en cuenta que en algún momento fuese necesario evitar que alguien tratase de salir… no parece que eso ocurra muy a menudo…

Manda no pudo evitar pensar en los restos de las criaturas atrapadas que se habían encontrado antes. Probablemente llevasen años —o décadas, o siglos— siendo arrastradas por las estanterías al recogerse o al reconfigurar el laberinto. Pobres seres cuyos huesos descarnados habían sido privados del derecho al descanso eterno. La visualización de sus pensamientos le produjo un escalofrío.

—Pues por aquí no vamos a poder salir —mintió Manda, mientras devolvía con disimulo el ovillo a la bolsa. Algo en su mente hizo *clic* cuando el objeto navegó en el espacio interior de la bandolera de cuero y recuperó el lugar al que pertenecía dentro de ella. No quería separarse de sus amigos. Algo en su interior le decía que, si querían salir de allí con vida y acabar con el reinado de terror de Pan, tendrían que hacerlo los cinco juntos.

Los cinco mosqueteros.

Uno para todos, y todos para uno.

—Además, no creo que huir sirva para nada —continuó—. Vamos a acabar con Él.

—¿Te refieres a…? —comenzó a preguntar Tomás, pero Jota lo interrumpió a voz en grito.

—¡No!¡No puede ser nombrado!¡Si lo nombras *nosverá nosvaaver* y vendrá rápidamente a por nosotros!

Tomás levantó las manos a modo de disculpa. No iba a pronunciar el nombre de Pan, entre otras cosas porque no sabía que se llamaba así.

—Pero Manda… ¿cómo vamos a acabar con ese tipejo?¿Has visto lo que es capaz de hacer? —continuó—. Es una mezcla entre el puñetero Supermán y David Copperfield. Además, no creo que tu amigo esté ahora mismo en condiciones de acabar con nadie… más bien parece que la paliza se la han dado a él.

Manda notó un tono extraño en su voz. ¿Podían ser celos?¿Había motivos para que Tomás estuviera celoso? No lo sabía, en ese momento lo único que tenía en mente era recuperar a Walter. Ella y Tomás no habían llegado nunca a ser pareja de manera oficial, pero era cierto que cuando ocurrió el accidente estaban empezando a tomarse la relación en serio. No quería recordar la cantidad de lágrimas que había derramado ni la de horas que pasó junto a la cama del chico hasta que le dieron el alta en el hospital, pero ahora, él se encontraba en el mismo punto de partida, mientras para ella había transcurrido un año. Además…

¿Estaba sintiendo algo por Walter?

No lo sabía. En realidad no lo conocía —ni siquiera él se conocía a sí mismo, o al menos no lo recordaba—. Sin embargo, no podía negar que había cierta química entre ambos. La situación empezó a incomodarla, así que la colocó al fondo de su cerebro, en la cesta marcada con el letrero que decía *cosas importantes a tener en cuenta cualquier día que no sea hoy*.

—Walter se dedica a arrebatarle objetos a ese ser… Lleva la bandolera de cuero repleta de ellos...

—¿Objetos?¿Te refieres a… cosas como la linterna, o la muñequera? —preguntó Pit.

—Eso es —le respondió Manda. Evitó a propósito decirles que en aquella bolsa cabían más objetos de los que pudiera parecer a simple vista. Varios miles más, de hecho.

—¿Qué le ha pasado? —quiso saber Tomás.

—Ha usado los objetos para salvarnos a los tres. En un par de ocasiones…

—Joder, pues ahora entiendo su aspecto —le respondió Pit—. Yo pude usar la linterna tres veces antes de…

—Lo mismo me ocurrió a mí con la muñequera —le apoyó Tomás —. Tres malditas veces. Las tres peores decisiones de mi vida…

—No te martirices con eso —le animó Pit—. A ese hijo de su madre se le olvidó pasarnos el manual de uso y la hoja de reclamaciones.

—Vale, sea como sea puedes contar con nosotros —le dijo Tomás a Manda—. Cualquiera que busque hacerle la puñeta a ese tipejo cuenta con toda mi simpatía, aunque en esta parte de la historia me temo que nos ha tocado hacer de David y a *comosellame* el de Goliat… Tan sólo espero que la historia termine tan bien para los menos poderosos como la original…

—*Mmmanda* —dijo Walter en un hilo de voz. Tenía los ojos abiertos y miraba a los recién llegados sin verlos realmente. Le hizo señas a la chica para que se acercase. No tenía fuerzas para levantar la voz de nuevo.

—¡Walter! —exclamó ella. Se sintió tentada de preguntarle qué tal se encontraba, pero era algo que saltaba a la vista,. Prefirió que guardase aliento para lo que quisiera decirle. Se arrodilló junto a él y acercó el oído a su boca.

Ella lo oyó atentamente, en silencio, con una expresión de sorpresa que hizo que su cara adoptase una expresión casi cómica, como si hubiera descubierto algo que tuviera delante de sus ojos desde hace un rato, pero tan cerca de ellos que no lo pudiera ver con claridad. Hasta que de repente, la imagen se le mostró con una nitidez extraordinaria.

—¿Pasa algo *malobueno*? —preguntó Jota, preocupado.

—¡No!¡Nada de eso! Es que… ¿cómo he podido ser tan tonta?

—¿Qué nos estamos perdiendo? —preguntó Pit.

—¡La botella, claro! —reveló Manda, pero los otros se quedaron igual. No tenían ni puñetera idea de qué demonios quería decirles—. Walter tiene la memoria casi en blanco, va recordando datos conforme pasa tiempo aquí dentro, y me acaba de contar lo último que ha recordado… ya sabemos que las botellas se van rellenando de nosotros, y que al tercer uso de los objetos, pasamos a ser prisioneros en su interior, pero mientras no se hagan los tres usos, la esencia vital, el alma, como queramos llamarla, está allí, y se puede recuperar… ¡Eso quiere decir que si encontramos la botella de Walter, tendrá la recuperación más rápida y milagrosa que hayamos visto nunca con nuestros propios ojos…

—Pues en marcha entonces. No me gusta nada el aspecto de este chico —dijo Tomás, y entre él y Pit lo levantaron del suelo, uno a cada lado, con el brazo correspondiente alrededor del cuello. El chico emitió un quejido sordo, y la barbilla descansó sobre su pecho. Pit y Tomás lo llevaron en volandas, porque en aquél momento, pedir algo

de colaboración por su parte era casi ciencia ficción.

CAPÍTULO 25

Una botella en un pajar, o alguien inesperado está en el Almacén

Hacía ya un buen rato que habían abandonado la sala del laberinto. El suelo bajaba con una inclinación cada vez más evidente, lo que indicaba con toda seguridad que estaban descendiendo hacia lo que, en el mundo real, era la segunda planta del subterráneo. La luz que se derramaba desde los pequeños candelabros, que colgaban de las paredes cada dos o tres pasos, teñían el Universo de tonos anaranjados, de una atmósfera titilante que le confería con todo merecimiento el calificativo de irreal. No eran luces de gas como habían pensado en un principio, sino de combustible, porque llevar gas en conductos por toda aquella extensión era, casi con total seguridad ciencia ficción para aquellas gentes. Eso obligaba, sin embargo, a que hubiera un servicio de mantenimiento encargado de reponer el combustible de los pequeños depósitos de cada candelabro. Miles de pequeños candelabros en cada una de las plantas del subterráneo.

¿Tenía sólo dos, o había una tercera?

Manda no tenía ni idea. De hecho, pocas veces había ido al centro comercial en coche.

Tomás y Pit seguían cargando con Walter, y esa era la palabra que mejor encajaba en la descripción de lo que estaban haciendo. El muchacho que recogía objetos imposibles y los guardaba en su bolsa bandolera estaba totalmente KO. Sus pies arrastraban contra un suelo en el que, si en lugar de estar enlosado hubiese sido de tierra, habría ido dejando un rastro perfecto.

El único sonido que los acompañaba era el del crujido ocasional de alguna losa suelta o algún pequeño resto —animal o vegetal— al ser aplastado por las suelas de sus zapatos. Y así fue durante un buen rato hasta que Jota, que había estado dándole vueltas a algo que no le cuadraba en la historia de Pit, llamó su atención dándole tironcitos de la parte baja de la camiseta. Pit, que hasta aquel momento no había cruzado una palabra con el pequeño Cobb, lo miró sin detener el ritmo que iban marcando él y Tomás mientras cargaban con Walter. Bajo la temblorosa luz anaranjada, le pareció aún más extraño estar hablando con una cobaya gigante que hacía cosas en principio reservadas a los humanos.

—Oye, amigoPit —le dijo en un susurro. A Pit le gustó que lo llamase amigo. No confiaba demasiado en los animales desde un desafortunado encontronazo que tuvo con un perro cuando era un pequeñajo. El incidente sin importancia terminó con un pequeño arañazo en el brazo y una aversión que no podía evitar a todo lo que tuviera pelo y se pudiera considerar mascota.

—Sí, dime —le respondió él de la misma manera. Era increíble pero sí, estaba hablando con una rata. Bonita, pero rata al fin y al cabo.

—Siento muchomuchísimo lo que te pasó con esas otras personas del lugar del que vienes.

Estaba hablando de las Tres Marías. Sin querer, Pit le había atribuido al pequeño una inteligencia más limitada de la que parecía tener. Y ahora estaba tocando el tema que menos le apetecía tocar de todo el muestrario de temas posibles de la historia de la humanidad.

—Mira, yo… —comenzó a decir. Iba a soltar que no le apetecía seguir hablando de todo eso, que no quería saber nada más del tema, que quería enterrar para siempre en lo más profundo de su memoria todo lo que había pasado, pero el pequeño no le dio oportunidad porque siguió hablando. Pit todavía no había tenido tiempo de familiarizarse con la incontinencia verbal de Jota. Se había abierto el grifo de las palabras y la cañería estaba rebosante.

—No entiendo por qué esas personas malasmalísimasdeverdad te atacaron sin que tú les hicieras nada…

Pit abrió la boca para contestar, pero la cerró de nuevo, Miró hacia Jota, que lo observaba con sus grandes ojos que parecían contener galaxias de puntos de color naranja en su interior mientras esperaba una respuesta, y desvió de nuevo la vista hacia el frente.

—Por el color de mi piel, supongo.

La comitiva siguió caminando un rato más en absoluto silencio. El pequeño Cobb había vuelto a remover el limo del fondo y el agua se había enturbiado lo suficiente como para que el chico tuviera que hacer un esfuerzo considerable para contener las lágrimas. Llegados a un punto, Pit volvió a sentir los tirones de la camiseta. No tenía ganas de seguir hablando del tema, pero a pesar de ello lo miró de nuevo.

—No lo entiendo —le dijo Jota. Tenía un brazo levantado hacia Pit mientras con el otro se acariciaba el pelaje. Desde la mano hasta el hombro, su pelo era blanco, con grandes manchas de color chocolate con leche, algunos puntos negros como la tinta china, e incluso varias zonas con distintas gradaciones de gris. Levantó la vista de nuevo hacia Pit, esperando una explicación de por qué el color de la piel debía ser motivo de odio.

—En el sitio del que vengo somos igual que tú —dijo Pit después de un rato en silencio—.. Todos tenemos la mezcla de muchos colores

en nuestra sangre… lo malo es que desde fuera no somos capaces de verlo…

—Es una pena que en tu sitiodedondevienes las cosas sean así —le respondió Jota bajando la vista al suelo. Luego volvió a mirarlo directamente a los ojos. El efecto de las luces sobre ellos era hermoso e hipnótico a la vez—. Deberíais cambiarlo.

—Sin duda —suspiró Pit con la vista perdida en el frente—. Deberíamos.

—Ya hemos llegado —intervino Tomás. A su izquierda, unos metros por delante de ellos, había una puerta de madera con el aspecto de haber sido fabricada en los primeros días de la existencia.

«Y al séptimo creó la puerta. Luego, descansó» pensó Manda.

El marco estaba encajado en la pared que, como el resto del subterráneo, no era de piedra ni de ningún material modificado por el hombre. Era como si Pan hubiera hecho un vaciado directamente de la tierra del subterráneo con la forma de las habitaciones y los pasillos que se iban encontrando. Todo era una especie de barro apelmazado.

—Vamos —dijo Pit, y soltaron a Walter en el suelo, con la espalda apoyada sobre la pared. La parte de atrás de su camiseta negra se manchó de un barro de color claro. Ambos tuvieron que empujar a un tiempo para mover la pesada puerta. Si hubieran visto con la facilidad con la que el Señor Comadreja la abría y la cerraba cada vez que hacía sus rondas, se habrían asustado.

Una vez volvieron a cargar con Walter, entraron.

Aquello sí que era el Almacén. El verdadero Almacén. Todo lo que habían recorrido hasta ahora no era más que el accesorio externo necesario para proteger lo que estaban contemplando con sus propios ojos.

—Dios mío. Tantas. Hay tantas —susurró Manda. Ante sus ojos se extendían cientos, quizás miles de estanterías repletas de botellas de un cristal verdoso en cuya superficie se dibujaban estrellas anaranjadas provocadas por el reflejo de los candelabros—. Todo… todo esto no puede ser sólo de nuestra urbanización, ¿no?... ¿Cuántas puede haber?¿Millones?

—No… no me detuve a contemplarlo cuando nos escapamos —le respondió Tomás con la voz temblorosa—. No se ve el final… Ni siquiera sé si existe un final… Esto es muy gordo. Manda… Esta es su colección. Su colección completa. No nos va a permitir que salgamos de aquí tranquilamente, ni mucho menos que toquemos nada de lo que hay aquí…¿Desde cuándo lleva ese tipo coleccionándonos? ¿Siglos?¿Milenios? —preguntó levantando la voz, aunque sabía que no iba a obtener una respuesta. El pánico se estaba instalando cómodamente en su interior, arrebatándole el espacio al sentido común, y eso él no podía permitirlo. Tenía que dejar de ver el bosque

y centrarse en los árboles individuales. Ir paso a paso haciendo lo que estuviese en su mano. Lo demás, ya iría cayendo por su propio peso.

—¿Cómo vamos a encontrar aquí la botella que contiene la esencia de Walter? —preguntó Manda en un hilo de voz. No es que fuese imposible, es que si tuviesen que mirar una por una, tardarían varias vidas, suponiendo que llegaran a conseguirlo. Y eso sin tener en cuenta el etiquetado tan descriptivo que tenía cada botella. Se acercó a la estantería que estaba más cerca de ella, y leyó las etiquetas sin atreverse a tocarlas.

Señor Z

Señora L

Señor J

Y así, alejándose de ella, una detrás de otra hasta completar la fila de una estantería que podía medir unos tres o cuatro metros. Y tras ella había otra, y otra, y otra… millones de botellas, literalmente. Y entre ellas, un Señor W que podía estar en cualquier parte.

—Aquí está mi amigogranamigoWalter —le dijo Jota. En sus manos, una botella de vidrio color verde oscuro llevaba pegada una etiqueta en la que se leía claramente una anotación escrita con trazo firme: Señor W.

—¿Qué?¿Pero… cómo? —preguntó ella. Jota movió la nariz a izquierda y derecha sobre la botella, como si fuera evidente.

—Huele a amigogranamigoWalter. Aunque esté tapada, lo huelo en el corcho y por todastodísimas las partes.

—Jota, te quiero —le dijo Manda plantándole un beso en la mejilla. La sensación fue como besar una gran bola de algodón. El Cobb se sonrojó hasta las orejas bajo el pelo.

—Voy a buscarme. Me olisqueo olfateo a mí mismo cerca de aquí —dijo, y salió disparado.

—Qué estúpida soy —dijo Manda en voz baja mientras miraba al trasluz la botella que, al parecer, contenía la esencia vital de Walter—. También hay una botella por aquí con parte de la energía vital de Jota, de cuando nos salvó en El Borde —completó sintiéndose culpable. Veía a Jota con tanta vitalidad que había olvidado que una tercera parte de su alma estaba atrapada en una de esas botellas.

—¿Qué hay que hacer ahora? —le preguntó Pit.

—Abrirla, supongo —le respondió ella—. Y ver qué pasa.

—Pues adelante —añadió Tomás—. Si él sabe de qué va esto, o podemos ayudarle de alguna manera a recordarlo, mejor que lo despertemos ya.

Manda quitó el corcho del cuello de la botella. Al contrario de lo que esperaba —no sabía por qué, pero esperaba los efectos especiales del descorche de una botella de champán—, no se produjo ningún sonido al hacerlo, ni de dentro surgió ningún humo al estilo lámpara

maravillosa de Aladdin.

—¿Y? —preguntó, cerrando un ojo para intentar mirar con el otro en el interior de la botella. Quizás el espíritu, la esencia, el alma… lo que quiera que fuese lo que estaba contenido en la botella, era invisible. La puso con el cuello hacia abajo, y la agitó enérgicamente. Durante unas milésimas de segundo no ocurrió nada, y luego...

El humo se derramó sobre el cuerpo de Walter. Era un humo espeso, de un color azul intenso, que parecía más sólido que gaseoso. Manda estuvo a punto de dejar caer la botella por el susto. Las finas hebras de neblina azul seguían derramándose desde la botella hacia Walter, llenándolo como si éste fuese un contenedor. Y en un instante, el humo había sido completamente absorbido hacia el interior de su cuerpo.

Walter abrió los ojos, y miró a su alrededor.

—Os… ¿conozco? —preguntó a Pit y Tomás en un hilo de voz—. Creo… creo que os conozco…

—¡Walter! —gritó Manda, se arrojó sobre él, y lo llenó de besos—. ¡Has vuelto, gracias a Dios!

Tomás apartó la vista.

—Vale, vale —dijo él casi quitándosela de encima con una sonrisa mientras se levantaba, con cierto esfuerzo—. Lo habéis conseguido… ¡Lo habéis conseguido, estamos en el Almacén! Y si yo me siento tan bien es porque…

—Jota ha encontrado tu botella —le dijo Manda enseñándosela.

—¡Esto es fantástico, gracias! —le respondió él, recogió la botella de sus manos y le puso el tapón de corcho. Luego la guardó en la bolsa bandolera.

—¡Amigogranamigo Walter!¡Qué bien que ya estés bien! —exclamó Jota, que acababa de llegar. Tenía una botella en una de sus manos, y la otra la llevaba detrás de la espalda, como si estuviese ocultando algo.

—¡Jota, cuánto me alegro de verte! —dijo Walter—. Eso que llevas ahí debe ser… —dijo, cogiendo la botella de sus manos. En la etiqueta ponía Señor J—. ¡Vaya, creo que eres el único de todo el Almacén que tiene el honor de tener su nombre completo en la etiqueta —bromeó —. Seguro que es la tuya, ¿verdad?.

El pequeño Cobb movió la cabeza arriba y abajo con tanta energía que parecía que se iba a descoyuntar.

—Huele a mí —respondió.

—Perfecto entonces —dijo, y a renglón seguido destapó el corcho y la vació sobre el pequeñajo. Su energía era de un vibrante color naranja, que se filtró entre su pelo y desapareció de inmediato.

—¡Ahora me siento muymuchomejor! —dijo.

—Genial —le respondió Walter con una sonrisa—. Déjame que

guarde esto aquí por seguridad —dijo, tapó la botella con el corcho y la metió también en la bandolera de cuero marrón.

—Disculpa que no nos hayamos presentado antes… Es evidente que lo que estabais haciendo era demasiado importante como para interrumpiros. Soy Tomás —dijo ofreciéndole la mano a Walter. Éste la aceptó, y le dio un apretón.

—Yo soy Pit. Manda nos ha contado lo que habéis pasado los tres hasta llegar hasta aquí…

Le ofreció también la mano, que Walter estrechó con energía.

—Han cargado contigo hasta aquí —explicó Manda. Entre Jota y yo no podíamos contigo… si no hubiera sido por ellos, jamás habríamos encontrado el Almacén.

—No sé como agradeceroslo —respondió Walter—. Me temo que si estáis por aquí es porque habéis caído en sus sucias artimañas… ¿Habíais conseguido escapar por vuestros propios medios? Eso tiene mérito…

—Bueno, en realidad me sacó él —dijo Pit señalando a Tomás—. Ya era la segunda vez que se escapaba…

—¡Impresionante! —exclamó con total sinceridad Walter.

—Amigagranamiga Manda… —dijo Jota tirando de la gabardina de la chica. Aunque ya no hacía el frío de fuera, ella se había acostumbrado a llevarla puesta y no fue consciente hasta ese momento de ello. Aunque debería habérsela devuelto a Walter, éste de todos modos no la hubiera aceptado.

—Dime, chiquitín —dijo ella arrodillándose junto a él y despeinándole el flequillo. Al hacerlo, se dio cuenta de que seguía con la mano oculta tras la espalda—. ¿Qué escondes ahí? —le preguntó.

Jota sacó la mano de detrás. Llevaba una botella etiquetada como Señora N.

—Huele como tú. Es por eso porloqueporque la he traído…

—No entiendo —dijo Manda incorporándose mientras miraba la botella extrañada. De pronto, la verdad se dibujó delante de sus ojos y la realidad le propinó un directo en pleno estómago. Dos gruesas lágrimas escaparon de sus ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Walter sobresaltado. Tomás y Pit rodearon a la chica.

—Es… Señora N… es Noelia, mi madre…

Los acontecimientos de los últimos días habían encajado como las caras del cubo de Rubbik y Manda podía verlas ahora todas con los colores uniformes. Mientras ella estaba fuera de casa, Pan tentó a su madre con un objeto. Lo había visto en su dedo el día antes de entrar por el callejón empedrado, y le había llamado la atención, porque no encajaba en absoluto con el tipo de joyas o abalorios que solía ponerse su madre. Era muy escandaloso, enorme, con una piedra roja. Como

siempre, estaban discutiendo, así que no le preguntó por él, lo dejó pasar y ya está. Claro que por aquellos entonces no conocía los objetos ni sabía el poder que tenían.

No le importaba en absoluto lo que llevara su madre puesto en las manos, y en aquel momento, antes de que lo que estaban viviendo la cambiara para siempre, tampoco le importaba un pimiento su madre.

Ahora lloraba un mar de lágrimas de arrepentimiento.

—C… ¿Cómo?¿Estás segura? —preguntó Walter.

—Jota dice que es mi olor —explicó ella—. Y no lo es exactamente, pero casi. Quería recuperarme, Walter… sentía que me estaba perdiendo y quería recuperarme. Está aquí por mi culpa —susurró sin poder dejar de llorar.

Tomás quería abrazarla, consolarla… pero saltaba a la vista la complicidad que existía entre ella y aquel chico. No tenía derecho a entrometerse cuando había desaparecido de su vida un año atrás, aunque no hubiese sido por propia voluntad. No pudo hacer otra cosa que apretar los puños y mirar hacia otro lado.

—Cómo he podido ser tan egoísta —continuó castigándose—. Quería recuperarme, Walter… sentía que me estaba perdiendo y quería recuperarme. Está aquí por mi culpa —susurró sin poder dejar de llorar e hizo una pausa que a él se le antojó eterna.

—Lo que estás diciendo no tiene sentido, Manda —trató de consolarla. Ella lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—Walter... mi madre llevaba ayer puesto el anillo… el objeto 2108, frase de activación In aetérnum.

Walter se puso en pie de golpe, con los ojos muy abiertos.

—Has… ¡Has leído el libro! —exclamó sorprendido.

—Sí —le respondió ella—. Y no tengo ninguna laguna de memoria, así que lo que te hiciera perderla no tiene relación con haberlo leído. De hecho, es lo único que recuerdas a la perfección. Algo te ocurrió después de leer el libro…

—Oye… todavía no tengo muy claro de qué va esto —le susurró Pit a Tomás en el oído—, pero si ese Walter está guardando todas las botellas, no estaría de más que fuésemos a por las nuestras mientras estos dos hablan de sus cosas…

A Tomás no le hizo ni puñetera gracia que aquellos dos tuvieran sus cosas, pero supuso que era algo a lo que tendría que ir acostumbrándose con el paso del tiempo, así que intentó hacerse a la idea, y asintió con la cabeza. El lugar en el que estaban sus botellas —ahora vacías, gracias a Dios— no tenía pérdida y estaba muy cerca de allí. Era como si las del fondo fuesen de otros lugares, y las de su urbanización estuviesen todas juntas. Si aquello era, como todo indicaba, una colección, probablemente cualquier coleccionista las organizaría así: por cercanía, por antigüedad o por relación entre los

contenidos. La cuestión es que en apenas unos pasos ya estaban ante la estantería que contenía sus botellas. Había muchas, muchísimas, y Pit pensó que seguramente podría descubrir quienes se escondían detrás de aquellas letras que seguían a las palabras señor o señora, porque todos eran sus vecinos, gente con las que habría tenido diversos grados de contacto, aunque fuese un simple saludo al cruzarse por la calle.

Con muchísimo cuidado recogió la de Tomás y se la dio, y luego hizo lo mismo con la suya.

Ya se iban, cuando vió las tres botellas que estaban separadas de las demás, en la misma estantería, pero con el vidrio de otro color, una tonalidad que viraba hacia el azul marino en lugar de hacia el verde.

—¿Dónde estábais? —preguntó Manda al verlos llegar.

—Hemos ido a por nuestras botellas… espero que no te importe guardarlas en tu bolsa…

Tomás se sintió ridículo pidiéndoselo, pero Walter no tuvo problema alguno en acceder con una sonrisa. Cada una de las botellas se agrupó con las demás conforme las iba guardando. No tenían palabra de activación, pero se organizaron bajo un número común en el infinito pero perfectamente estructurado espacio interior de la bolsa.

—¿Y esas tres? —preguntó Walter. Pit llevaba cogidas en brazos, como si se tratase de un bebé, las tres botellas de color azul marino.

—Señor C, señor M y señor P. Por favor, decidme que pueden ser… ellos. Charly, Mike y Paul… Caca, Mierda y Porquería…

—¿Qué? —preguntó Walter con cara de extrañeza. No entendía una palabra.

—Pit… acabó sin querer —Manda no supo qué verbo utilizar que fuese lo menos dañino posible para su amigo— con tres chicos que le hacían la vida imposible allá arriba, mientras estaba bajo el influjo del objeto…

—Pero eso es muy… —Walter no sabía cómo decirle que eran víctimas colaterales, que la esencia que se almacena en las botellas es la de las personas que hacen uso de los objetos, que… De pronto, una posibilidad se dibujó en su mente, aunque era muy remota. Y sin embargo, el hecho de que el vidrio de las botellas fuese de un color distinto al resto invitaba a la esperanza—. ¿Cómo lo hiciste?¿Usaste el objeto directamente contra ellos, o murieron —Walter no fue tan cuidadoso como Manda a la hora de elegir las palabras— por otras causas? Me refiero a caídas, atropellos…

—No… no —a Pit le estaba costando un mundo mantener aquella conversación—. Fue con esa maldita linterna… los hice desaparecer con la luz que emitía.

—Vale, entonces quizás haya una leve posibilidad de que, al haber sido destruída su esencia con un objeto, ésta haya ido a parar a una botella. Eso explicaría el color del vidrio… es como una… como una clasificación distinta, por decirlo de alguna manera. Aunque no quiero crearte falsas expectativas —explicó Walter.

—No, no te preocupes. Eso que me has contado ya es mucho, muchísimo más de lo que esperaba oír —le respondío Pit, y sintió que liberaba su alma de un peso enorme que no lo dejaba apenas respirar —. ¿Qué… qué puedo hacer?¿Cómo…? —preguntó, señalando las botellas.

—Liberarlos aquí, si acaso es posible, ni de coña —sentenció Manda—. Lo único que nos hacía falta era tener que preocuparnos ahora de esos tres impresentables, en caso de que se trate de ellos. Voto por que vayan a parar a la bolsa, y ya Dios dirá.

Apenas acababan de soltar las botellas en la bandolera de cuero marrón cuando la puerta del Almacén se abrió poco a poco, con un siniestro crujido. El Señor Comadreja accedió al interior, y no fue consciente de que los chicos se encontraban allí hasta después de cerrar la puerta tras de sí. Una puerta que había manejado sin apenas esfuerzo, mientras que Tomás y Pit habían necesitado empujar entre los dos con todo su ímpetu para poder manejarla.

—Vaya, vaya, vaya —dijo con una voz desagradable, que causaba el mismo efecto que un millar de tizas arañando otras tantas pizarras. Su sonrisa malvada helaba la sangre en las venas—. Veo que se han vaciado unas cuantas botellas —añadió.

CAPÍTULO 26

Una batalla en el Almacén, o las cuentas pendientes de Jota

—Quién… ¿qué es esa cosa? —preguntó Manda.

—El Señor Comadreja —respondió Jota con los puños tan apretados que se podía oír cómo crujían sus diminutos huesecillos. Tenía el hocico arrugado y los ojos clavados en el ser que acababa de entrar. Con un gesto que esta vez fue limpio y rápido, extrajo la espada de su vaina y la empuñó con fuerza.

El Señor Comadreja se estiró y se arregló el cuello de la camisa de su traje que parecía inglés, aunque en realidad no era un traje, y mucho menos inglés. Ni siquiera él era una comadreja. Era el brazo de Pan, el que recogía la basura y se encargaba de las pequeñas molestias que no debían ser reportadas a su señor. Pequeñas molestias como las que tenía ahora delante de sus ojillos crueles e inteligentes.

—Veo que no sólo se han *vaciado* algunas botellas… también ha entrado algo de basura de la calle. Algo *remarcable*, si tenemos en cuenta que para poder llegar aquí hay que superar el laberinto… —dijo el Señor Comadreja, cambiando de entonación algunas palabras aleatorias en cada frase que decía. Eso, unido al tono de su voz, generaba una intranquilidad de muchos quilates, de la que te haría pagar dinero con tal de que se callase—. Ah, pero este pequeño *desperdicio* me resulta conocido —añadió entrecerrando un ojo, y señalando con una de sus pezuñas a Jota. La uña estaba afilada como la hoja de una cuchilla de afeitar.

—¡TÚ… MATASTE… A… MI… MADREEEE! —gritó el pequeño Cobb. Hilillos de saliva le colgaban de las comisuras del hocico, y las lágrimas creaban un efecto óptico que hacía que sus ya de por sí grandes ojos se vieran inmensos.

—Qué… —susurró Manda, mirando al pequeño, boquiabierta.

—¡Ah, claro! Cierto es… presumo de tener una memoria inmejorable, que no es algo al alcance de cualquiera. Eres el hijo de aquella *rata* —la entonación en la palabra, así como la media sonrisa que se dibujó en su cara hicieron que a Jota le hirviera la sangre— que se metió en el paso de la patrulla… ¿Cuánto hace de eso… un par de años, tres?

—¡No era una rata, *malomalísimocomadrejaasquerosa*! —le gritó Jota, y se lanzó a por él espada en ristre, con todos los músculos en

tensión. A pesar de su pequeño tamaño, en aquél momento se sentía un gigante, con cada fibra de su ser orientada en una misma dirección, con un mismo objetivo común: vengar la muerte de su madre.

El Señor Comadreja lo eliminó con un único movimiento de su mano.

Se movió a una velocidad que el ojo no podía seguir, y pasó de estar en el camino de la hoja de la espada de Jota a estar detrás de él. Con un movimiento semicircular, como de guadaña, le desgarró la espalda con sus garras y lo estrelló contra la puerta. El pequeño quedó inmóvil en el suelo, y un charco de sangre que no presagiaba nada bueno comenzó a dibujarse a cámara lenta a su alrededor.

—*¡NOOOOO!* —gritaron al unísono Walter y Manda. Al reparar en Walter, la expresión del Señor Comadreja cambió como de la noche al día.

—Vaya… vaya *inesperada* sorpresa. El Señor W. De nuevo se *cruzan* nuestros caminos… Esto hace que sea necesario *equilibrar* la balanza —casi susurró el Señor Comadreja. Se arregló el traje, que había quedado ligeramente arrugado tras acabar con la vida de Jota, y una vez estuvo conforme con su aspecto, chasqueó los dedos.

—Poneos detrás de mí —ordenó Walter. Los otros tres obedecieron sin que fuese necesario repetir la orden. Era la primera vez que Manda y Pit veían al Señor Comadreja, pero a Tomás le producía tal efecto que hacía que le temblara todo el cuerpo como si tuviera convulsiones. Aquel ser era un verdadero hijo de mala madre, y lo peor era que disfrutaba siéndolo.

A las espaldas del Señor Comadreja el aire vaciló como si tras él hubiese una cortina de agua flotando en el ambiente sobre la que se estuviesen proyectando imágenes incomprensibles y aterradoras. Llegado a un punto, aquella distorsión se materializó en un ejército de seres espantosos, una versión bélica de las patrullas del exterior.

Los de arriba servían para atemorizar, vigilar e informar.

Los que acababa de invocar el odioso Señor Comadreja servían para destrozar.

—Señor W, muéstreme usted *qué* es capaz de hacer —soltó, con una mueca de desprecio, y se hizo a un lado.

—Q… ¿qué demonios es eso? —balbuceó Pit. A pocos metros por delante de ellos, un grupo de seres parecidos a enormes pulpos cuyos tentáculos —bastante más de ocho por criatura— estaban adornados por cientos de ventosas que parecían latir, abriéndose y cerrándose rítmicamente. De forma aleatoria, del interior de alguno de ellos surgía un fino diente afiladísimo, de una longitud suficiente como para atravesar a cualquiera de ellos cuatro. La masa central de la que surgían los tentáculos era un compendio de ojillos malvados y escrutadores repartidos en grupúsculos de diez o doce por toda su

superficie, que no dejaban ángulo alguno sin cubrir, lo que hacía imposible pillarlos por sorpresa. En cuanto el Señor Comadreja se alejó lo suficiente, los seres se lanzaron a por ellos a una velocidad endiablada. Sus cuerpos parecían girar a medida que los tentáculos se despegaban y se iban pegando de nuevo más adelante conforme se desplazaban.

Walter dio un paso hacia ellos sin el menor atisbo de preocupación, introdujo la mano en la bolsa y sacó un bote de algo parecido a un pulverizador, con una perilla de color negro enroscada sobre un tarro dorado. Tan sólo dijo una palabra, pero fue más que suficiente.

—*Aranea*

De inmediato, los seres se desinflaron a ojos vista. En cuestión de décimas de segundo fueron haciéndose cada vez más pequeños, hasta que al llegar a los pies de Walter eran del tamaño de pequeños arácnidos que correteaban en círculos, como si estuvieran preguntándose qué demonios había ocurrido allí. Walter los roció con el contenido del pulverizador hasta que dejaron de moverse.

El sonido de un aplauso desganado rompió el silencio que se había establecido en el interior del Almacén.

—Bravo. Muy, muy *ocurrente* —soltó el Señor Comadreja con su estridente vocecilla y una sonrisa de oreja a oreja que le confería un aspecto mezquino. La sonrisa se amplió aún más al ver la sangre brotar de la nariz de Walter—. ¿Cuántas van ya? Si mis cuentas no me fallan, y no me he perdido ninguna, has firmado tu sentencia al usar el objeto… ¿Te encuentras mal?¿Sientes mareos? —preguntó enseñando los colmillos y pasando su lengua por ellos. Que estaba disfrutando de la situación era mucho más que evidente.

Walter no dijo nada, simplemente introdujo la mano en su bandolera de cuero y extrajo su botella. Antes de que el Señor Comadreja fuese consciente de lo que estaba haciendo, se la vació por encima.

Todas las penurias que habían pasado hasta llegar allí merecieron la pena tan sólo por ver la expresión de sorpresa en el rostro del maléfico Señor Comadreja. De pronto, fue consciente de lo que estaba sucediendo, de que Walter tenía acceso ilimitado a los objetos. De que había sido tan estúpido de creer que tenía la situación controlada hasta el punto de ni siquiera poner sobre aviso a su señor. Las urgencias se agolparon en su mente, bloqueándolo por completo. Sólo fue capaz de balbucear unas cuantas palabras inconexas.

—Pero… pero… esto no… —soltó, e hizo el gesto de quitarse de enmedio a toda prisa. Walter, por supuesto, no se lo permitió. Volvió a introducir su mano en la bolsa y sacó un pequeño pincel.

—*Pictura* —dijo, agitándolo en la dirección del desagradable ser

que, curiosamente, ya no se preocupaba porque su traje estuviese cada vez más arrugado y fuera de sitio. Su cuerpo se hizo intangible, se convirtió en pintura y se estrelló contra la estantería en la que estaba apoyado, dibujando su imagen en ella como si se tratase de un grafiti instantáneo. Antes de llegar a sentir los efectos del uso del objeto en su cuerpo, Walter dejó el pincel en la bolsa, sacó la botella y recuperó su esencia vital

—No es justo. ¡No es justo! —dijo la voz que salía de la boca dibujada, tan estridente y desagradable como cuando lo hacía del animal corpóreo.

—¡Calla! —le ordenó Walter a voz en grito. El Señor Comadreja, por una vez en su vida,no tuvo más remedio que obedecer a alguien que no era su señor.

—Walter, Jota… —gimió Manda alargando la última vocal del nombre del Cobb, que sonó como una súplica. Quería añadir algo más, sin embargo la voz se quedó a medio camino y se convirtió en un sollozo. Ambos corrieron hacia donde se encontraba el pequeño, pero la cantidad de sangre sobre la que descansaba su cuerpo les dijo sin palabras lo que no querían oír. Tomás y Pit llegaron un poco después, a causa del grafiti del Señor Comadreja, que los siguió con la vista conforme pasaban por delante suya, haciendo que caminaran con pies de plomo, con un ojo en el camino y otro en la pared.

El pequeño mantenía aún un hálito de vida, pero respiraba con evidente dificultad. No había que ser un experto en medicina para ver que no le quedaba mucho tiempo.

—¡Walter, el 278! ¿Crees que servirá?

—¡Sí, debería! ¡Si me doy prisa, claro que sí! —aseveró, introduciendo la mano en la bolsa. Sacó una especie de venda, que colocó sobre el pelaje del pequeño. A continuación, dio en voz alta la frase de activación.

—*Remedium vulnere*.

En cuestión de segundos, la vida pareció volver al cuerpo del pequeño. Walter tomó el objeto del cuerpo del pequeño y repitió el proceso de devolverlo a la bolsa y recuperar su esencia. No quiso decirle nada a Manda, pero cada vez que lo hacía se iba sintiendo peor. Aunque parecía que los efectos de recuperar la energía eran infinitamente más soportables que el suplicio de perderla, no era en absoluto un proceso inocuo, y suponía que tarde o temprano le pasaría factura, pero de momento era el arma definitiva para la batalla final con el mismísimo Pan.

Esperaba estar a la altura.

Y esperaba, si su destino acababa siendo perecer a manos de Pan, poder al menos recuperar sus recuerdos antes de irse. Necesitaba saber quién era, y por qué le estaba pasando todo aquello.

La voz de Jota lo sacó de tan funestos pensamientos.

—¿Estoy *muriéndomemuerto*? —preguntó al ver tanta sangre.

—¡No, no estás *muriendotemuerto*! —le respondió Manda con una sonrisa de oreja a oreja, mientras le ayudaba a incorporarse. Con cierto esfuerzo, el pequeño acabó poniéndose en pie, sin dejar de mirar con los ojos espantados toda la sangre que había en el suelo—. No te preocupes —trató de tranquilizarlo Manda, suavizando el tono de voz todo lo que pudo, y apretándolo entre sus brazos—. Ya todo está bien.

—¿El *malvadoasesino* Señor Comadreja ha escapado? —preguntó.

—No. No lo ha hecho, ni lo hará —le respondió ella, señalando hacia el grafiti atrapado en la estantería. Jota se quedó mirándolo, sorprendido.

—¿De verdad es él?

Manda y Walter asintieron en silencio. Jota se acercó hasta ponerse delante suya, mirándolo fijamente.

—¡Sácame de aquí!¡Sácame de aquí y te perdonaré la vida! —le gritó la voz estridente que no dejaba lugar a dudas sobre su propietario, por mucho que éste fuera dibujado. Jota recuperó la espada que seguía en el suelo tras su infructuoso intento de venganza, y la apoyó contra la madera de la estantería, justo en el lugar en el que, en caso de ser de carne y hueso, el Señor Comadreja tendría el corazón.

—Mi… madre… no… era… una… rata —le espetó, vocalizando cada una de las palabras de forma exagerada, a la vez que iba aplicando presión a la espada. El Señor Comadreja perdió toda su compostura y se puso a suplicar a voz en grito.

—¡No!¡No sigas!¡Duele!*¡Dueeeeeele!*

Jota dejó de hacer presión, se quedó un momento pensativo, y enfundó la espada.

—¡Haces bien!¡Haces bien! —gritó el dibujo del animal que vestía un traje inglés—. ¡Tú me perdonas, yo te perdono, así funciona esto!

Jota, sin decir palabra, sacó la *huevera* del zurrón que colgaba de su cinto, y escupió varias veces en su interior. Luego, tomó un trozo de tejido roñoso del interior del mismo zurrón.

—¿Qué haces?¿Qué vas a hacer?¡Busca cómo *liberarme* de aquí y te compensaré con montañas de oro!¡Mi señor te compensará!

Jota se apoyó en la estantería y, tras humedecer el trapo en su saliva, lo restregó por la boca dibujada del Señor Comadreja, emborronándola y sumiéndolo en el silencio para siempre.

—Mi madre me enseñó a no hacer *dañomal* a otras criaturas, aunque fuesen el mismísimo demonio —le soltó con rabia—. Agradécele a ella el seguir viviendo.

Y se dio la vuelta, sin hacer el más mínimo caso a los ruidos

ahogados que provenían de la estantería. Walter, Manda, y sus amigos de la urbanización lo observaban boquiabiertos.

—Es un poco *asquerosodeasco*, pero la saliva de Cobb es uno de los mejores limpiadores que conozco —se disculpó, encogiéndose de hombros.

Todos rieron y felicitaron al pequeñajo por sus actos.

—Estoy segurísima de que tu madre se habría sentido muy orgullosa de ti —le dijo Manda. Jota no fue capaz de responder, con los ojos empañados.

—Bueno, es hora de seguir nuestro camino —dijo Walter—. Pero antes, debemos liberar las energías prisioneras. Esto va a cabrear con mayúsculas a Pan. No sé cuánto tiempo ha dedicado a hacer su colección, pero va a entrar en cólera…

—Que se joda —soltó Manda. A renglón seguido, se disculpó.

—Chicos me temo que cuando haga esto, vosotros también os iréis a casa —añadió Walter mirando a Tomás y a Pit.

—¡QUÉ!¡Pero yo no quiero dejar a Manda aquí sola! —protestó Tomás—. Quiero decir… sé que no está sola, que estáis vosotros dos, pero… ¡un amigo no debe abandonar jamás a otro!

—¡Totalmente de acuerdo! —se sumó Pit a la protesta—. Ni te plantees que nos vamos a ir así como así…

—Lo siento, pero no hay otra posibilidad —insistió Walter—. No hay manera de hacer un uso selectivo del objeto que voy a utilizar. Es o todos, o ninguno.

—Pues ninguno —saltó Tomás, con algo bastante similar a una rabieta de niño pequeño.

—No puede ser, Tomás —le dijo Manda sujetándole la barbilla—. Tienes que volver, tu madre te necesita, le vas a dar la alegría de su vida.

Y luego,le dio un beso en los labios. Esta vez fue Walter el que apartó la mirada.

—Pero es que…

—Pero es que nada. Ya habéis oído a Walter —cortó Manda abrazándolos a los dos—. Gracias —añadió.

—Manda… ¿Por qué no vuelves tú también? —le dijo Tomás al oído—. Quiero decir… parecen buena gente, pero esta no es tu guerra… es como si estuvieses metida en una peli de fantasía…

—Ya… pero.. —se tomó unos segundos para intentar encontrar las palabras que expresaran lo que sentía, pero se dio por vencida—. No sé por qué, pero yo sí siento que esta es mi guerra. Lo siento aquí —dijo, apretándose el centro del pecho con un dedo.

Tomás asintió con una sonrisa y una expresión de tristeza infinita.

—Cuidate mucho, ¿vale?

—Lo haré, no te preocupes…

Quiso añadir un mensaje para su madre, para el caso de que no consiguiera volver, pero consideró con buen criterio que era mejor guardarlo y dárselo ella misma. No nombrar la posibilidad de no regresar la eliminaba como opción posible. Al menos, eso quería creer.

—Walter, por favor, dale a Pit la botella de mi madre… no quisiera que su energía se liberase dentro de la bolsa.

Por supuesto, Walter accedió a la petición.

Pit y Tomás se despidieron de Walter y de Jota rogándoles que cuidaran de su amiga, pero cuando el chico metió la mano en la bandolera de cuero, Pit lo detuvo.

—¡Espera un segundo!

—¿Qué ocurre? —respondió, sacando la mano.

—Los tres… las tres botellas azules… ¿qué va a pasar con ellos?

—Vaya, los había olvidado… En realidad ellos son un caso aparte… No tendrán un cuerpo al que regresar si uso el objeto sobre ellos. Habrá que llevar las botellas físicamente arriba, y liberarlos allí. Deberían hacerse corpóreos al deshacerse el efecto de la linterna…

A Pit aquello le sonó unos cuantos escalones por arriba de la ciencia ficción, pero había visto tantas cosas que se salían de la normalidad que, simplemente, lo aceptó y ya está.

—Manda… ¿tú podrías…? —dejó en el aire la pregunta, pero ella le respondió sin importarle.

—Descuida. Yo los llevaré de vuelta.

Ahora sí, Walter metió la mano en su bandolera de cuero marrón, extrajo una cadena de hierro de cuatro eslabones, con aspecto de ser antiquísima, y pronunció la frase de activación.

—*Liberatio*.

Decir que el espectáculo que desencadenó la frase de activación fue precioso era quedarse muy, muy corto. Los tapones de corcho de todas y cada una de las botellas salieron despedidos con décimas de segundo de diferencia. Millones de tapones, millones de explosiones de liberación, como otras tantas botellas de champán que se descorcharan a modo de celebración. Y sin solución de continuidad, los colores. De cada una de las botellas brotó la energía vital atrapada, colores vibrantes, distintos unos de otros por alguna razón que a ellos se les escapaba, quizás por el tiempo que llevaban allí atrapados, quizás por el lugar a que pertenecían, o puede que por otro motivo totalmente distinto que nada tuviera que ver con los anteriores. Energías que en algunos casos volverían a los cuerpos de los que habían sido extraídas, o que saltaban a otros planos de existencia en el caso de que los cuerpos que los contenían ya no perteneciesen a este mundo. En cualquier caso, libres..

Porque si había algo que era evidente es que Pan llevaba mucho tiempo coleccionando. Mucho más de lo que ellos habían pensado en

un principio.

Manda vio como Tomás y Pit se disolvían en naranja y azul y se filtraban por el techo, muy por encima de su cabeza.

El espectáculo fue tan hermoso como efímero, y en cuestión de segundos ya había concluido, dejando tras de sí un almacén repleto de botellas vacías, y el dibujo de una alimaña en una estantería que temblaba temiendo la reacción de su señor.

En silencio.

En otro lugar no demasiado lejos de allí, y a la vez a varios multiversos de distancia, Pan sintió el golpe de las ondas residuales, como el tsunami que alcanza la orilla aunque el movimiento de tierras se haya producido muchos kilómetros mar adentro, y gritó.

—Tanto… ¡Tanto!...¡TANTO tiempo!

Su colección, su hermosa colección, su sustento, se había esfumado por completo, como humo en un huracán. Intentó contactar con su brazo, con el Señor Comadreja, pero no obtuvo respuesta.

Esta vez no había sido como siempre. Los acontecimientos se habían desviado dramáticamente de lo acostumbrado.

Y alguien iba a pagar por ello.

CAPÍTULO 27

En los dominios de Pan, o la caja con la luz de seda

—El juego está llegando al final —dijo Walter—. Tenemos que estar preparados para cualquier cosa, porque Pan está cerca… muy cerca. Casi lo puedo notar en el aire.

Y así era, cualquiera de los tres podía dar fe de ello. El ambiente estaba electrizado, casi podían ver saltar chispas azuladas entre las puntas de sus dedos. Finalmente, resultó que el subterráneo tenía tres plantas, y el grupo de amigos estaba bajando una rampa inclinada que los llevaría hasta Él.

El Todopoderoso Pan.

A Manda la aterrorizaba pensar tan sólo en el concepto. Ella ya había estado cara a cara con él, cuando le ofreció la pulsera. Por aquellos entonces le pareció un tipo raro, pero un tipo, al fin y al cabo. Ahora sabía que era más que un hombre. Y que tenía casi el poder de un Dios.

¿Cómo iban ellos a ser capaces de enfrentarlo?

La aventura, que comenzó como un medio para recuperar la memoria perdida de Walter había cambiado dramáticamente de rumbo, y tras liberar, literalmente, millones de almas, ahora el objetivo era acabar con una entidad maligna, que quizás existía desde el principio de los tiempos para evitar que siguiera haciendo daño.

Para evitar que comenzase una nueva colección.

Manda no creía que nadie que los viese bajar con paso decidido hacia la última planta del subterráneo pudiera pensar que ellos tres eran los héroes de la historia: un muchacho con una camiseta negra destrozada cubierta de sangre seca, una chica con una gabardina mugrienta que tenía todo el aspecto de haber sido rescatada del Apocalipsis, y que además le quedaba varias tallas grande, y un Cobb que no les llegaba a la cintura, cuyo pelaje, en otro tiempo sedoso, parecía ahora que hubiera sido utilizado como escoba para barrer el suelo.

Y sin embargo, así era.

El Cobb tenía en su pequeño cuerpo la suficiente valentía, el suficiente arrojo como para llenar galaxias. Había luchado, había arriesgado su vida hasta el punto de estar en el límite mismo entre este mundo y el siguiente, y sin embargo había sobrevivido. Y había

permanecido fiel a sus principios cuando lo fácil hubiera sido dejarse llevar por la rabia, el odio y el deseo de venganza.

Hay que ser muy grande para lograr algo así.

Walter, un chico sin memoria que dedicaba su vida a recuperar objetos malignos con el único objetivo de que dejaran de ser usados para dañar inocentes. Lo fácil hubiera sido esconderse tras la pérdida de memoria y dejar de arriesgarse, comenzar una nueva vida desde cero como una persona normal, una persona que no tuviese que estar poniendo constantemente su vida en peligro.

Y sin embargo, allí estaba.

Había conseguido liberar las almas prisioneras de millones de personas, que probablemente llevasen tanto tiempo atrapadas allí, en aquel almacén que hacía que el simple hecho de imaginarlo fuese doloroso.

Y por último, aunque nunca la última, se encontraba Manda.

Una chica que menos de cuarenta y ocho horas antes creía que el mundo se circunscribía a lo que sus ojos podían ver. Claro, había todo un Universo por descubrir allá arriba, muy por encima de su cabeza, donde la vista era incapaz de llegar; miles de millones de planetas en los que jamás pondría un pie, y precisamente por eso no la preocupaban lo más mínimo. A ella le interesaban las cosas tangibles, los problemas que se podían resolver. Y ahora se encontraba en un mundo de fantasía, o de pesadilla, según como se mirase, tan sólo porque en vez de darse la vuelta y salir corriendo, sintió que su deber era ayudar al chico que acababa de conocer.

Pero no sólo por eso.

También porque había algo más, algo que no había sentido jamás con nadie, una sensación inexplicable. Y estaba segura de que a él le había ocurrido lo mismo.

Por eso quería ayudarlo a que consiguiera recuperar la memoria, a desvelar el misterio. Saber por qué había estado antes allí, en esa misma situación, y qué había ocurrido para que no pudiera recordar absolutamente nada.

Tres amigos, tres héroes, con un único objetivo.

Y en principio, con un enemigo imbatible.

Pan, en su lugar de meditación, recapacitaba acerca de los últimos acontecimientos. Su colección había sido dilapidada, destruída… La sensación era tan sólo levemente comparable a la que sentiría un enólogo que viese evaporarse en cuestión de segundos la más exquisita bodega del mundo. Ya no podría pasear entre los lineales, pasar sus dedos por el delicado vidrio mientras sentía la desazón que ello

provocaba en las energías contenidas en cada botella. Había perdido esencias que conservaba desde hacía siglos, y eso lo enfadaba hasta un punto en el que no se había encontrado jamás con anterioridad. Y lo peor estaba por llegar, porque tarde o temprano lo golpearía el hambre. Aún tenía las suficientes reservas en sus aposentos, pero cuando llegase el día en que escasearan, tendría que subir y arrasar cada alma que se pusiera a su alcance.

¿Creían que habían hecho un buen acto liberando esas energías?

Con ello, tan sólo habían condenado a otras.

Y él iba a procurar que fuesen las esencias vitales de las personas de su entorno. Familiares y amigos, a ser posible.

Es el ciclo de la vida.

Ellos estaban en la base de la pirámide alimenticia, sólo que no eran conscientes de ello.

Pan se recostó en su sillón, un sillón que haría palidecer de envidia a cualquier trono de la realeza de cualquier época de la humanidad, echó la mano hacia el suelo y cogió una botella de color verde. Giró su dedo índice alrededor del borde del tapón de corcho, como si se tratase de una copa de cristal de bohemia a la que intentase arrancar una nota musical, pero en vez de eso lo que arrancó fue el tapón. La esencia, al sentir una vía de escape, ascendió por el cuello de cristal y salió al exterior. Era de un azul eléctrico, y al verse libre comenzó a ascender hacia el techo, pero Pan la sujetó haciendo pinza con sus dedos pulgar e índice, como si la energía tuviese entidad física y se pudiese sujetar. Luego, acercó los dedos a sus labios y sorbió. La esencia trató de oponer resistencia, pero todo sucedió al igual que en la breve lucha entre un pescador y su presa: un par de tirones en los que parecía que iba a poder escapar, pero en realidad Pan estaba jugando con ella, porque no tenía posibilidad alguna de salir bien de aquello. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba en una torva sonrisa, y la lucha, si es que en realidad había existido en algún momento, acabó con el depredador devorando a su presa.

Luego, echó la cabeza hacia atrás y dormitó.

Él se acercaba, y con él, llegaba el momento de la verdad.

Otra vez.

—Hemos llegado —dijo Walter—. La piel de sus brazos era un paisaje de diminutos montes y valles, a pesar de que allí, en la última planta del subterráneo, no hacía frío en absoluto.

—Tienes la piel de gallina —le susurró Manda acariciándolo.

—No puede ser —dijo Jota también en voz baja—. *Cadacual* tiene la piel de lo que es: yo de Cobb, vosotros de humanos —agregó,

levantando el brazo como si el hecho de mostrar su pelaje pudiera aclarar cualquier posible duda.

—Ya —rio Manda—. Es una forma de hablar —le explicó. Sólo el pequeño Cobb era capaz, con una de la suyas, de quitarle hierro a la situación en la que se encontraban.

Era el final del subterráneo. Los candelabros, que seguían iluminándolos con su lánguida luz anaranjada, iban a confluir en una enorme puerta, tras la que se encontraba Él.

No cabía duda alguna.

Se sentía en el ambiente.

—¿Y ahora? —preguntó Manda —¿Golpeamos la puerta con los nudillos para avisarle de que estamos aquí? —preguntó medio en serio, medio en broma. Iban a enfrentarse a alguien con el poder de un Dios, pero Walter llevaba colgado del brazo un arsenal con el poder de doblegarlo. Y no era una forma de hablar, ella conocía todos y cada uno de los objetos y el poder que guardaba en su interior.

—No es necesario que le avisemos ni que nos andemos con precauciones absurdas —respondió Walter—. Él sabe que estamos aquí.

Respiró hondo, y empujó la puerta, que a pesar de su inmenso tamaño, se deslizó suavemente sobre sus goznes sin hacer el menor ruido. No tenía pestillo ni cierre, porque nadie en su sano juicio entraría allí por voluntad propia.

Ellos tres lo hicieron.

La estancia era una oda al exceso. Todo era grande, inmenso, recargado. Los techos se podían encontrar perfectamente a cinco o seis metros de altura. Extrañas pinturas abstractas de grandes dimensiones adornaban las paredes, contenidas en lujosos marcos dorados finamente tallados. Era evidente que el material usado para la creación de dichos marcos era oro puro, porque… ¿qué otra cosa iba a poner Pan como adorno en su estancia?

Manda sintió un sudor helado en la espalda al reconocer las escenas que mostraban las pinturas. Lo que en principio confundió con arte abstracto, eran en realidad escenas de El Borde, captadas con tanta fuerza, con tanta intensidad, que le pareció encontrarse allí mismo, y no pudo reprimir un escalofrío.

Los suelos estaban cubiertos por densas alfombras bellamente decoradas, que siseaban al caminar sobre ellas, y que no dejaban ni un milímetro cuadrado de suelo a la vista, amontonándose unas sobre otras en los puntos en los que hacían contacto.

Al fondo de la estancia, unas gruesas cortinas de color violeta

oscuro, de un material parecido al terciopelo no permitían ver más allá. Lo mismo ocurría a lo largo del resto de las paredes, en las que los espacios que quedaban entre cuadros estaban ocupados por los gruesos cortinajes.

A la izquierda, algo llamaba la atención sobremanera: una puerta cuyo marco atrapaba las miradas. Era de oro, sin duda alguna, y parecía la obra de un genio. El grosor de los listones verticales no era uniforme, estaba compuesto de diversos cuadrados de distintos tamaños que se superponían unos sobre otros, girados sobre su centro un cierto número de grados en apariencia aleatorios, lo que le daba un aspecto intranquilizador y dinámico a un tiempo. Lo mismo ocurría con el único listón horizontal, a unos tres metros del suelo, que además tenía justo en el centro un rectángulo —la única forma geométrica en todo el marco que no tenía todos sus lados iguales—, en el que había algo escrito, aunque no se alcanzaba a leer desde el sitio en el que se encontraban.

La puerta no tenía hoja, pero a pesar de ello era imposible ver lo que había más allá del umbral. El interior del marco mostraba la más absoluta de las negruras, y ni la luz de la estancia se atrevía a cruzarlo.

Dejando de lado las paredes y repartidos a lo largo y a lo ancho del resto de la estancia, se podían ver cientos de adornos y muebles de maderas nobles con miles de figuritas sobre ellos que representaban seres que ella jamás había visto antes.

Y en el lugar de honor, en el centro de la estancia, situada sobre montones de velos de inigualable factura, una caja abierta de la que brotaban hilos de luz sedosa que se movían como si en el interior hubiese una extraña bola de discoteca.

—Otra vez tengo un *pocomucho* de miedo —susurró con voz temblorosa Jota agarrándose a la pierna de Manda.

—Yo también —le respondió ella. Esta vez no tenía sentido mentir al pequeñajo para que se sintiera bien. Aunque fuese una mentira piadosa, habría tenido unas patas muy cortas y no hubiera llegado muy lejos. El temblor en la voz la hubiera delatado—. ¿Recuerdas algo? —le preguntó a Walter con la esperanza de que aquella estancia le trajese algo a la memoria. Si había estado antes allí, era imposible que se hubiera olvidado.

—La caja… recuerdo que la caja es muy importante… ¿Por qué? —dijo, acercándose a ella. La luz que brotaba de su interior era agradable, no molestaba en absoluto a los ojos. Se asomó para intentar ver su contenido, y al hacerlo apoyó una mano en el borde. Un relámpago de recuerdos lo atravesó, dejándolo en estado de *shock* por unos instantes.

—¡WALTER!¿Estás bien? —le preguntó Manda corriendo hacia él,

seguida a menos de un centímetro por Jota, que no pensaba apartarse a más de un paso de distancia de ellos.

—Estoy… estoy bien… es sólo que… Pan… He recordado su nombre, y no es realmente así.

—¿A qué te refieres? —dijo ella.

—Manda… Pan es una especie de... de diminutivo de Pandora… y ésta es su caja.

CAPÍTULO 28

La Caja de Pandora, o una vuelta a la casilla de salida

—Eso no tiene sentido, Walter —le respondió Manda—. En el *insti* estudiamos mitología griega, y te aseguro que Pandora era una mujer. Es más, aunque en todas partes se hable de la caja de Pandora y se represente como tal, no se trataba de una caja, sino de una tinaja. No se sostiene…

—Qué conveniente, que una mujer fuese la culpable de liberar los males de la humanidad, ¿no? No se puede decir que por aquellos tiempos fuesen demasiado feministas… —la rebatió él—. En cualquier caso, es Él. No es nada que tengamos que debatir, ni decidir si estamos de acuerdo o no, simplemente es. Supongo que una especie de Dios malvado y vengativo con poderes mágicos, paseándose entre los humanos con el fin de robarles la energía vital y acumularla en botellas dentro de un almacén no vendía demasiado en aquellos tiempos, así que se sacaron la otra versión de debajo de la manga. Quizás pensaron que si lo ignoraban si no escribían sobre Él, si no le hacían publicidad acabaría extinguiéndose… a saber cómo pensaban en la antigüedad…

—Vale, pero si es así, estaríamos aceptando que Pan tiene… ¿cuántos años?¿Desde cuándo está haciendo de las suyas?

—Milenios, me temo —respondió él.

—Y me conservo bastante bien, debo añadir.

La voz vino de la pared en la que se encontraba la puerta. De detrás de una de las pesadas cortinas de color violeta que separaban cada uno de los elementos decorativos de las paredes, apareció Él. Decir que la temperatura de la estancia bajó varios grados era quedarse muy corto. Cortísimo.

Vestía la chaqueta color vino tinto con la que se presentó a Manda por primera vez, el mismo peinado ridículo, con el mismo pelo gris tan pegado al cráneo que parecía pintura que se hubiera vaciado directamente sobre él, pero ahora se apreciaba algo que Manda no vio la primera vez.

Poder.

Un poder crudo, vasto, casi infinito.

Ahora no se molestaba en ocultarse bajo la apariencia de un hombre normal. *Vestía* el poder como un hombre viste su ropa… le

caía sobre las espaldas como la capa a un rey, vibraba a su alrededor, era uno con él.

Jota se ocultó tras las piernas de Manda y se quedó allí, quieto, aterrorizado.

—¿Cómo sigue el juego ahora?¿Intentáis matarme, o soy yo el que os mata a vosotros? Os adelanto que sé cómo termina la historia...

Walter habló, tratando de no parecer impresionado, ahora que veía a Pan tal como era. El poder era casi visible a su alrededor.

Necesitaba recordar quién era, sabía que era importante hasta el punto de poder provocar un giro en los acontecimientos, y de camino ganar algo de tiempo para pensar en el siguiente paso. Habían luchado lo indecible para llegar allí, pero ahora estaba en un punto muerto: no recordaba absolutamente nada, y además no tenía un plan B preparado.

—¿Qué me ha pasado?¿Por qué no recuerdo nada?¿Qué me has hecho? —preguntó.

—*¿Yooooooo?* —dijo Pan señalándose el pecho con el dedo índice, mientras se le dibujaba en la cara una inmensa sonrisa—. Nada en absoluto… Puede que te hayas dado un golpe en la cabeza —insinuó.

Si había algo que Walter captaba a la primera eran los mentirosos y aquél, revestido o no por uno de los mayores poderes del Universo, estaba mintiendo.

Walter paseó su mano por el borde de la caja, y detectó algo en Pan. Una fluctuación, un leve temblor tan imperceptible que casi cualquier ojo lo pasaría por alto. Pero él lo había visto.

—No lo creo. Sé algo importante. No sé el qué, pero es lo bastante importante como para que te ponga nervioso…

—¿Yo, nervioso? ¡Permíteme QUE... ME... *RÍAAAA*!

La forma en que pronunció la última parte de la frase fue sacada de una película de terror. La mandíbula se le desencajó, la boca se abrió hasta niveles inhumanos. La piel pareció que iba a rasgarse, y el sonido se oyó amplificado, cavernoso, hasta el punto de provocar incluso dolor.

—¡Haz que se calle, por favor! —suplicó Manda. Tenía la sensación de que los oídos le iban a empezar a sangrar de un momento a otro. Jota se había hecho una bola a sus pies, como un puercoespín.

Walter metió la mano en la bolsa. Sin pensar sacó uno de los objetos, una venda. La palabra se dibujó en su mente.

Silentium.

Eso haría que Pan dejara de taladrar sus oídos con el insoportable grito. Pero todo parecía tan… preparado para que ocurriese de esa forma… Algo en su interior, quizás un recuerdo aún no recuperado le gritaba con todas sus fuerzas que no lo hiciera.

Un hilillo de sangre le resbaló por el lóbulo de la oreja a Manda, y eso fue el detonante. Sujetó el objeto unas milésimas de segundo ante sus ojos, y

lo arrojó al interior de la caja.

El efecto en Pan fue inmediato.

—¿Qué te crees que haces, inmundicia? —le escupió en la cara. Gritó, pataleó… gimió como un niño pequeño. Fue una rabieta en toda regla, que hizo que los colores hirvieran en El Borde.

—No puedes recuperarlos —dijo Walter en voz baja, absorto, y de repente lo vio tan claro que no pudo reprimir hablar a voz en grito—. ¡No puedes recuperar los objetos que meto en la caja!¡Por eso quieres que los utilice!¡Porque mientras están fuera de la caja son tan tuyos como míos, pero una vez que vuelven a la caja…!

No pudo terminar la frase, porque Pan lo interrumpió. Estaba fuera de sí.

—¿Y si intentas decir algo que tenga sentido? —soltó entre dientes. El pelo que parecía pintura se movía sobre su cabeza, como si se fuese a despegar. Walter temió que aquella apariencia fuese un disfraz, que si se le caía y mostraba su verdadero aspecto ya no sería capaz de volver a dormir en su vida, sería pasto de horribles pesadillas cada una de las noches que le quedasen por vivir. Tenía los puños apretados y de ellos brotaban pequeños relámpagos que saltaban de un dedo a otro.

Había dado en el centro de la diana, y lo sabía.

Se descolgó la bandolera del hombro por primera vez en mucho, mucho tiempo, desabrochó los cierres, y la puso boca abajo sobre la caja de Pandora. Un intenso remolino de luz surgió sobre ella. Los objetos salieron a cientos, como si la caja tuviese en su interior la más potente aspiradora jamás creada, y se fueron introduciendo en su interior. En apenas unos segundos la bolsa estaba casi vacía. Casi, porque algunos de los objetos no pertenecían a la caja. En su interior quedaron tres botellas azules, llenas, y las vacías de Jota, Tomás, Pit y la del propio Walter. Con mucho cuidado, dejó en el suelo la bolsa casi vacía.

—*¡NOOOOOOOOOO!* —gritó Pan. Fue un grito desgarrador. De rabia. De indignación.

—Se acabó. Le escupió Walter. Ya no queda ningún objeto a tu alcance. Se acabó tu experimento, tus ciudades en una burbuja… Se te acabó el recolectar almas.

Ya no hay objetos. AHORA, por tu culpa, ya no hay objetos—dijo con rabia.

Y seguidamente, una sonrisa, que se convirtió en carcajada en lo que tarda el corazón en dar un latido.

—Ahora. ¡AHORA! —insistió, mientras su risa se volvía cada vez

más descontrolada. Su cabeza pareció vibrar al ritmo de la risa, aumentar y disminuir de tamaño mientras se acercaba a la puerta del marco de oro. De pronto, paró de reír, se giró hacia ellos y, sin dejar de mirarlos, les dedicó una reverencia. Luego, caminando de espaldas, se introdujo en la impenetrable oscuridad del interior del marco.

Todo quedó en silencio.

—Q… ¿qué ha pasado? —preguntó Manda—. Hemos ganado, ¿no?

—¿Se *acabóhaterminado*? —añadió Jota. Su pelaje, que parecía haberse vuelto de color gris ceniza durante el tiempo que Pan se había enfrentado a ellos, recuperó su brillo.

—Sí… creo que sí… Pero… ¿dónde ha ido?¿A dónde lleva esa puerta? —dijo Walter, acercándose con precaución, aunque allí no había rastro de Pan. Manda hizo lo propio, y se acercó también, seguida de lejos por Jota. Walter pasó la mano por el oro del marco. La sensación de que había algo que se le escapaba lo estaba matando.

—Lo mismo ha preferido una retirada a tiempo… una huida antes de que usaras algún objeto que pudiera destruirlo… —dijo Manda pasando también las yemas de los dedos por los cuadrados que formaban la puerta.

—Tú sabes tan bien como yo que no había en la bolsa ningún objeto capaz de eliminarlo… pero es que además ya los había devuelto a la caja. Podía haber acabado con nosotros con un pestañeo, y sin embargo… Oh, joder…

—¿Qué pasa? —preguntó Manda siguiendo con la vista la mirada de Walter. En la parte superior del marco, un rectángulo dorado no pertenecía a la puerta. Era un objeto con una palabra en su interior.

Praeteritum.

—Es una puerta al pasado. ¡Una jodida puerta al pasado! ¡Ha saltado a algún punto en el que los objetos todavía no están en la caja! —gritó Walter—. ¡Tenía preparada una salida por si algo le salía mal!

—¿Quieres decir que… ahora está en algún punto del pasado haciéndonos la vida imposible? Eso me da muy mal rollo.. ¿puede… no sé, buscarnos y acabar con nosotros para que lo que hemos hecho hoy no suceda? Nunca me han gustado las películas de viajes en el tiempo, hacen que me duela la cabeza.

Jota le dio un fortísimo tirón de la gabardina a Manda.

—¡Huele, *Mandaamigagranamiga*!*¡HUELEEEEEE!* —gritó. Era un aviso, pero no llegó a tiempo. Las manos de Pan surgieron de la oscuridad del interior de la puerta y la agarraron por el cuello. Luego la giro y la obligó a mirar a Walter mientras le retorcía el brazo tras la espalda.

—*Sorpresaaaaa* —canturreó con una sonrisa de oreja a oreja. Un hilillo de baba resbaló por la comisura de sus labios.

Walter se maldijo a sí mismo por haber sido tan descuidado. Pan

no había dicho la palabra de activación. No había dicho la maldita palabra de activación. ¿Cómo lo había podido pasar por alto?

Estaba allí, en la oscuridad, esperando a que se acercaran.

—No… no le hagas daño —suplicó—. Te daré lo que quieras.

Pan sonrió.

—Dame la bolsa y tus gafas.

—¿Qué? —preguntó Walter. No entendía nada…

—Dame la bolsa y tus gafas o dile adiós a la chica.

Por supuesto, no esperó ni un segundo. No tenía sentido que quisiera la bolsa vacía, pero menos aún sus gafas. Recogió en primer lugar la bandolera de cuero del suelo, y dejó las botellas a los pies de la caja. Luego se la acercó. Pan se la colgó a Manda del hombro como si quisiera asegurarse de tener las manos libres. Luego, Walter se quitó las gafas y las puso al alcance de sus manos huesudas. Al momento de hacerlo, comenzó a sentirse extraño. Pan se las puso en la mano libre a Manda y le dio una orden.

—Póntelas.

Los recuerdos comenzaron a volver a Walter, al principio gota a gota, luego en avalancha. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo cuando Manda se colocó las gafas. Otro objeto. Eran otro maldito objeto. Lo había tenido todo el tiempo encima sin ser consciente de ello. Un objeto que bloqueaba los recuerdos a la vez que te transformaba en otra persona. En *otro yo*.

Sabía exactamente lo que hacía, y su frase de activación.

La que pronunció Pan en cuanto Manda se las ajustó sobre el puente de la nariz.

— *Alter Ego*.

Manda miró a Walter con expresión suplicante mientras se transformaba. Sus hombros se hicieron más anchos bajo la gabardina. Su pelo se oscureció y se hizo más largo. Creció un par de docenas de centímetros, y su sexo cambió. Sintió que perdía la consciencia mientras la palabra de activación se repetía una y otra vez en su cabeza.

Alter Ego.

Alter E…

Alter…

Walter.

«Me llamo Walter», pensó un segundo antes de desvanecerse. Y luego, una necesidad. «Los objetos. Tengo que recuperar los objetos».

Y eso sustituyó a su memoria. Cuando Pan pronunció la palabra de activación que los haría viajar a los dos al pasado, Manda ya se había transformado por completo en Walter.

La puerta se desactivó tras llevárselos a los dos.

En los aposentos de Pan, sólo quedaron un boquiabierto Jota, y

Manda, quien hasta ese momento creía haber sido Walter.

El mismo cambio, pero en sentido contrario, se había producido en ella. El pelo, que hasta ese momento había sido negro se había acortado y coloreado hasta hacerse naranja, y la ropa ahora era varias tallas más grande de la que le correspondía. Había pasado de ser un hombre a ser una mujer de nuevo.

—¿*Amigogranamigo* Walter era *amigagranamiga Manda*? —preguntó Jota encogiéndose de hombros—. Por eso el olor de *amigogranamigo* Walter era igual al olor de *amigagranamiga* Manda —añadió, y se quedó tan tranquilo.

Capítulo 29

Cómo fue la primera vez, o el bucle infinito

Llevaban ya un buen rato en silencio los dos, en los aposentos de Pan, sentados sobre las densas alfombras.

Jota miraba a Manda con curiosidad, sin decir nada. Ella, mientras tanto, buceaba en sus recién recuperados recuerdos. Recordaba a la perfección la escena que acababa de vivir, pero vista desde el otro lado, asustada, mientras Pan le retorcía el brazo a la espalda.

Recordaba la sensación de cambiar al ponerse las gafas, la de sentir cómo se expandía, cómo le cambiaban los rasgos, cómo pasaba de ser mujer a ser hombre. Ahora era capaz de ver la historia completa, la de su vida de siempre, como Manda, y…

Y recordaba todo el tiempo que había vivido como Walter.

La puerta los llevó de vuelta al pasado, pero esa parte estaba totalmente en blanco porque ella había perdido el conocimiento durante la transformación al colocarse las gafas. Al despertar no había ni rastro de Pan. Ni siquiera ahora, que era capaz de ver el bosque además de los árboles, tenía ni idea de si durante el viaje en el tiempo se separaron, si algo los envió a lugares distintos, o si simplemente Pan lo dejó tirado y se largó, aunque…

¿Por qué, si fue así, le dejó la bandolera de cuero, cuando sabía que su razón de ser en la vida sería perseguirlo y robarle los objetos?

Es más… ¿por qué antes de saltar al pasado le exigió que le diera la bolsa? Podía haberla dejado allí y adiós problema... Walter —ella— no podría recuperar ningún objeto porque no tendría dónde guardarlos.

¿Qué era aquel galimatías, una especie de juego que se montan los dioses inmortales para no aburrirse en su interminable vida eterna?

Aunque la pregunta quedó flotando en algún recóndito rincón de su mente, no pudo evitar que saltaran a primer plano los recuerdos de su vida como Walter.

Más de un año.

Estuvo más de un año sin saber que era Manda. Creyéndose Walter, un muchacho sin memoria, cuyo objetivo en la vida era recuperar los objetos imposibles con los que Pan tentaba a la gente, con el único fin —antes no lo sabía, pero ahora sí— de extraerles la energía vital, embotellarla, y guardarla en su colección, en el almacén.

Un año hasta que se encontró con la Manda que vivía en el pasado al que habían sido enviados. Ahora entendía la chispa al verla, la conexión inmediata que sintió. Ahora entendía a la perfección todos los sentimientos, el no poder quitársela de la cabeza. De alguna forma, su subconsciente le gritaba que estaba ante sí misma.

Recordaba el momento en el que entró en la habitación, cuando Manda decidió acompañarlo —probablemente porque ella también había sentido aquella extraña atracción, del mismo modo que la había sentido él—. Lo recordaba, pero dos veces, desde dos puntos de vista distintos, una primera vez hacía más de un año, como Manda y luego otra reciente, del día anterior, como Walter. Recordaba el salto al entrar en el callejón adoquinado, allí donde daba comienzo un nuevo ciclo del bucle, que acababa en el punto en el que se encontraban ahora. Se había creado una especie de lazo temporal que se repetía indefinidamente.

¿Por qué?

¿Por qué Pan se la había llevado al pasado?¿Por qué la transformó en Walter?

¿Cuál era la pieza que no había visto aún en el montón, la que le daba sentido a la imagen que se estaba formando en el puzle? Porque en ese momento, tanto el puzle como la imagen eran una absoluta e incomprensible mierda.

—Esto es de locos —dijo Manda levantándose. Tenía un dolor de cabeza de mil pares de demonios, y no era para menos. Había estado viviendo el último año como un chico. Durante ese tiempo había olvidado por completo a su familia, a sus amigos, su vida… Y como guinda del pastel, cuando al final acabó encontrándose con su yo del pasado, terminó sintiéndose atraída por sí misma. La sensación era muy, muy extraña.

¿Y ahora qué?

Ya no quedaba nada por hacer allí. Había devuelto los objetos a la caja de Pandora, habían liberado las almas cautivas y, a grandes rasgos, habían ganado.

La teoría —hasta hacía unos minutos ni siquiera sabía que había una práctica— acerca de los viajes en el tiempo le sonaba a chino, y los únicos conocimientos que tenía le habían llegado por las películas, vía Regreso al futuro y Terminator, principalmente.

Walter y Pan estaban ahora en el pasado. En poco más de un año la encontrarán a ella, y eso reescribirá un nuevo bucle en la historia. Suponía que eso generaría otra línea temporal en la que volverían a vivir todo de nuevo hasta llegar al punto en el que se encontraban ahora.

Y así, Pan seguiría viviendo, haciendo daño, robando almas, moviéndose hacia delante en las líneas temporales.

Teniendo eso en cuenta, Él ganaba, suponía.

Pero allí, ahora, su historia no daba para más.

Quería acompañar a Jota fuera de aquel sitio, dejarlo en su casa y volver con su madre, pedirle perdón y abrazarla hasta que no pudiera más.

Quería dejar atrás todo aquello.

Ya había tenido suficientes aventuras para lo que le quedaba de vida, ahora quería calma. Tan sólo calma. Cogió uno de los velos repartidos por la estancia, colocó las tres botellas azules en su interior y lo anudó, fabricando algo parecido a una bolsa. Luego estrelló las botellas vacías de Tomás y Pit, y las de Jota y Walter contra el marco de oro de la puerta. Ya no contendrían más energía en su interior. Por último, cogió en brazos a Jota, y se disponía a comenzar el ascenso, fuera ya de la estancia de Pan, cuando el corazón le dio un vuelco.

—Hay algo que no cuadra —dijo en voz alta—. La primera vez. Tuvo que haber una primera vez.

—La primeravezprimera es la que va siempre antes de la segunda —dijo Jota. Manda lo ignoró y siguió hablando en voz alta para sí misma, para asegurarse de que no se le escapaba la idea entre los dedos.

—¿Cómo llegué aquí la primera vez? —la chispa se convirtió en llama, y la llama en incendio—. ¡Walter no pudo venir a buscarme, porque Walter aún no existía!¡Yo jamás había estado aquí!

Con el pequeño Cobb en brazos, Manda dio media vuelta y volvió a la estancia de Pan. No sabía lo que buscaba, pero sí que el único sitio en el que encontraría respuestas era allí. Rebuscó pistas en los muebles, en cada uno de los cajones, en la puerta dorada, en los cuadros… pero cuando se acercó al fondo, a las cortinas de color violeta que adornaban la pared de enfrente de la puerta, Jota se soltó de sus brazos, mantuvo el equilibrio por encima de los hombros y se colocó tras su cabeza, agarrado a su cuello.

—Nononono —susurró—. Huele mal ahí.

Bingo. Si quería encontrar respuestas, tenía que meterse en el barro. Dejó la bolsa con las tres botellas azules en la entrada, y con una mano temblorosa, y a pesar de las protestas de Jota, se metió tras las cortinas.

Capítulo 30

La verdadera historia, o la Entidad decadente

De pronto, ya no estaba en los aposentos de Pan.

No era una forma de hablar, era literal. Había sentido un leve mareo, como cuando se subía en una atracción de feria que fuese a mucha velocidad. Esa fue exactamente la sensación, como si al atravesar las cortinas la hubiese absorbido un tubo de vacío y la hubiera llevado a miles de millones de kilómetros de distancia en un suspiro.

Y quizás fuese así, porque lo que había tras las cortinas no podía ser parte de la lujosa estancia de Pan.

Para empezar, la iluminación era bajísima en comparación con aquella, por lo que tuvo que esperar un buen rato para ser capaz de captar algo. Aún sin poder fijarse en los detalles, saltaba a la vista que la estancia era lóbrega, húmeda, deprimente. Era amplia, y la sensación se acrecentaba porque el techo no se alcanzaba a ver. Y olía a tierra. A tierra húmeda, y a algo más. Un olor antiguo, ya gastado, pero que no acababa de desaparecer del todo.

Olía a descomposición, y eso la asustó más de lo que lo había estado en toda su vida.

No podía quitarse de la cabeza la idea de que se encontraba en una gigantesca tumba.

Poco a poco, sus pupilas se dilataron para tratar de absorber la máxima cantidad de luz, y vio.

Vio una máquina extraña, como un inmenso colector del tamaño de un autobús, al que llegaban innumerables tubos transparentes que venían desde más allá de donde alcanzaba la vista. Al lado contrario, tras pasar por la máquina, todos los tubos confluían en uno sólo, también translúcido, pero de textura orgánica, como un inmenso cordón umbilical. De pronto, uno de los múltiples tubos que llegaban por el extremo más alejado tembló, y se llenó de una sustancia con la que ella se había familiarizado muchísimo en las últimas horas. Esencia. Energía vital, de un azul brillante e intenso. Durante unos instantes no ocurrió nada más, hasta que el proceso se repitió, esta vez con otro tubo y otro color. Y poco después, uno más.

Los colores —las esencias— se mezclaron en el interior de la máquina, y lo que salió por el tubo de aspecto orgánico no era ni de

lejos tan espectacular como las neblinas de colores intensos.

Era algo de color crema, de aspecto pastoso. Una papilla nutritiva.

Y aunque sabía que se iba a arrepentir durante toda su vida, Manda siguió con la vista el tubo orgánico hasta llegar a su destino. Al hallarlo, sintió que el aire se escapaba de sus pulmones.

Allí, en la esquina menos iluminada, estaba Pan.

Y era algo que jamás hubiera imaginado.

En el extremo del habitáculo contrario a donde se encontraba la máquina, sentado como un gurú que estuviese meditando, el verdadero Pan se alzaba a unos seis o siete metros de altura. Era idéntico al que ella conocía, pero inmensamente grande… y decadente. Estaba desnudo, y parecía estar cayéndose a pedazos, con heridas abiertas y supurantes por la superficie de todo su cuerpo. Prácticamente no había un centímetro de piel que no tuviese una herida abierta, o la cicatriz de haber contenido una. El tubo estaba unido a alguna parte a la espalda del inmenso cuerpo, y cuando la papilla lo recorrió por completo y se introdujo en él, parte de las heridas abiertas brillaron y se cerraron.

«Era inevitable que algún día llegaras aquí».

La voz resonó directamente en el interior de su cerebro. Probablemente Jota la oyese también, porque se puso a temblar agarrado al cuello de Manda.

—¿Quién… qué eres? —le preguntó ella.

«Vete, o muere ahora. No debes estar aquí».

La voz sonó irritada. Pero también había algo subyacente. ¿Miedo, quizás?¿Él le tenía... miedo? No sabía por qué, pero le sonó a farol. No podía irse, tenía que saber.

—No creo que puedas matarme. Si fuera así ya lo habrías hecho.

Silencio.

—Quiero respuestas.

«Vete o muere. No tendrás otra oportunidad».

Cada fibra de su ser le pedía que saliera de allí sin mirar atrás, que volviera a casa y que se pagase una buena terapia para olvidar todo aquello. Quizás con el paso del tiempo, lograse convencerse a sí misma de que no había sido más que una alucinación.

Y entonces se le ocurrió una idea. El tubo. El cordón umbilical. Se acercó a él, y le puso el pie encima. No esperaba en absoluto generar el caos con ello, pero ocurrió. El tubo se desgarró como si fuese de papel, y la papilla salió a presión convertida en el vómito de un bebé.

«Noooononononono. Paraporfavorporfavorparanomás»

Era una súplica, a la vez que un llanto, a la vez que una protesta, a la vez que un grito de terror. Manda retiró el pie de inmediato.

El tubo se autoreparó, y ella pudo fijarse en lo destrozado que estaba. Era como una tubería a la que no se hubiese hecho ningún tipo

de mantenimiento en milenios.

—¿Más? —preguntó elevando la voz a modo de amenaza.

«Nononono. No más, por favor. Vete y déjame en paz».

—¡Cuando me respondas a mis preguntas! —gritó, y sintió miedo en la entidad.

«Qué necesitas saber», transmitió con resignación.

—Si tú eres Pan, ¿quién es tu copia de bolsillo?

No sabía si la entidad entendería el sarcasmo, y se arrepintió al momento de haberlo utilizado. Sin embargo, le respondió.

«¿Pan? Tú me has nombrado así, pero mi nombre no es ese. Yo soy Epimeteo, hijo de Jápeto. Soy uno de los Titanes, el único que perdura. El denostado. El ignorado. El calificado como lerdo, ha resultado ser el más inteligente. Soy un Dios. Y ellos son yo. Carne de mi carne, arrancados de mí, creados a mi imagen y semejanza para procurarme alimento. Cuando ellos lo toman, viene a mí y se procesa en la máquina».

—¿Ellos?

«Ellos. Miles. Uno por cada línea temporal nueva que se crea al repetir el bucle».

Manda sintió arcadas. Epimeteo había estado arrancando materia de su cuerpo y creando a partir de ella nuevos avatares a su imagen y semejanza, pero del tamaño de los hombres, de ahí las heridas. Y cada vez que ese avatar capturaba una esencia y la guardaba en el almacén, no lo hacía por afán de coleccionismo. De hecho, ahora sabía que ni siquiera era un almacén.

Era una despensa.

Y cuando el avatar bebía la esencia de una de las botellas, ésta viajaba desde su cuerpo, a través de los tubos hasta la máquina, donde era procesada y transportada hacia Epimeteo. Como para subrayar que estaba en lo cierto, una nueva tanda de energía entró por los tubos, brillante, y salió convertida en papilla por el cordón umbilical.

—Espera… ¡Espera!¡Lo recuerdo del *insti*!¡Epimeteo, el hermano de Prometeo!... Tú… ¡Tú eres el esposo de Pandora!

«Ahora vete».

—No. Aún no. Yo. ¿Por qué me necesitas?¿Qué demonios te aporto yo?

SIlencio.

—¡HABLA!

Un temblor en Epimeteo. Imperceptible al principio, pero que subía de intensidad. Estaba aterrorizado. Había sido un, Dios, y probablemente lo seguía siendo, pero su poder no estaba allí. Era como si lo hubiese volcado sobre Pan mientras que él, en aquel habitáculo en medio de ninguna parte, se había convertido tan sólo en una criatura indefensa obcecada en vivir, aunque fuese aquel

simulacro de vida.

Una nueva tanda de alimento cerró varias de sus heridas. Manda intentó no pensar en que se trataban de personas. Personas que estaban muriendo para alimentar a aquella aberración con su esencia vital. Se sucedieron unos segundos de silencio, como si Epimeteo estuviese valorando la conveniencia o no de seguir hablando. Finalmente, se decidió.

«Eres necesaria por tu sangre. Por tu herencia. Porque llevo milenios siguiendo a tus antecesoras, desde las más profundas raíces de tu árbol genealógico. Todas mujeres, todas descendientes de la primera, pero hasta que llegaste tú, todas inservibles. Ya casi había perdido la esperanza, ya había agotado por completo mi energía vital cuando te encontré, cuando descubrí que eras la única en milenios que había recibido el poder».

«Los objetos te buscan. Hay cientos de miles, perdidos, y te necesito para hallarlos a todos. Aparecen tarde o temprano siempre donde tú estás. Por eso tengo que estar cerca de ti, porque llevas la sangre de la primera, porque eres descendiente de Pandora».

—¿Q...qué?

La cabeza le daba vueltas. Ya no tenía bastante con las dimensiones alternativas, los cambios de personalidad —literales— y las deidades totalmente idas de la olla. Ahora tenía que sumar a la lista de locuras el ser descendiente de Pandora.

¿De verdad su antepasada había liberado los males de la humanidad? Y lo que era peor… aquella aberración que tenía delante… ¿era también su antepasado? ¿Ella descendía de la unión entre Pandora y Epimeteo?

Mitología.

Mitos, no realidad.

¿Ahora tenía que aceptar otra vuelta de tuerca en lo que hasta hace poco había considerado la realidad, el mundo tangible?

¿La mitología griega tenía una base real?

Si miraba hacia la entidad que decía ser Epimeteo, un ser que sentado alcanzaba más de cinco metros de altura, no quedaba demasiado lugar para la duda.

«Ya SABES. Ahora vete».

—¡NO!¡No sé!¡No sé cómo terminé aquí la primera vez, ni por qué me acabáis de enviar al pasado!

Epimeteo percibió la rabia en Manda y decidió contarle lo que quería saber. Cualquier cosa con tal de no volver a sentir el dolor.

«Cuando descubrí que eras poseedora del don te traje por la fuerza. Uno de mis avatares te raptó y te trajo hasta mí. Quería obligarte a recuperar objetos para mí, pero fue imposible. No pude someterte, así que tracé el plan. Te transformé en tu versión masculina

y te envié con la misión implantada en tu memoria de perseguir a mi copia, a mi avatar, e impedirle que usara los objetos. Pero en realidad esa no era su intención. Él sólo se movía por los terrenos que pisabas e iba recogiendo los objetos que se mostraban ante ti sin que tu fueras consciente de ello. Objetos que saltaban hacia ti, ansiosos por buscar tu protección. Objetos que luego mi avatar usaba para extraer la energía de la que me alimento hasta que, inevitablemente, tu yo masculino los recuperaba. Luego lo seguías hasta aquí, dejábais los objetos en la caja, y saltabas de nuevo al pasado. Así se han creado miles de realidades paralelas, con una trama común en todas ellas: tú, mi avatar y alimento. Cantidad suficiente de alimento, por primera vez en milenios. Y objetos. Miles de objetos recolectados que vuelven a mí».

Manda sintió un nuevo acceso de ira. El alimento eran seres humanos.

—Espera. Hay algo que aún no entiendo. ¿Por qué permitiste que Wal...por qué has permitido que yo vaciara todos los objetos de la bolsa en la caja, si no puedes recuperarlos de allí?

De nuevo, un instante de vacilación.

«¿Te iras?».

—Lo prometo.

«Tú deberías saber mejor que nadie que es una vasija. No una caja».

Una puñetera trampa. No era la caja verdadera. Ellos eran en realidad un servicio de reparto: Walter recuperaba los objetos, los acababa vaciando en la caja y Epimeteo los sacaba para volver a usarlos en la gente. Una estrategia perfectamente planificada, y ellos eran los mecanismos engrasados que, sin saberlo, le ayudaban a seguir matando para obtener la maldita esencia. Manda apretó los puños y trató de contener las lágrimas. Al mirar hacia abajo para que la entidad no viese que estaba llorando, vio la vasija cerca de él. En clase le habían enseñado que Epimeteo era el lerdo, y Prometeo el hermano inteligente. Quizás habría que redefinir la mitología…

—Una última pregunta…

«No voy a responder nada más. VETE».

Manda lo ignoró, y de todos modos, hizo la pregunta.

—¿De verdad has creído por un sólo momento que te voy a dejar que sigas haciéndolo?

Epimeteo se mantuvo en silencio, y el aire se llenó de electricidad estática. Manda dejó la mente en blanco, no podía permitirse pensar que aquel ser fuese su antepasado. Se acercó al cordón umbilical de la máquina y la emprendió a patadas con él. Saltó, bailó encima, lo desgarró y esparció los trozos por toda la estancia. Epimeteo emitió un tono de queja monocorde que hacía vibrar el cráneo por dentro.

Cuando estuvo segura de que aquello no tenía arreglo, se acercó al inmenso ser y cogió la vasija. Se oyeron explosiones y ruido de piezas destrozándose por todas partes, pero ella se concentró única y exclusivamente en huir. Antes de atravesar las cortinas de vuelta hacia la estancia de Pan, se giró para asegurarse de que el trabajo había finalizado. La máquina había reventado por la presión y los miles de tubos de entrada estaban retorcidos sobre sí mismos en ángulos imposibles. La entidad trataba de ponerse en pie entre gritos de dolor pero las heridas, privadas del sustento reparador, se abrían y supuraban.

Manda cerró los ojos, y salió.

—¿Ya nosvamosvámonos por favor? —preguntó Jota, que pareció recuperar la capacidad de hablar en cuanto se vio fuera de allí. La habitación temblaba y amenazaba con colapsar sobre sí misma, pero Manda aún tenía trabajo. Como hiciera por primera vez varios milenios antes, destapó la vasija. El interior estaba vacío, pero enseguida comenzó a absorber los objetos depositados en la falsa caja. En cuestión de segundos, el trabajo estaba hecho. La placa de oro de la parte superior de la puerta también voló hacia el interior, cerrando para siempre el portal hacia el pasado. Con gran esfuerzo, cerró la vasija y los objetos quedaron atrapados en su interior.

—Ahora sí, vámonos —dijo, saliendo de la estancia a toda prisa—. ¡Joder, espera!

Corrió de nuevo hacia el interior. Enormes trozos de techo se desprendían y se estrellaban con gran estruendo contra el suelo. Las pinturas de El Borde se habían descolgado y estaban destrozadas. El suelo crujía, pero ella, entre todo ese caos, consiguió llegar al punto de entrada a la sala de Epimeteo y recuperar la bolsa con las tres botellas azules que había dejado allí antes de entrar.

—Estoy segura de que no merecéis el riesgo que estamos corriendo por vosotros—le dijo en voz alta a la bolsa y, ahora sí, abandonó la estancia para siempre.

No se detuvo un instante a coger aliento. Corrió sin parar hacia arriba, apretando la vasija contra su cuerpo mientras las botellas chocaban unas contra otras en la bolsa con riesgo de acabar hechas añicos. Por suerte, no fue así.

Cuando llegó arriba, se dejó caer en el suelo, medio asfixiada, y lloró.

Lloró de alegría, de miedo, pero sobre todo, lloró por extenuación. Por saber que todo había acabado.

Que volvía a casa.

Sin tener que preocuparse ya de patrullas, del Señor Comadreja, ni de ninguna criatura de Epimeteo, Manda y Jota emprendieron el camino a través del pueblo. Las gentes se les quedaban mirando y se

apartaban, sabiendo que algo tan inusual como una humana era carne de cañón para las patrullas. Aún no eran conscientes de que eran libres.

Una sombra de duda cruzó por la mente de Manda.

¿Resistiría aquél lugar ahora que Epimeteo había dejado de existir?

Esperaba con toda su alma que así fuera. De momento seguía en pie, y eso ya era una buena señal.

—AmigagranamigaManda...hemos llegado a casa… ¡Y a tiempo! —dijo Jota dando un salto.

—Tengo que preguntártelo —dijo Manda—. ¿Por qué has estado metiendo prisa todo el camino?

Jota le respondió con las manos detrás de la espalda, mirando al suelo y dibujando pequeños círculos con el pie sobre él, como si estuviera avergonzado.

—Cuando Mamá nos... dejó, me tuve que acostumbrar a acostumbrarme a quedarme solo en casa mientras Papá trabajaba. Hay veces, como ésta, en las que tiene que estar un par de dos noches fuera de casa, y se habría preocupado mucho si no me hubiese encontrado aquí.

—Claro, lo entiendo… —dijo Manda, y de repente le surgió una duda—. Jota… ¿qué edad tienes?

—Seis años —le respondió él.

—Pero… seis años de Cobb, ¿verdad? Que equivaldrán en años humanos a…

—Seis años. ¿Los humanos tenéis años distintos para cada cosa?

Manda no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas. Aquél pequeño, ahora en toda la extensión de la palabra, era un gigante.

—¿Estás tristedepena porque tengo seis años?

—No, no estoy tristedepena. Estoy orgullosa por haber tenido la posibilidad de conocer a un Cobb tan valiente.

—¿Vas a volver a verme algún día?¿Lo prometesdeverdad?

—Lo prometodeverdad —le respondió. No sabía si iba a tener la oportunidad de cumplir su promesa, aunque lo intentaría. Cuando pasara un tiempo, eso sí—. Hala, corre a casa antes de que vuelva tu padre. Gracias por todo —le dijo, y le dio un beso en la mejilla. El Cobb enrojeció tanto que fue visible a través del pelaje.

Manda se quedó mirándolo hasta que lo vio desaparecer tras la puerta de su casa, y emprendió el camino de vuelta. Con cuidado, se encaramó a la viga, echó una última mirada a la pintoresca calle adoquinada, y caminó hasta que la viga se transformó en una tubería. Saltó hacia el suelo de la escombrera, y lo primero que hizo al pisar suelo real fue buscar un escondite para las tres botellas entre los escombros.

Luego, con la vasija bien agarrada, se encaminó a casa. Llevaba puesta una camiseta negra varias tallas más grande de la que le correspondía, cubierta de costras de sangre seca —de la suya cuando era Walter, sería divertido ver el resultado de los análisis—, y se pìsaba los bajos de los pantalones al caminar. Probablemente la policía la estuviese buscando, y no sabía si podría llegar a casa sin que alguien la detuviera, pero necesitaba abrazar a su madre. Abrazarla, pedirle perdón, y meter en la vasija el maldito anillo, que seguramente estaría en cualquier rincón perdido de la casa, pero que iba a saltar a ella en cuanto se acercase.

Le quedaban por delante unos días muy duros de preguntas y respuestas, pero pensar en la alegría que se habría llevado la madre de Tomás al levantarse esa mañana, le insufló los ánimos para enfrentarse a las preguntas de la policía y a todas las pruebas que fuesen necesarias.

Epílogo

Las aguas se fueron retirando después del tsunami que había irrumpido en la vida de Manda, destruyendo por completo creencias arraigadas casi desde que tenía uso de razón y sustituyéndolas por certezas que parecían sacadas de una novela de terror. Ya hacía una semana desde su vuelta, y poco a poco habían ido desapareciendo de su vida todos los añadidos que hacían que le pareciera estar en una película: los medios, la policía, los curiosos…

Su desaparición, en principio, no había causado demasiado revuelo más allá de alguna reseña en los noticiarios y un mal rato para su madre del que tardaría en recuperarse. Ella se había escudado en que no recordaba absolutamente nada, porque si empezaba a hablar de realidades alternativas, de viajes en el tiempo, y de decadentes deidades griegas probablemente nada la salvaría de una medicación bastante fuerte. Su regreso con la ropa destrozada y cubierta de sangre la puso en el punto de mira del circo mediático durante más horas de las que le hubiera gustado. Por suerte, como ni ella ni su familia tenían trapos sucios que airear, todo quedó en flor de un día, y los tiburones, al dejar de oler sangre, se alejaron en busca de presas más jugosas.

En la semana que llevaba en casa había llegado a contar al menos treinta recuperaciones milagrosas en su entorno, entre conocidos, amigos y vecinos —incluyendo, por supuesto, a Tomás—, pero estaba segura de que había muchas, muchísimas más. De momento aquello había pasado desapercibido para los periodistas, pero tarde o temprano llamaría la atención de alguien que supiera qué pista seguir, de qué hilo tirar.

Por supuesto, ahora que conocía su don, no dudaba en utilizarlo. Había recuperado decenas de objetos, empezando por el anillo de su madre. Todos descansaban ya dentro de la vasija, a salvo en su cuarto.

Mientras eso ocurría, Manda, Tomás y Pit recuperaban el tiempo perdido, especialmente los dos primeros, que habían entrado oficialmente en la etapa casi novios que se cortó abruptamente con el accidente de Tomás.

Aquella mañana, los tres se encontraban en la escombrera. Ese día tocaba cerrar círculos.

—Estoy segura de que las dejé por aquí—dijo Manda rebuscando entre los hierbajos secos de debajo de la tubería—. Estaba un poco fuera de sitio, pero no tanto como para… ¡Ah, aquí están! —exclamó,

y volvió con los otros dos llevando en la mano la bolsa con las tres botellas que contenían —o al menos eso esperaban— a las tres Marías.

—Parece mentira que estén aquí —dijo Tomás mirando la botella al trasluz—. ¿Estás seguro de que quieres sacarlos? —preguntó, mirando a Pit.

—No me tientes —bromeó—. Si por mi fuera los dejaba ahí un par de meses, al menos.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Manda—. ¿Quitamos el tapón y ya está?

—Yo las ponía en fila y las rompía a pedradas —bromeó Pit. Los hijos de su madre me las hicieron pasar canutas… Espero que al menos les haya servido de escarmiento…

—Pues yo espero que de verdad destapemos las botellas y salgan como el genio de Aladdin —dijo Manda—. Conforme pasa el tiempo cada vez me parece más irreal lo que pasamos allí. Venga, cada uno quita un tapón y cruzamos los dedos.

Dicho y hecho, colocaron las tres botellas en el suelo a una distancia de aproximadamente un par de metros unas de otras, quitaron los tapones y se alejaron a toda prisa, como el que enciende un artículo pirotécnico. Al instante, las neblinas de colores se asomaron al cuello de las botellas. Se ve que el color no tenía demasiada relación con la pureza del alma contenida, porque las tres eran preciosas, en distintas tonalidades de verde. Una racha de viento inesperada desvió ligeramente las columnas de humo, y por un terrorífico instante Manda pensó en qué ocurriría si se mezclaran. La idea de un monstruo de tres cabezas se le borró inmediatamente de la cabeza al ver cómo los chicos se hacían corpóreos en un pestañeo. Estaban desnudos, y descolocados, como si hubieran despertado de un largo sueño. Se miraron unos a otros y Paul, como no podía ser de otra manera, fue el primero en hablar.

—¿Qué mierda estamos haciendo aquí en pelotas?¿Qué nos fumamos ayer? —le preguntó a Mike, que era el que estaba más cerca suya. Entonces reparó en la presencia de los tres amigos y, al ver a Pit todo lo ocurrido le reventó en la cabeza.

Sobre todo lo referente la linterna.

Soltó un grito agudo de soprano al que se unieron los otros dos, y salieron a toda velocidad dándose empujones los unos a los otros, sin importarles las piedras que se les clavaban en las plantas de los pies.

Cuando se perdieron de vista, aún seguían gritando.

—Creo que hubiera preferido perderme esta última escena, la verdad —soltó Manda.

—Vamos, no disimules, que te han brillado los ojitos —dijo Tomás con una sonrisa, mientras rompía las botellas a pedradas.

—Ja. No son mi tipo para nada.

—¿Ah, no?¿Y quién es tu tipo, si puede saberse? —le preguntó con una sonrisa de oreja a oreja, pasándole la mano por la cintura y dándole un beso.

—Sois empalagosísimos, lo sabéis, ¿verdad? —protestó Pit—. Me estáis obligando a buscar pareja, que estoy cansado de ir de alcahuete.

Los tres salieron de la escombrera entre risas, y antes de perderla de vista, Manda se giró y se quedó unos instantes con la vista perdida en la tubería medio enterrada que miraba al cielo con un ángulo de casi cuarenta y cinco grados. Aún no estaba preparada, pero esperaba poder reunir la fuerza de voluntad algún día para volver al callejón adoquinado y dar un fuerte abrazo de peluche a Jota.

Tan sólo esperaba que para cuando llegase el día, el portal siguiera abierto y que el universo creado por Pan hubiera sido capaz de sobrevivirlo a él, de vivir una nueva existencia sin miedo al Señor Comadreja ni a sus patrullas.

Algún día.

Fin

Glosario

A lo largo de la historia que acabas de leer, tanto Pan como Walter usan constantemente los objetos imposibles, ya sea para llevar a cabo sus oscuros deseos en el caso del primero, o para evitar males mayores en el caso del segundo.

Cada objeto necesita de una frase para activarse que proviene del latín. Cada una de las frases de activación tiene relación directa con el poder que activa en el objeto.

Si has leído mi biografía, habrás visto que lo mío son los números, así que este ha sido mi primer contacto con el latín, y he tratado de manejarlo a base de imaginación, y de Google.

A pesar de haber puesto todo mi empeño en hacerlo de la manera más correcta posible, puede que haya cometido algún error en el uso de una frase o en alguna traducción. Si es así, te ruego que me disculpes, y te agradecería que me lo hicieras saber.

Te dejo a continuación con el Glosario.

Tempus fugit: El tiempo vuela.

Familia supra omnia: La familia por encima de todo.

Lux temporis: La luz del tiempo.

In extremis: En el último momento.

Incorpórea: Intangible.

Labyrinthus: Laberinto.

Aranea: Araña.

Pictura: Pintura

Remedium vulnere: Cura de las heridas.

Liberatio: Liberación.

Silentium: Silencio.

Praeteritum: Pasado.

Alter Ego: Otro yo.

Unas palabras del autor

Una vez más, me veo aquí, al final de una de mis locuras.

Una de esas que toma entidad propia y va creciendo hasta el punto en el que ya no puedo dejarla en el interior de mi cabeza, hasta el punto en el que necesito hacerla saltar hacia el papel y manchar su blancura con palabras.

Intentar desgranar y detallar una historia a la que vas dando vueltas a lo largo de semanas o meses, durante buena parte del día, y a veces de la noche es una árdua tarea. Y siempre queda la duda de si el resultado final es lo que tenías en mente o si se ha adulterado en el proceso.

El muchacho que recuperaba objetos imposibles surgió, como la mayoría de mis obras, por pura casualidad.

Desde que mis hijos eran pequeños siempre me han mantenido enganchado a la pantalla las aventuras de *Doraemon, el gato cósmico*. Seguro que lo has visto alguna vez en televisión: un *¿gato?* robótico de color azul y blanco y nariz roja que viene del futuro a ayudar al inefable *Nobita*, un niño moreno de grandes gafas redondas y escasa inteligencia que acaba recurriendo siempre a *Doraemon* para que lo saque de los apuros en los que él mismo se va metiendo.

¿Cómo consigue *Doraemon* solucionar esos problemas a *Nobita*?

Con la ayuda de su bolsillo mágico, del que extrae artilugios que vienen del futuro, con los que se pueden hacer cosas increíbles.

La inspiración era muy potente como para pasarla por alto.

La semilla estaba ahí desde hacía mucho, muchísimo tiempo. Y el momento de sembrarla, regarla y ver si crecía llegó cuando acabé la secuela de INMÓVILES. Me apetecía muchísimo participar con alguna obra más en el concurso de autores independientes de AMAZON, el PLAS 2020 (Premio Literario Amazon Storyteller 2020). Eran mediados de mayo, y el concurso permanecía activo hasta finales de agosto. Eso me dejaba poco más de tres meses para escribir una novela desde tan sólo una idea inicial, sin tener argumento, personajes, ni motivaciones. Tan sólo la idea de una bolsa de la que se pueden sacar

objetos con los que se podrían hacer cosas increíbles.

Tenía otras ideas por ahí rondando, pero todas ellas en el mismo estado *embrionario* que la de la bolsa y los objetos, así que le pregunté a mi mujer. Le conté por encima las ideas que tenía, y no dudó en decirme que trabajara sobre ésta.

Llegados a ese punto, tenía proximadamente tres meses por delante para escribir una historia de la que no tenía más que la idea inicial, corregirla, maquetarla, diseñar la portada, maquetar el ebook, y publicarla.

¿Qué podía salir mal?

Como puedes ver, porque estás leyendo estas líneas, al final lo conseguí.

Espero que haya merecido la pena todo el esfuerzo creativo, todos los dolores de cabeza, todas las veces en las que parecía que la historia iba hacia un callejón sin salida.

Si te ha gustado, ya sabes a quien agradecérselo, a Fujiko Fujio, creador de Doraemon, y a mi mujer, que eligió esta historia entre las tres que le propuse (las otras dos verán la luz en algún momento, cuando se hagan lo bastante grandes como para no caber en mi cabeza).

Si no te ha gustado, el único culpable soy yo.

Si ha sido así, prometo intentar hacerlo mejor en la siguiente.

Prometo intentar hacerlo lo mejor posible en la siguiente ocasión, de todas maneras.

Gracias por tu apoyo.

Otras obras publicadas

Si no es la primera vez que lees autores independientes, te habrás dado cuenta de que aprovechamos cualquier resquicio para colarnos y hacer publicidad de nuestras obras.

No es que seamos pesados (que alguno, también), es que al no contar con el apoyo de una editorial importante que se encargue de tener nuestras obras en boca de todos, sólo contamos con nuestras manitas y con tu apoyo para que se nos vaya conociendo.

No hay que subestimar jamás el poder del boca a boca, aunque sea con mascarilla de por medio, de hecho es el arma más poderosa de la que disponemos (como ejemplo, cualquier vídeo viral), así que si alguna vez te preguntan por un autor que te haya gustado, acuérdate de mí, te lo agradeceré eternamente.

Aquí no iba a ser menos, así que permíteme que aproveche las siguientes páginas para hacerte un resumen a vuelapluma de todo lo que llevo escrito a día de hoy.

Las dos obras que más alegrías me han dado, y ojalá que se sumen más son, por una parte ***Décimas***, la antología de relatos con la que quedé finalista en esa categoría en los Premios IGNOTUS de 2019; y por otra ***Inmóviles: Día***, primera parte de la bilogía que se completa con ***Inmóviles: Noche*** y que ha resultado de nuevo finalista de los Premios IGNOTUS en la categoría de novela en este aciago 2020 en el que escribo estas líneas.

Si quedar finalista el año pasado fue un sueño, repetir este año ha sido algo tan increíble como inesperado. No tengo horas suficientes en el día para dar gracias por tantas muestras de apoyo y cariño.

Del resto de mis obras daré cumplida referencia en las páginas siguientes; algunas de ellas (las tres últimas) son exclusivas de AMAZON, así que tendrás que tener cuenta con ellos para descargar el ebook o comprar el papel, de todos modos, si quieres un ejemplar dedicado estaré encantado de enviártelo yo mismo, puedes contactar conmigo y te digo precios con los gastos de envío incluídos.

El resto de obras podrás encontrarlo, de momento, en las principales plataformas de descarga. Te dejo con ellas, y ojalá decidas darle una oportunidad a alguna otra, sería todo un honor.

No puedo despedirme sin pedirte un último favor: si te ha gustado este libro, sería genial que dedicaras unos minutos a escribir en AMAZON lo que te ha parecido. Tu opinión hará que otras personas se decidan a leerlo, además de conseguir que el libro vaya

escalando posiciones en la lista de ventas.

Un libro *invisible* es un libro que no se vende.

Ayúdame a darle visibilidad.

Raiz

Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo. Escribe en tu navegador

https://bit.ly/libroraiz

o escanea con tu móvil el código QR.

Cuando Mabel vio desde la ventana de su habitación cómo aquél inquietante hombre delgado instalaba una –aparentemente– inofensiva cabina de teléfonos en la linde con el bosque, no creyó que eso pudiera suponer el fin del mundo tal como ella lo conocía.

Tan sólo unos días después, seres de pesadilla recorren las calles de Miravalle de la Colina, tomando el lugar de los habitantes del pueblo y reclamando la superficie, llegados de un lugar al que sólo la cabina puede acceder, de la que sólo ella puede traerlos.

La cabina está buscando a *La Reina* y a *El Elegido*. Cuando los encuentre, mostrará su verdadero aspecto, y ya no habrá escapatoria posible. Por alguna extraña razón, Mabel lo intuye, pero nadie puede creerla.

Siente el terror. Huye para salvar la vida. Y sobre todo, pase lo que pase... **NO CONTESTES AL TELÉFONO.**

El juego del Diablo

Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo. Escribe en tu navegador

https://bit.ly/librojuegodiablo

o escanea con tu móvil el código QR.

El Juego del Diablo es un inquietante thriller sobrenatural ambientado en la ciudad de Málaga, que cuenta la pesadilla en la que se convierte la vida de Álex a partir del momento en que sus pasos se cruzan con los de un extraño individuo que le propone un retorcido juego.

A través de las palabras del extraño, Álex descubre que Clara, su novia, de la que no sabe nada desde hace un par de días no ha desaparecido por su propia voluntad, y está en realidad en su poder.

La vida de Álex se ve transformada en una vertiginosa toma de decisiones en la que cualquier error puede conducir a la muerte de Clara. A medida que transcurre el juego, la ciudad se tiñe de sangre mientras que el inspector jefe Ramírez, ayudado por unos poderes extrasensoriales que ni siquiera su esposa conoce, le va pisando los talones.

La situación se torna desesperada cuando Álex descubre que el desconocido es mucho más de lo que aparenta, y que apenas tiene posibilidades de salir victorioso de ***El Juego del Diablo***

Tabula Rasa

Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo. Escribe en tu navegador

http://bit.ly/librotabularasa

o escanea con tu móvil el código QR.

El *Conjunto Residencial Colinas de Santa Marta* es la urbanización más lujosa y exclusiva del sur de Europa. Rodeada por una infranqueable muralla infestada de sensores y alarmas y con su propio cuerpo de seguridad, se podría decir que es el lugar más inexpugnable del planeta sin temor a equivocarse.

Entonces, ¿cómo es posible que una noche aparezca un mendigo merodeando las mansiones de los propietarios, y que ni sensores ni cámaras sean capaces de detectarlo?

¿Por qué ni los más sofisticados sistemas de alarma, ni los hombres más preparados parecen ser capaces de atraparlo?

¿Por qué desde esa noche, los propietarios comienzan a soñar con un muchacho rubio?

¿Qué terrorífico secreto guarda el mendigo?

Cuando los propietarios descubran que sus vidas dependen de él, no tendrán más remedio que aunar fuerzas para evitar su destino.

Lo que jamás podrían llegar a imaginar siquiera es que descubrir el secreto destruirá sus vidas.

Ellos nos quieren a todos

Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo. Escribe en tu navegador

http://bit.ly/libronosquieren

o escanea con tu móvil el código QR.

Los vecinos de un edificio se ven atrapados por una extraña sustancia de un desagradable color grisáceo que se aplasta contra los cristales de las puertas y ventanas exteriores, haciendo imposible salir. El silencio más absoluto parece haber tomado el lugar de las comunicaciones: sin Internet, sin señal telefónica, sin radio ni televisión, se hace imposible recibir cualquier noticia del exterior.

El mundo se reduce ahora a cuatro plantas con dos viviendas de lujo en cada una de ellas, y su población a unos propietarios que guardan extraordinarios secretos, algunos sorprendentes, otros inconfesables. Cuando uno de los propietarios entra en contacto con la sustancia, parece entrar en trance, repitiendo sin cesar las frases “Ellos nos quieren a todos” y “Pronto seremos uno”. Pero... ¿Quiénes son ellos? ¿Qué significan esas enigmáticas frases? Todos lucharán por descubrirlo mientras los acontecimientos se precipitan tanto en el interior como en el exterior del edificio, haciendo que sobrevivir sea cada vez más complicado.

¿Y tú? ¿Te atreves a entrar en el edificio? Puede que jamás consigas salir...

Décimas

DÉCIMAS
DÉCIMAS
FINALISTA
LEMOTUS
2019

Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo. Escribe en tu navegador

http://bit.ly/librodecimas

o escanea con tu móvil el código QR.

Finalista de los prestigiosos ***premios IGNOTUS 2019***, Décimas es una colección de diez sorprendentes relatos. Tensión, terror, finales inesperados y sorprendentes… DÉCIMAS, que empiece la fiebre.

Se arrastran en la oscuridad. Tras cinco días encerrado sin comida ni agua, Kevin empieza a creer que no va a salir con vida de la casa. Si el hambre y la sed no acaban con él, lo harán las cosas que se arrastran.

Invasores de las profundidades. Cuando seres sin forma inundan el metro de Paris, una familia descubre horrorizada que la única posibilidad de salir con vida es acabar con La Larva.

Último deseo. Aquella agenda abandonada parecía tener el poder de conceder cualquier deseo, por complicado que fuese, pero… ¿cuál era el precio?

Su mejor amigo.El plan era sencillo: habían quedado esa noche para disfrutar de la Semana Santa de Málaga. Entonces… ¿Cómo se había podido torcer todo de aquella manera? ¿Por qué había tanta sangre?

Aire de pimienta. ¿Cómo era posible que la casa, que a la luz del día estaba en perfecto estado, apareciese derruida en la oscuridad de la noche? ¿Y quién era aquél niño que esperaba en la puerta?

Uróboros. Su mundo, ahora, se reducía a aquel desierto de polvo fino, anaranjado. ¿Por qué no podía recordar quién era? ¿Y qué era esa maldita cosa que lo perseguía sin descanso?

Tempus fugit. Cuando el tiempo se detiene y todo queda suspendido a su alrededor, su única posibilidad de escapar a lo que crece sobre el mundo real es una misteriosa niña…

El sitio. Era noche cerrada. Sólo había detenido el coche un instante, era imposible que nadie hubiera subido. Y sin embargo, ¿por qué sentía que había alguien en el asiento trasero?

Alta definición. Cuando Al quería algo, nadie era capaz de llevarle la contraria. Y ahora quería aquél televisor, ese que no tenía

marca visible y que prometía una experiencia sin igual…

Infinito. Un programa informático muy simple es capaz de generar cualquier imagen posible. Pero hay imágenes que nadie debería ver…

Inmóviles Día

INMÓVILES

INMÓVILES
¿Qué harías si de repente todo se detuviese a tu alrededor?

Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo. Escribe en tu navegador

http://bit.ly/libroInmoviles

o escanea con tu móvil el código QR.

Finalista de los prestigiosos ***premios IGNOTUS 2020***, en la categoría de novela.

Málaga. Tarde de un sábado de principios del verano.

Tonio, un chico de dieciséis años, se encuentra con su familia de compras en Carrefour cuando el mundo se detiene a su alrededor.

Literalmente.

Su madre, su hermano, y todas las personas que se encuentran en el interior de los grandes almacenes se han convertido en las más impresionantes y realistas estatuas de la historia.

Tras los primeros momentos de shock, Tonio tiene que aceptar que lo que está sucediendo es real. No sabe por qué ha ocurrido La Pausa ni cuánto tiempo va a durar, pero descubre por las malas que no va a poder alimentarse ni saciar su sed a pesar de estar rodeado de provisiones, ya que el agua se ha convertido en algo similar al diamante y la comida es tan dura como el hormigón.

Conforme las horas van pasando, con ellas va creciendo la certeza de que no está solo. Hay algo encerrado en los baños. Algo que susurra, que se arrastra en la oscuridad, que está esperando el momento preciso para ir a por su presa.

Cuando Tonio reúne por fin las fuerzas para salir al exterior, descubre que sobre la Málaga que él conocía crece una nueva realidad, como un dibujo realizado sobre papel cebolla que se sitúa por encima del original, ampliándolo pero sin cambiarlo.

Y hay seres se mueven a su antojo sobre la nueva piel de la ciudad. Seres extraños, incomprensibles, y en ocasiones... letales.

Inmóviles Noche

INMÓVILES
Noche

INMÓVILES
Noche

Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo. Escribe en tu navegador

https://bit.ly/InmovilesNoche

o escanea con tu móvil el código QR.

Málaga. Anochece.

Apenas han pasado unas horas desde la vuelta a casa de Tonio y, a pesar de que lo intenta por todos los medios, no consigue acostumbrarse al transcurrir del tiempo, a que las horas se sucedan en el reloj y con ellas el mundo se mueva y cambie.

Pero sobre todo, teme a lo que ocurrirá cuando el día se marchite dando paso a la noche.

Tras meses en La Pausa, el crepúsculo ha vuelto a atormentarlo con los terrores ya olvidados que impregnaron su infancia. Aunque sabe que en el mundo normal no hay lugar para los que se arrastran en la oscuridad, no puede evitar seguir oyéndolos, siseando en su extraño lenguaje sin palabras, ocultos entre las sombras.

Cuando su hermano Lucas sale corriendo de su habitación, gritando aterrorizado, Tonio descubre por las malas que los agujeros no se han cerrado del todo, y que no sólo siguen abiertos.

Además vomitan criaturas de la oscuridad hacia el mundo real.

Con seres de pesadilla tomando las calles de Málaga en plena noche, moviéndose a sus anchas en las sombras, el tiempo se convierte en algo crucial. La Pausa se está vaciando sobre la ciudad, y si no son capaces de revertir el proceso, ya no habrá vuelta atrás.

María y Tonio vuelven a luchar juntos contra la oscuridad, pero ahora no son sólo sus vidas las que están en juego. Sus familias se ven arrastradas con ellos a un mundo hostil, en el que el simple contacto con la penumbra puede resultar mortífero.

Acerca del Autor

Nací en Málaga, el 21 de agosto de aquel renombrado año 1969 en el que el hombre puso por primera vez (o eso dicen) el pie en la Luna. Soy autor especializado en dos campos que, con permiso de R.L. Stine, tienen poco que ver entre sí: por una parte el terror y el suspense; y por otra la literatura infantil.
Diplomado en informática por la Universidad de Málaga y diseñador gráfico, me encargo tanto del diseño de mis portadas como del interior de cada uno de mis libros.

Mi primera obra publicada, La habitación 352, llegó al público de

mano de Editorial Planeta en su sello Scyla Ebooks en 2013.Cautivado por las posibilidades de la edición independiente, desde mi siguiente obra, Raíz, me convertí en un autor indie convencido. El año 2019 tuve el gran honor de ser el unico finalista indie de los prestigiosos premios IGNOTUS en la categoría de antología de relatos con Décimas. En 2020 repetí nominación, esta vez en la categoría de novela con Inmóviles: Día.

Todas mis obras están disponibles en AMAZON y las principales plataformas de venta online por tiempo ilimitado, tanto en papel como en ebook. Puedes encontrarme en (casi) todas las redes sociales, en mi página web, en mi blog o a través de mi dirección de correo electrónico. Te dejo la lista:

WEB: www.juanjoescritor.com
EMAIL: info@juanjoescritor.com
FACEBOOK: www.facebook.com/juanjodiaztellez
TWITTER: @juanjoescritor
GOODREADS: www.goodreads.com/JuanJoseDiazTellez
INSTAGRAM: juanjoescritor

BLOG: https://www.noveladeterror.com

Y si te apetece estar al tanto de cualquier novedad en lo referente a mis obras pasadas o futuras, concursos, regalos, y todo lo que tenga que ver conmigo, entonces deberías apuntarte a mi lista de correo desde el enlace siguiente http://bit.ly/novelaterror

¡Nos vemos allá fuera!